

SUMARIO

Editorial

Palabras de despedida

Mons. Carlos Franzini

Del Equipo de Redacción

Presidir la Eucaristía: Cuatro imágenes bíblicas

Mons. Franco Brovelli

Espiritualidad sacerdotal en relación con el Carisma episcopal

Mons. Juan Esquerda Bifet

Mi vocación de sacerdote diocesano

Mons. José María Arancibia

Reinventar la propia vocación

R.P. Ernesto López Rosas s.j.

La mediana edad y la unificación espiritual en la vida del presbítero

Pbro. Hugo Santiago

La debilidad de Dios

Mons. Vittorio Fusco

Mensaje de los obispos de Francia a los sacerdotes de sus diócesis

Homilía del Santo Padre en el Jubileo de los sacerdotes

Mons. Gerardo Tomás Farrell. Semblanza

La última página que Gerardo no escribió...

Recensiones

Noticias

Editorial

"Al celebrar el Nacimiento de Cristo, "Sol naciente para iluminar a los que están en las tinieblas y en la sombra de muerte"(Lc. 1,78), pronunciamos con amor y confianza su nombre, JESUS, que le fue impuesto "porque El salvará a su pueblo de todos sus pecados" (Mt. 1,21)." (Caminando al tercer milenio, nº 7.CEA, 1996)

En este año del Gran Jubileo de la Encarnación, respondiendo a aquella invitación de los obispos argentinos al comenzar el tiempo preparatorio, debemos pronunciar muchas veces el nombre "*Jesús*", y hacerlo llenos de alegría, con "amor y confianza". Porque en ese nombre, dado a los hombres, está la salvación.

En el ejercicio de nuestro ministerio muchas veces decimos "*Jesús*", y es algo tan habitual que casi no nos damos cuenta. Decimos "*Jesús*" en nuestra oración personal y también en la comunitaria y litúrgica. Decimos "*Jesús*" al celebrar la Eucaristía, al proclamar el Evangelio y al predicar la Palabra. Decimos "*Jesús*" al consolar a una abuela enferma que sufre en su agonía. Decimos "*Jesús*" al acompañar el dolor de una familia que ha perdido a un ser querido. Decimos "*Jesús*" al celebrar la vida en un bautismo, al celebrar el amor en un matrimonio. Decimos "*Jesús*" al hablar a los niños en la catequesis... Muchas veces decimos "*Jesús*" y siempre debemos hacerlo con alegría, con "*amor y confianza*", porque estamos diciendo "*Dios salva a su pueblo de todos sus pecados*", estamos diciendo que en Jesús, Dios Padre nos ama.

Cuando decimos "*Jesús*" con alegría abrimos nuestro corazón y lo disponemos a otra alegría: la de la *conversión*. En el itinerario de conversión permanente es donde experimentamos el poder del Nombre "*Jesús*", que va obrando en nosotros la "*salvación de los pecados*".

Este número de Pastores se ofrece como herramienta para un itinerario de conversión. No sólo a nivel personal, en el descubrimiento de nuestras faltas y debilidades; sino también a nivel del ejercicio de nuestro ministerio: *renovar la propia vida sacerdotal encontrando en nuestra identidad y espiritualidad presbiteral, horizontes nuevos hacia los cuales "convertirnos", a imagen de Jesús, el Buen Pastor.*

Conversión que también es renovar la alegría en el ejercicio del ministerio y la acción de gracias por la propia vocación. Por eso, en este número, hacemos un itinerario espiritual que va al encuentro de la propia vocación, su desarrollo concreto en el ministerio, el paso por la mediana edad y la conciencia de la propia debilidad. Todo esto partiendo del centro de la vida del sacerdote que es la Eucaristía.

Así el artículo del Pbro. Franco Brovelli, nos ayuda a profundizar el lugar que, en la vida del sacerdote, tiene la celebración de la Eucaristía; y esto lo hace desde una perspectiva bíblica.

Publicamos dos trabajos, uno de Mons. Esquerda Bifet y otro de Mons. Arancibia, que apuntan a reflexionar sobre nuestra propia identidad y espiritualidad de clero diocesano. El primero en relación al carisma episcopal, ya que el presbítero es "colaborador del obispo" y el segundo a modo testimonial. El artículo de R.P.López Rosas s.j. nos hace poner la mirada en la propia vocación y la necesidad de renovarla permanentemente.

Dos artículos apuntan a reflexionar sobre la mediana edad en la vida del sacerdote y la experiencia de las propias debilidades. El primero del Pbro. Hugo Santiago, de nuestro equipo de redacción, es la síntesis de su tesina de licencia en Teología espiritual. El segundo de Mons. Vittorio Fusco presenta una espiritualidad apostólica desde la segunda carta de San Pablo a los corintios, mostrando que el ministerio sacerdotal se encarna en "apóstoles de talla humana, de carne y hueso".

Finalmente el mensaje de los obispos franceses a sus sacerdotes con motivo del comienzo del Gran Jubileo; y un recuerdo especial a Mons. Gerardo Farrell, que fue verdaderamente entre nosotros una imagen viva de Cristo Pastor, no sólo por la claridad de sus enseñanzas (aquellos que lo tuvimos de profesor lo sabemos) sino también por su persona, su cordialidad y su testimonio sacerdotal.

Que este año del Gran Jubileo no nos cansemos de decir "*Jesús*". hagámoslo con alegría, con "amor y confianza", para que también surja en nosotros la alegría de la *conversión* y así acercarnos cada vez más al modelo de Cristo, el Buen Pastor.

PALABRAS DE DESPEDIDA

Mons. Carlos Franzini
Obispo de Rafaela

Me han pedido que prepare un “testimonio” con motivo de dejar la dirección de “*Pastores. Cuadernos para la formación sacerdotal permanente*”. La idea es compartir brevemente con los lectores qué ha significado Pastores para mí y lo que imaginamos cuando comenzamos con este proyecto.

Aunque podría decir muchas cosas más, me gustaría sintetizarlas diciendo que *Pastores* ha sido (y seguirá siendo) una riquísima experiencia de comunión eclesial. Lo fue en sus inicios, allá por 1993, cuando varios curas compartíamos la común preocupación por la vida y el ministerio de nuestros hermanos presbíteros. Veníamos de realidades eclesiales y culturales diversas; teníamos edades, formación y experiencias pastorales diferenciadas; sentíamos la misma inquietud por avanzar en el camino de la formación permanente propuesta por el Sínodo del 90 y la Exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis*. Pero, sobretodo, vivíamos la alegría por la propia vocación y queríamos ofrecer, desde nuestra pobreza, una herramienta más, *ni la única ni la más importante* -decíamos- para avanzar en una vida ministerial más plena y fecunda.

Así surgió la idea de una publicación periódica, a modo de cuaderno, que ofrezca material para la lectura, la reflexión personal y grupal, la oración y el diálogo fraterno. La buena acogida que tuvo esta propuesta desde el principio nos alentó y confirmó en la intuición inicial. La edición de más de mil ejemplares de cada número (que se mantiene hasta el presente), las muchísimas expresiones de gratitud y aliento recibidas, el sostenimiento económico basado fundamentalmente en suscripciones, el interés despertado por la revista en casi todas las diócesis del país y fuera de él, su aprovechamiento en grupos sacerdotales e –incluso- en reuniones de presbiterios, han sido para nosotros signos de haber dado respuesta a una necesidad real de nuestros presbiterios.

Pero más importante que los datos empíricos es de destacar la corriente de comunión y afecto fraterno que ha suscitado nuestra publicación. En primer lugar entre quienes la llevamos adelante. Creo no equivocarme al afirmar que en estos años hemos labrado una genuina amistad sacerdotal entre nosotros, que nos ha alentado, iluminado y enriquecido para un servicio pastoral más pleno. La misma conformación “federal” de nuestro equipo de redacción es una manifestación de la riqueza pluriforme de la comunión eclesial. Además, hemos podido reconocer esa comunión desde el gobierno central de la Iglesia: no sólo por el apoyo, el interés y la cercanía del Cardenal Eduardo Pironio sino también de otras personas y organismos de la Curia romana. Desde el primer momento fuimos auspiciados por la Conferencia Episcopal Argentina, a través de su Comisión de Ministerios; también muchos obispos nos han acercado su colaboración, su palabra alentadora, su interés por nuestra marcha e, incluso, su apoyo económico. Ha sido conmovedor para nosotros recibir cartas de hermanos presbíteros que están sirviendo en lugares alejados y solitarios y que han sentido a través de *Pastores* la

cercanía y la preocupación de la Iglesia por ellos. No han faltado tampoco entre nuestros lectores otros miembros del pueblo de Dios, laicos y religiosos, sensibles a la temática sacerdotal y deseosos de conocer y apoyar más de cerca la vida de sus pastores. Finalmente, otra expresión de comunión eclesial ha sido el servicio silencioso y escondido de las monjas benedictinas de Santa Escolástica y otros colaboradores que, desinteresadamente, han hecho posible este servicio.

Antes de terminar quisiera decir unas pocas palabras sobre el sentido de mi alejamiento de la dirección de Pastores, que ayudarán a captar mejor el espíritu de este emprendimiento. Desde el principio lo planteamos como un “*servicio de presbíteros a presbíteros*”, por tanto al haber sido llamado al ministerio episcopal era lógico que la dirección pasara a un presbítero del equipo. Pero -aún antes de mi nombramiento- ya habíamos decidido mi cambio. De esta forma queríamos expresar que *Pastores* es el emprendimiento de un equipo, no la obra de una o dos personas, con espíritu de servicio y ánimo de mutua colaboración. Conviene tener presente que también en la Iglesia los “personalismos” no son aconsejables...

Al comenzar con la revista le pedíamos al Señor que si era algo bueno para la formación sacerdotal permanente nos ayudara a llevarla adelante. Ahora, al retirarme, le seguiré haciendo el mismo pedido para que, también como obispo, pueda aprovechar de su riqueza y acercar a otros este servicio. Le doy gracias a Dios por esta oportunidad que me ha dado y también agradezco a los hermanos y amigos con quienes hemos compartido esta experiencia.

+ Carlos Franzini
Obispo de Rafaela

DEL EQUIPO DE REDACCION

Con mucha alegría hemos vivido la consagración episcopal del hasta ahora director de “Pastores”, Carlos Franzini. La Iglesia le ha encomendado una nueva misión como Pastor de la diócesis de Rafaela.

Las nuevas actividades y responsabilidades, y el hecho que Pastores sea realizada “por presbíteros, para presbíteros”, hacen imposible que siga con su tarea de Director.

Es aquí donde, junto con la alegría, aparece nuestra tristeza. La presencia de Carlos desde el comienzo, como uno de los principales impulsores de este proyecto al servicio de la Formación Permanente de los Presbíteros, hizo que Pastores se mantenga en el tiempo y fuera creciendo año a año.

Esto ha provocado algo inédito en Pastores: la necesidad de renovar, en el Equipo de Redacción, los roles y las responsabilidades.

Así quedo elegido como Director Enrique Eguia Segui, y Secretario de Redacción Horacio Alvarez. Tendrán la misión de animar la tarea del equipo de sacerdotes miembros de Pastores, manteniendo la comunicación entre ellos, especialmente para convocar y organizar las tres reuniones anuales, de dos días cada una, que se realizan para armar la revista y su contenido. También se encargaran de la elaboración concreta de la revista como ser las suscripciones, la edición e impresión y su distribución.

Sin embargo, mas allá de los roles y responsabilidades, es de destacar que Pastores funciona como un verdadero “equipo” donde las realidades diocesanas y ministeriales de cada uno, reflejando varias regiones del país, se comparten y enriquecen mutuamente.

Tengan en cuenta que algunas fallas, tanto en las suscripciones, como en la publicación, son consecuencia de que nosotros somos presbíteros como la mayoría de nuestros lectores, con múltiples y variadas tareas pastorales, parroquiales y diocesanas, por lo que no es mucho el tiempo disponible para dedicarnos a esta tarea que tanto nos enriquece. Sepan disculparnos y al mismo tiempo animarnos para seguir adelante.

Les pedimos a todos que recen una oración, en primer lugar, por el ahora Mons. Carlos Franzini, y por su ministerio episcopal. Y también por Pastores, para que, con la ayuda de Dios, pueda seguir siendo una herramienta mas, entre otras, para la formación permanente de los presbíteros.

Equipo de Redacción

PASTORAL SACERDOTAL

PRESIDIR LA EUCARISTÍA: CUATRO IMÁGENES BÍBLICAS²

Franco Brovelli

El autor, vicario episcopal para la formación permanente del clero en la diócesis de Milán, presenta cuatro imágenes bíblicas de la celebración pascual, releyéndolo en clave actual. El texto presentado en un encuentro zonal con el clero diocesano, ofrece algunos modelos a partir de los cuales repensar estilos de presidencia de la asamblea eucarística de nuestros tiempos. Se trata de una reflexión de carácter pastoral, con miras a reunir situaciones y perspectivas típicas de la conducción de la comunidad, tales como la necesidad de la continua refundación del sentido de la celebración de la Pascua, el llamado a la indiscutida primacía de Dios y a las condiciones de celebrar en unidad; la necesidad de encarnarse, desarrollando el ministerio de presidencia en el estilo de testimonio que dio el Maestro.

Quisiera ponerme a la escucha de algunas ‘situaciones de presidencia’ de la alianza pascual del cual se ha hecho eco bíblico; se trata de momentos situados a lo largo del camino del pueblo de Dios en el correr de los siglos. Tengo particular intención en seguir más de cerca las acciones espirituales y humanas de los que por vocación y constitución son guías de la comunidad y presiden por ello la celebración memorial de la Pascua. Por este motivo procuro, con diligencia, adentrarme en contextos históricos que tienen no poca analogía con las situaciones que acompañan hoy nuestra celebración de la Eucaristía; será más fácil para todos volver a encontrar el interior de expectativas y problemas que marcan nuestro tiempo e interpretan de cerca la presidencia que ejercitamos.

Aparece claro, a esta luz, cuál es la perspectiva inspiradora de la reflexión que propongo, que podría considerarse como ‘sapiencial’. Ello desearía ayudar a verificar la actitud con la cual se preside la Eucaristía en el concreto camino de la comunidad cristiana y en el modelo de ‘guía’ sustancialmente expreso en el presidir el rito pascual, más en general, del ministerio de los presbíteros. No podré explicitar adecuadamente una teología del ministerio ordenado; está claro, sin embargo, que las consideraciones que estoy exponiendo, la supone. Me basta expresar que esas se sitúan en el surco de aquella reflexión teológica y espiritual sobre el ministerio que, a partir del Decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*, ha ido profundizando progresivamente la riquísima herencia de la época del Vaticano II; ella por lo demás no ha quedado solamente a nivel de una profundización teológica, pero frecuentemente ha encontrado expresiones en forma de comunicaciones más familiares de diálogo dentro del presbiterio.

En el tiempo de la esclavitud; hacer memoria de amor de Dios

² De la Revista del Clero Italiano 79, mayo 1998

Hace referencia a Éxodo 13,3-10; se trata de la consigna autorizada del día memorial de la Pascua hecha al pueblo por Moisés.

Dijo, pues, Moisés al pueblo: « Acordaos de este día en que salisteis de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Yahveh os ha sacado de aquí con mano fuerte; y no comáis pan fermentado. Salís hoy, en el mes de Abib. Así, cuando Yahveh te haya introducido en la tierra de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los jivitas y de los jebuseos, que juró a tus padres que te daría, tierra que mana leche y miel, celebrarás ese rito en este mes. Siete días comerás ázimos y el día séptimo será fiesta de Yahveh. Se comerán ázimos durante siete días, y no se verá pan fermentado en tu casa, ni levadura en tu casa, en todo tu territorio. En aquel día harás saber a tu hijo: "Esto es con motivo de lo que hizo conmigo Yahveh cuando salí de Egipto." Y esto te servirá como señal en tu mano, y como recordatorio ante tus ojos, para que la ley de Yahveh esté en tu boca; porque con mano fuerte te sacó Yahveh de Egipto. Guardarás este precepto, año por año, en el tiempo debido. »

Estamos en el corazón del acontecimiento del Éxodo. El texto asocia estrechamente *el día* ("recuerden este día, en el que salieron de Egipto", v.3) y un rito ("cuando el Señor te haga entrar en el país de los Cananeos... Celebrarás este rito en este mismo mes", v.5); consignado solemnemente al pueblo de parte de Moisés; porque se hace memoria del advenimiento fundante que ha hecho salir a Israel "de la condición servil" (v.3). De este suceso repetiremos siempre el sentido a los otros que veamos después del acontecimiento de aquel momento en que el pueblo de Dios estaba viviendo: "En aquel día enseñarás a tu hijo: a causa de lo que el Señor hizo por mí cuando salí de Egipto" (v. 8) Día y rito ("observa cada año esta prescripción, a su debido tiempo": v.10) debe quedarse como *signo y recuerdo*: "será como un signo en tu mano y como un memorial ante tus ojos, para que la ley del Señor esté siempre en tus labios por que el Señor te sacó de Egipto con mano poderosa" (v. 9). El texto bíblico nos remonta por lo tanto a los orígenes del rito de la Alianza en el día aniversario de la liberación obrada por Dios. El consignarlo solemnemente al pueblo como tradición viva y fiel de revivir a cada momento en comunidad, Moisés recomienda explicitar siempre la razón que lo funda; para que eso oriente la vida del pueblo, llamándolo a hacerlo en memoria del Éxodo.

El pasaje evidencia sobre todo la presencia irrenunciable de un binomio en la tarea de quién es guía: el empeño de custodiar fielmente el procedimiento del rito y del día, con la totalidad del anuncio del porqué (vv. 3 y 10). Uno y otro se entrelazan continuamente en las palabras acreditadas por Moisés, denotando su modo de ser guía. Él de todos modos va más allá de su manera personal de presidir; la tarea del anuncio deberá ser también de los otros, del pueblo entero: "Y ese día darás a tu hijo la siguiente explicación: «Esto es así, a causa de lo que el Señor hizo por mí cuando salí de Egipto»". (v.8). En las palabras de Moisés se ve también la diligencia por una suerte de proceso de interiorización de la cercanía del Éxodo en la vida de la gente.; si el signo y el recuerdo deben inscribirse "en tu mano ... ante tus ojos... en tus labios" (v.9), significa que el rito de la Alianza no es extraño a la vida. La orienta, la define inconfundiblemente, la marca en lo profundo; permanecerá como signo permanente de fidelidad y de pertenencia "El Señor veló durante aquella noche, para hacerlos salir de Egipto. Por eso, todos los

israelitas deberán velar esa misma noche en honor del Señor, a lo largo de las generaciones” (Ex 12,42).

La escucha de la página bíblica nos permite ver en Moisés una doble intención: por una parte hay un procedimiento nuevo de imponer, de fundar; por la otra, repentinamente se asoma la urgencia de una tradición para garantizar también el futuro. Él interpreta de esta manera el sentido de su presidir: se siente *el hombre de los orígenes*, que continuamente recurre a los acontecimientos fundantes y a la certeza que de ellos emana. El rito pascual es su memorial: comunica a cada momento la fidelidad de dios que libera “de la condición servil” y evoca el deber de una respuesta que permita en su totalidad la esperanza de fe del pueblo y lo arraigue en una pertenencia verdadera a Él.

Nos sentimos fuertemente interrogados en este inicio de la esperanza de la celebración pascual: sobre todo el que preside percibe cómo es necesaria la incesante tarea de la “re-fundación” del sentido del convocarse en asamblea para celebrar la Pascua de Jesús. Su ser guía adquiere siempre más establemente los rasgos del hombre que reconduce a los inicios, persuade sobre los porqués, evidencia que en el origen de una respuesta de fidelidad está la gratuita y amorosa iniciativa de Dios: “es a causa de cuanto el Señor ha hecho por mí” (v. 8). Tampoco para Moisés -es bueno recordarlo- fue un guiar fácil; él se movió continuamente entre los lamentos y la murmuración del pueblo y la exigencia de crecer en la fidelidad al Señor. La página intensa, y casi dramática, de Números 11,10-15 constituye un testimonio muy elocuente: “Moisés oyó llorar al pueblo, que se había agrupado por familias... y dijo al Señor: «¿Por qué tratas tan duramente a tu servidor? ¿Por qué no has tenido compasión de mí, y me has cargado con el peso de todo este pueblo? ¿Acaso he sido yo el que concibió a todo este pueblo?...” Pero esta fatiga es llevada con tenacidad y fidelidad: nos vuelve a llevar a los orígenes de una experiencia de fe queda el gran trabajo de guiar.

Cuando la dispersión está en acechanza

El texto de referencia es el capítulo 24 del libro de Josué, conocido como ‘la asamblea de Siquem’ (Citamos solo una parte): Josué reunió en Siquem a todas las tribus de Israel, y convocó a los ancianos de Israel, a sus jefes, a sus jueces y a sus escribas, y ellos se presentaron delante del Señor.

Entonces Josué dijo a todo el pueblo: «Así habla el Señor, el Dios de Israel: Sus antepasados, Téraj, el padre de Abraham y Najor, vivían desde tiempos antiguos al otro lado del Río, y servían a otros dioses. Así les di una tierra que no cultivaron, y ciudades que no edificaron, donde ahora habitan; y ustedes comen los frutos de viñas y olivares que no plantaron. Por lo tanto, teman al Señor y sírvanlo con integridad y lealtad; dejen de lado a los dioses que sirvieron sus antepasados al otro lado del Río y en Egipto, y sirvan al Señor. Y si no están dispuestos a servir al Señor, elijan hoy a quién quieren servir: si a los dioses a quienes sirvieron sus antepasados al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país ustedes ahora habitan. Yo y mi familia serviremos al Señor». El pueblo respondió: «Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses. Aquel día Josué estableció una alianza para el pueblo, y les impuso una legislación y un derecho, en Siquem. Después puso por escrito estas palabras en el libro

de la Ley de Dios. Además tomó una gran piedra y la erigió allí, al pie de la encina que está en el Santuario del Señor. Josué dijo a todo el pueblo: «Miren esta piedra: ella será un testigo contra nosotros, porque ha escuchado todas las palabras que nos ha dirigido el Señor; y será un testigo contra ustedes, para que no renieguen de su Dios». Finalmente, Josué despidió a todo el pueblo, y cada uno volvió a su herencia.

Es interesante lo que leemos en la Biblia de Jerusalén en la nota introductiva al capítulo 24 de Josué: “Este capítulo se añadió durante o después del Destierro, pero la tradición que representa es antigua. La fe en Yahveh, traída por el grupo que dirige Josué, es propuesta por él a otros grupos que no han oído hablar de ella todavía. Éstos no han estado en Egipto y no se han beneficiado de los prodigios del Éxodo ni de la revelación del Sinaí; sin embargo, no son cananeos y tienen un origen común con el grupo de Josué: se trata de las tribus del norte que con este pacto aceptan la fe en Yahveh y llegan así a formar parte del pueblo de Dios.” Las diversas tribus vivían por entonces dispersas y fraccionadas en el territorio; en su interior, son evidentes los signos de una incipiente disgregación, están además los ‘nuevos’ que intentan agregarse (interesante también el análisis del libro de Esdras 6,19-22, que describe la Pascua celebrada después de la dispersión). La narración pone en evidencia las diversas ocasiones de la presidencia autorizada de Josué. Ante todo la convocación de todos en un común reconocer Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquem, llamó a los ancianos de Israel, a sus jefes, jueces y escribas (v.1); la narración de lo que Dios ha consumado (vv. 2-12), no conduce sino al reconocimiento total de la gratuidad que lo ha inspirado (“Os he dado una tierra que no os ha costado fatiga, unas ciudades que no habéis construido y en las que sin embargo habitáis, viñas y olivares que no habéis plantado y de las que os alimentáis” v.13); la solicitud de la elección de pertenencia al Señor (vv.14-24) en el denso diálogo entre el profeta y el pueblo; el rito de la alianza con su expresión de oficialidad “Aquél día, Josué pactó una alianza para el pueblo; le impuso decretos y normas en Siquem”; v. 25); el permiso que “despidió al pueblo cada uno a su heredad” (v. 28).

La historia de las obras consumadas por Dios hace de sólido soporte al inicio de pertenencia a Dios que el profeta dirige a todos: corrobora a quienes han vivido el éxodo, pero se proponen también cosas nuevas. Josué pareciera recoger la dimensión universalista de la alianza y decir la “Buena Noticia” para todos. El punto de referencia subsiguiente parece superar netamente la persona del profeta: no es él quien se propone como centro; la palabra remite a otro, a un Otro. Josué, por lo demás, mira a favorecer en el corazón de las personas los pasos de libertad que los hagan realmente capaces de radicar en pertenencia estable al Señor; desenmascara con vigor los vínculos de una siempre posible esclavitud que está en asechanza, enteramente entregado a reconocer el primado de Dios. *Es el hombre de la pertenencia a Él*; es guía del pueblo en este preciso sentido.

No es difícil observar en el texto la denuncia de una tendencia a plantear los signos religiosos separados de la voluntad de pertenencia coherente a la Palabra, que también revela su sentido; a celebrar los ritos, llamados de alianza que sin embargo, no tiene más un centro, no brota de ella como de una fuente. La pertenencia no es al Señor del Éxodo; y la idolatría se convierte en una tentación creciente. En tal contexto, la

acción del guía es anunciar el indiscutible primado de Dios sobre el pueblo; el profeta es totalmente adicto a Él, al sentido de la historia que la Palabra anuncia y que el rito ratifica; vive en la propia persona una tensión profunda para adherirse al Señor. Leer el pasaje de este modo favorece la posibilidad de encontrar analogías con elementos del contexto que también hoy acompañan el presidir de quién es guía. Parece inevitable reconocer la urgencia de ese paciente discernimiento de la forma y de las raíces de la esclavitud que conducen a la idolatría.

El sentido de la cena pascual: en escucha desde los inicios

Nos referimos al texto de 1 Co 11,17-34.

Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien.

Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Alabaros? ¡En eso no los alabo! Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: « Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: « Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío. » Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas, al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos los unos a los otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para castigo vuestro. Lo demás lo dispondré cuando vaya.

Para Pablo esta es una tradición recibida e intensamente amada; el lenguaje manifiesta el ánimo emocionado y grato de los que recogen una consigna recibida desde el principio, enteramente radicada en el clima de la Pascua de Jesús (“Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido...” v.23). El rito, transmitido a la Iglesia de Jesús a fin de que sea hecho “en su memoria” (v.24), resulta explicable y comprendido en la elección del Maestro de dar la propia vida; el mandato de reunirse para la cena se inscribe en esta lógica. El apóstol percibe como deber ineludible del propio ministerio aquello de cultivar la obediencia al mandato de Jesús y a su sentido verdadero y de custodiar la acogida a través de modos que no lo traicionen. El perentorio alejamiento

que Pablo obra en una ritualidad para el familiar y amada -la Pascua inserta en la cena- se coloca en este trasfondo: (“Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos los unos a los otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para castigo vuestro”) para él es inaceptable que el reunirse para la cena del Señor esté acompañado de tensiones internas que hieren la fraternidad necesaria para la verdad de aquello que se celebra (“al reuniros en la asamblea, -hace notar el apóstol- hay entre vosotros divisiones” v.18). La perspectiva con que Pablo juzga la actitud de la comunidad es dicha con fuerza en el v. 20: “Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor”). Para él no basta la ejecución fiel de una acción ritual, si no está custodiada en su corazón, en su sentido, el rito se convertirá dramáticamente en su condena, no un sitio que manifiesta y alimenta la comunión.

Si miramos de cerca el modo con que Pablo guía una comunidad a propósito de la celebración de la Pascua, encontramos como decisivo su dedicarse a custodiar el sentido mismo del celebrar: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre” (v.25), recapitulando el corazón de una tradición recibida. Las dificultad es que de aquí se desprenden, no son pocas ni de leve importancia. Por un lado se perciben los signos de una enfatización del rito, que puede luego, no está en grado de custodiar el verdadero sentido de las celebraciones. Por otro, él juzga de veras mortal la herida inferida a la caridad entre hermanos que se reúnen para la cena; la celebración pierde irremediamente su significado, se convierte su gesto contradictorio, disfraza lo que debiera ser el rostro verdadero de la comunidad cristiana. Hasta llegar a reconocer un resultado paradójico y dramático, como aquel de quienes, reunidos por un acontecimiento de comunión, en realidad “comen y beben si reconocer el cuerpo del Señor” (v. 28) y por consiguiente “comen y beben la propia condena” (v. 29) Pablo advierte el peligro realmente mortal de vivir en forma totalmente vana la potencialidad connatural de la celebración de la cena del Señor, verdadero y propio motor de la vida de la comunidad de los discípulos. Anteriormente en otras páginas (si pensamos por ejemplo en el comienzo de la primera carta a los Corintios relativa a diversas partes presentes en la comunidad: crf 1,10; 4,21), tenemos la oportunidad de ver desde cerca el trabajo del apóstol para ser guía; lo suyo es un “*leadership*” continuamente acechado. Incluso en este caso la expresión realmente constitutiva de la comunidad está sometida a traiciones graves, que llevarían a la disgregación de la fraternidad y por consiguiente a la imposibilidad de un testimonio eficaz de la fe en Cristo Señor. El camino para él es obligado: defender con determinación y fuerza la verdad de los gestos que se proponen. Pablo es un hombre de comunión: la cena del Señor debe ser siempre rito de comunión a la Pascua de Jesús.

El pasaje paulino pone en evidencia un riesgo al cual está continuamente expuesto hasta hoy la presidencia de la celebración de la cena pascual del Señor. Las modalidades y la razones de la participación en ellas tiene ese son heterogéneas, y, no raramente, inciertas y contradictorias, de tal manera de hacernos sentir extremadamente cercana la reflexión de Pablo. Además, el mismo presbítero está expuesto siempre más frecuentemente a fatigas: condiciones que resultan arduas también para su persona una participación intensa en la Eucaristía que preside: pensemos, por ejemplo, en el creciente ‘nomadismo’ para el culto, que lo empeña en numerosas presidencias de la Misa y con tiempos muchísimo más limitados entre una y otra. El que es guía crece en la conciencia

de ayudar a los hermanos, a no permanecer por aquí del umbral de la comunión con el Señor, favoreciendo en vez la experiencia viva de la fe en Él; ayudándolos a ‘atravesar el umbral’ o ‘a subir en la sala superior’, para utilizar las expresiones que nos son familiares en estos meses. Es un celebrar que regenera profundamente al que celebra y al que participa; es importante saber ganar personalmente cada día la capacidad y ayudar a los hermanos a hacer otro tanto. Es tan importante como tener en evidencia las condiciones de fraternidad que permitan a una comunidad celebrar con verdad la cena del Señor. En las condiciones eclesiales actuales esto último constituye a menudo uno de los empeños prioritarios de una presidencia auténticamente fiel al mandato recibido del Señor.

La singularidad del presidir cristiano

En este caso proponemos escuchar de cuanto ha estado realmente al inicio de la Eucaristía de Jesús, en el relato de Lucas 22,24-27.

Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. El les dijo: « Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

El pasaje nos conduce al interior de la narración de la Última Cena, la Pascua que Jesús ha “deseado ardientemente comer con sus discípulos antes de la pasión” (22,15). El contexto es el de ‘testamento’; ninguna palabra o gesto secundario, eso que se dice y viene cumplido de parte de Jesús, forma parte de una consigna definitiva a los doce, intencionalmente querida, dentro de las horas dramáticas que precedieron su muerte. Por lo demás, el conjunto persuasivo de palabras y de hechos -El que habla de servicio ha sido siervo y lo está todavía siendo- confiere a la escena el carácter de una *traditio* solemne y conclusiva del largo itinerario pedagógico entre Jesús y los discípulos. Consiguiendo, en particular, observar la ‘distancia’ entre los discípulos y Jesús; no obstante, todo habla de proximidad y de comunión, la lógica que los doce persiguen (“Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor” v.24) y enormemente lejana a lo que Jesús está viviendo por ellos. El Maestro, a pesar de todo, no renuncia al enésimo gesto del cuidadoso acompañamiento de los discípulos a la lógica del Evangelio; revela definitivamente y de modo totalmente explícito el propio rostro, para significar, sin posibles equívocos qué implica verdaderamente sentarse a la mesa para hacer la Pascua con Él. El pasaje evangélico nos conduce exactamente allí donde ha nacido la Eucaristía y ha sido confiada como don a la Iglesia, para que, a lo largo de la historia, pueda ser celebrada “en su memoria”.

Mientras acogemos esta página evangélica, es difícil sustraerse al retorno posibles modelos de ejercicios de la presidencia que acompañaron desde siempre la vida de los pastores en la Iglesia. El riesgo de consumir una distancia, como los doce en aquella hora intensa y dramática, es una posibilidad que permanece constantemente bajo nuestros ojos; también el rito que anuncia y realiza el máximo de la comunión posible, podría ser

conducido y participado ‘desde lejos’. No sería superfluo ni inútil detenerse, aunque fugazmente, sobre posibles rostros que toman también una presidencia ‘mundana’ de la Eucaristía y de la comunidad: mandar sin amor a la gente, la pretensión de sobresalir de cualquier modo, exigir a los otros sin la disponibilidad de pagar personalmente, el afán de querer ser reconocidos de cualquier manera, el primado conferido a la necesidad de autoafirmación a todo cost, etc. Sobre la guía del clima evocado en el texto lucano, estas y otras alusiones resultarían una útil referencia para una confrontación leal. Por otra parte sería todavía más oportuno, entre otras cosas, si las empujásemos más allá de la crítica de los posibles modelos de la presidencia para intentar identificar sus posibles raíces. ¿Qué cosa hay de hecho en el corazón de un guía que conduce a los otros sin ser inspirado por la lógica de Jesús? La experiencia nos dice que podemos correr siempre el riesgo de ejercer el ministerio sin una fe auténtica en Jesús; que se podría tener la pretensión de ‘pacer’ sin advertir la prioritaria exigencia de amar a Jesús sobre quien se funda el mandato de apacentar el rebaño (cfr. el texto realmente extraordinario de Jn 21,15-19); que el permanecer sustancialmente replegados sobre sí mismo y sus propios problemas impide a aquella tensión hacia el otro que constituye en cambio el dinamismo decisivo para el cual uno es llamado a ser pastor. La ejemplificación podría continuar; nos basta haber tenido la posibilidad de una útil profundización. Es cierto de cualquier manera que en la perspectiva del pasaje evangélico de Lucas, el prestigio de una guía está en su totalidad definida en su disponibilidad a perderse a sí mismo y la propia vida en el servicio de los hermanos. Es perentoria la expresión que Jesús pone como conclusión del diálogo con los doce: “Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (v. 27). La guía del Maestro es aquella típica de *un hombre de servicio*; su ser autorizado se funda sobre esto.

Las consideraciones que nacen de la meditación del pasaje evangélico manifiesta la actualidad extraordinaria del tema del presidir para la Iglesia de nuestro tiempo, y, en particular, para sus pastores; la búsqueda de parámetros no inmediatamente evangélicos para definir el rostro del guía es una tentación siempre en acechanza; la sociedad civil, además, no conoce un elenco no indiferente y lo despliega bajo nuestros. Pero la actualidad da un vistazo también en positivo, no solo como sollicitación para distanciarse de posibles referencias mundanas; pensemos, por ejemplo, en el deber de hacer elevar continuamente la conciencia de servicio en el interior de la comunidad cristiana. Una presidencia de la Eucaristía está llamada continuamente a abrirse a este deber; y es connatural, y además actualísimo, si solo pensásemos en cuán fecundo se revela el crecer de la conciencia ministerial de la comunidad cristiana; en las actuales condiciones eclesiales, una dirección de este tipo siempre se revela más como recorrido necesario para que la Pascua de Jesús sea proclamada y hecha de manera accesible al mayor número de personas. Bajo este perfil, es indudable reconocer que el rol de quien es guía tiene una importancia relevante, un *leadership* ejercitado con esta apertura de horizonte y de sensibilidad puede ejercer una suerte de contagio benéfico para la comunidad.

Como fue realizado por Jesús, a partir de aquella Cena sobre todo, el gesto del Maestro que sirve a los otros queda como imagen decisiva para el ministerio cristiano; el rito del lavatorio de los pies repetido simbólicamente en la Iglesia todos los jueves santos lo recuerda puntualmente; como nos lo recuerda, cada vez, la Eucaristía que celebramos.

ESPIRITUALIDAD

ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL EN RELACIÓN CON EL CARISMA EPISCOPAL

Juan Esquerda Bifet

El autor, sacerdote español, Director del Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM) y Profesor de la Pontificia Universidad Urbaniana, es autor de numerosos libros y artículos sobre teología y espiritualidad sacerdotal. Además ha predicado retiros a Presbiterios y Seminarios de los cinco continentes, en especial en España y América Latina.

En este artículo ofrece algunas reflexiones a partir de los “Lineamenta” preparatorios de la próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, dedicada precisamente a estudiar la misión e identidad de los sucesores de los Apóstoles.

Al publicar este artículo en “Pastores”, buscamos favorecer la reflexión de nuestros lectores sobre este tema, en relación a la identidad y espiritualidad presbiteral.

La vasta experiencia y reconocida autoridad del autor garantizan los elementos necesarios para una reflexión que seguramente redundará en provecho de todo el pueblo de Dios.

1. EL CARISMA EPISCOPAL Y LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL.

Presentación y delimitación del tema

La espiritualidad específica del sacerdote, particularmente del sacerdote llamado “diocesano” o “secular”, tiene una relación de dependencia directa respecto al carisma del propio obispo.³

Este carisma, recibido en el sacramento del Orden y relacionado con la misión eclesial, apunta principalmente no a las cuestiones de administración, sino a la realidad de gracia de cada súbdito y, de modo especial, de cada sacerdote (presbítero) y diácono del Presbiterio.

Mi reflexión sobre esta realidad de gracia la he ido elaborando en sentido “transversal”, durante largos años de estudio teológico y docencia universitaria sobre la espiritualidad sacerdotal (de todo sacerdote ministro, obispo y presbítero), mientras, al mismo tiempo, iba observando las realidades existentes en diversos Presbiterios.⁴

³ El Concilio Vaticano II, “Pastores dabo vobis” y el “Directorio” prefieren el término “diocesano” (cfr. LG 28 y 41; PO 8; PDV 2, 4, 17, 28, 31, 59, 68, 71, 74; Dir. 88-89). El Código de Derecho Canónico usa el término “clero secular” (can. 680). No se trata de oponer términos, sino de acentuar un aspecto: pertenencia permanente a una diócesis (por la incardinación) y distinción del clero “regular” o religioso. El calificativo de “secular” indica que es distinto del estilo “claustral”, en cuanto que existe una mayor inserción en las estructuras seculares. Hay que reconocer, no obstante, la existencia de una “secularidad” que es propia del laicado: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (LG 31).

⁴ En mis publicaciones he tenido en cuenta, a partir de la base bíblica, los documentos históricos (patrísticos, magisteriales, litúrgicos), la vida de los santos sacerdotes y la experiencia de muchos sacerdotes con quienes me he encontrado en los diversos Continentes. La realidad y la experiencia las he

No intento responder directamente al ruego que me han hecho repetidas veces sobre la elaboración de una síntesis de espiritualidad episcopal. Una espiritualidad específica del obispo existe, puesto que responde a la gracia especial recibida en el sacramento del Orden; pero en ningún modo es una espiritualidad aparte del Presbiterio, puesto que obispos y presbíteros forman una unidad especial.⁵

La peculiaridad de la espiritualidad episcopal está ligada esencialmente al hecho de ser cabeza del Presbiterio y a la exigencia de orientar la gracia recibida hacia la santificación de sus presbíteros (además de todos los fieles de la Iglesia particular). Pero mi reflexión se orienta directamente hacia el Presbiterio, donde los presbíteros y diáconos necesitan, para vivir su propia espiritualidad específica, la *actuación del carisma episcopal*.⁶

En mis estudios sobre la historia de la espiritualidad sacerdotal he constatado un vacío, especialmente respecto a la urgencia actual de llevar a efecto las directrices trazadas por el concilio y posconcilio del Vaticano II. Muchas de estas directrices quedan sin aplicar a la vida sacerdotal del Presbiterio, por no dejar actuar el carisma episcopal.⁷

Se han dado pasos muy importantes en esta cuestión fundamental, pero me parecen insuficientes. Veo en todo ello un caso parecido a las decisiones del concilio de

intentado discernir a la luz de la Palabra predicada, vivida y celebrada por la Iglesia de todos los tiempos. Cfr. *Teología de la espiritualidad sacerdotal* (Madrid, BAC, 1991); *Signos del Buen Pastor* (Bogotá, CELAM, 1991).

⁵ Los “Lineamenta” para la X Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, tiene expresiones muy ricas de contenido sobre la espiritualidad específica del obispo: “Padre cercano en medio de su pueblo, el obispo es la imagen de Jesús, el Buen Pastor, que camina junto a su rebaño” (n.86). “El obispo debe encontrar en la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal y también el fruto de la gracia y del carácter sacramental recibido... Se debe conformar con Cristo Buen Pastor, tanto en su vida personal como en su ministerio apostólico, de modo que el pensamiento de Cristo (cfr. 1Cor 2,10) le invada en todo y totalmente en las ideas, en los sentimientos, en las opciones y el obrar” (n.87). “Sin embargo el obispo debe vivir su espiritualidad propia, a causa del don específico de la plenitud del Espíritu de santidad, que ha recibido como padre y pastor de la Iglesia... Se trata, además, de una espiritualidad eclesial, porque cada obispo es configurado con Cristo Pastor, para amar a la Iglesia con el amor de Cristo Esposo, para servirla... Así, en la Iglesia, se convierte en modelo y promotor de la espiritualidad de comunión en todos los niveles” (n.89). “La caridad pastoral debe determinar los modos de pensar y actuar del obispo... En consecuencia, la caridad pastoral exige estilos y formas de vida que, realizados como imitación de Cristo pobre y humilde, permitan estar cerca de todos los miembros del rebaño” (n.69). “La eficacia de la guía pastoral de un obispo y de su testimonio de Cristo... depende en gran parte de la autenticidad del seguimiento del Señor y del vivir in amicitia Jesu Christi” (n.97).

⁶ “Todos los presbíteros, juntamente con los Obispos, participan de tal modo del mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo, que la misma unidad de consagración y de misión exige una comunión jerárquica con el Orden de los Obispos, unión que manifiestan perfectamente a veces en la concelebración litúrgica, y unidos a los cuales profesan que celebran la comunión eucarística. Por tanto, los Obispos, por el don del Espíritu Santo, que se ha dado a los presbíteros en la Sagrada Ordenación, los tienen como necesarios colaboradores y consejeros en el ministerio y función de enseñar, de santificar y de apacentar la grey de Dios” (PO 7).

⁷ He resumido mi impresión al final de *Historia de la espiritualidad sacerdotal* (Burgos, Facultad Teológica, 1985), p. 216: “Las experiencias de vida apostólica, tantas veces practicadas por los santos obispos y sacerdotes durante la historia pasada, seguirán siendo esporádicas y momentáneas mientras no encuentren eco responsable y vivencial en todo el Presbiterio y especialmente en quien es su cabeza, hermano y padre”. Será difícil remontar un vacío de varios siglos. Cfr. *Espiritualidad sacerdotal y formación espiritual del sacerdote*, en: *Os daré pastores según mi corazón* (Valencia, EDICEP, 1992) 207-222.

Trento respecto a los Seminarios. Entonces se cumplió la decisión de instituir estos centros formativos, pero no se llevó a efecto, en general, el deseo de Trento: que los obispos, renovando la pastoral de la diócesis (y de la catedral), plasmaran en los Seminarios la “vida apostólica” o vida al estilo de los Apóstoles.⁸

Para comprender mejor lo que intento decir, bastaría leer el canon 245, que urge a los futuros sacerdotes (durante su período de formación en el Seminario) a prepararse para vivir la vida fraterna en el Presbiterio: ... “los alumnos... mediante la vida en común en el Seminario, y los vínculos de amistad y compenetración con los demás, deben prepararse para una unión fraterna con el Presbiterio diocesano, del cual serán miembros para el servicio de la Iglesia” (can. 245). Pero, en buena lógica, un seminarista se preguntará: ¿dónde queda descrito este Presbiterio? ¿cuál es su proyecto de vida?...⁹

Son muchos los textos conciliares y posconciliares que hacen referencia a esta relación de dependencia del presbítero respecto al obispo, en todos los campos de la vida y del ministerio sacerdotal. Cada uno de los “tria munera” incluyen esta relación estrecha entre obispo y presbíteros.¹⁰ En las visitas “ad Limina”, es frecuente que el Santo Padre recuerde con insistencia a los obispos esta relación, invitándoles a ponerla en práctica.¹¹

La *Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos*, programada para el año 2000, estudia el tema del obispo. En los “Lineamenta” para este Sínodo se resume la relación entre el obispo y sus sacerdotes con estas palabras: “Junto con los sacerdotes de su Presbiterio, tiene que recorrer los caminos específicos de espiritualidad en cuanto

⁸ El decreto conciliar de Trento invitaba al obispo a asumir la responsabilidad de sus futuros sacerdotes: “Establece el santo Concilio que todas las catedrales, metropolitanas e iglesias mayores, tengan obligación de mantener y educar religiosamente, e instruir en la disciplina eclesiástica, según las posibilidades y extensión de las diócesis, a cierto número de jóvenes de la misma ciudad y diócesis... Cuide el obispo que asistan todos los días al sacrificio de la Misa, que confiesen a lo menos una vez al mes, que reciban, a juicio del confesor, el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y que sirvan en la catedral y en otras iglesias del pueblo los días festivos. El obispo... arreglará, según el Espíritu Santo le iluminare, todo lo dicho, y todo cuanto sea oportuno y necesario, velando en sus frecuentes visitas de que siempre se guarde”... (Ses.23, can.18 de reforma: *Concilium Tridentinum* IX, 628-630). He hecho notar el vacío posconciliar respecto a este cuidado episcopal: *La institución de los Seminarios y la formación del clero*, en: *Trento, i tempi del Concilio. Società, religione e cultura agli inizi dell'Europa moderna* (Trento, 1995) 261-270).

⁹ Dos son las preguntas que más me han impresionado en los diversos Seminarios diocesanos (de los cinco Continentes): ¿existe para el sacerdote diocesano una espiritualidad específica? ¿encontraré en mi Presbiterio los medios necesarios para vivirla?

¹⁰ En realidad, los presbíteros son “colaboradores y consejeros necesarios” del obispo en todos los ministerios (PO 7; cfr. CD 16,28). Ver también el *Directorio “Ecclesiae Imago” sobre el ministerio de los obispos* (22 de febrero de 1973), nn. 107-117 (Relaciones con el clero diocesano).

¹¹ Textos como el siguiente son muy frecuentes, parecidos en los contenidos básicos y variados según las circunstancias: “En todas estas tareas, vuestros primeros y principales colaboradores en la predicación del Evangelio y en la difusión de la buena nueva de la salvación son los sacerdotes... Esta paternidad espiritual se expresa en un profundo vínculo de comunión entre vosotros y vuestros sacerdotes, en vuestra disponibilidad en acogerlos y el apoyo que esperan y necesitan de vosotros... El bienestar humano y espiritual de vuestros sacerdotes será el coronamiento de vuestro ministerio episcopal... Compartir una vida sencilla alegra al Presbiterio y, cuando va acompañada por la confianza mutua, facilita la obediencia voluntaria que todo presbítero debe a su obispo” (JUAN PABLO II, *Disc. a los miembros de la Conferencia Episcopal de Zimbabwe*, 4 de septiembre de 1998, Oss. Rom. esp. 11 septiembre, p.5).

llamado a la santidad por el nuevo título derivado del orden sagrado” (Lineamenta, n.89).¹²

2.UNA REALIDAD DE GRACIA DELINEADA CON CLARIDAD:

La espiritualidad sacerdotal en el Presbiterio

El proceso de reflexión y de concientización sobre la espiritualidad sacerdotal ha llegado a un momento culminante en el siglo XX, gracias a las figuras sacerdotales de todas las épocas, a la doctrina patristica, a los documentos magisteriales y a los estudios teológicos.¹³

Lo más importante de esta síntesis teológica sobre la espiritualidad sacerdotal, consiste en haber llegado a individualizar las realidades de gracia, de las que deriva la espiritualidad del sacerdote, como vivencia de lo que uno es y hace. La reflexión teológica queda siempre abierta a nuevas especulaciones. Hoy ya es relativamente fácil individualizar los trazos más salientes de la fisonomía sacerdotal.¹⁴

Sería bueno poner ya en práctica estas líneas de espiritualidad en el Presbiterio de la Iglesia particular, sin entretenerse demasiado en nuevas pesquisas que intenten escapar de lo que ya es claro, aunque todavía no asimilado y puesto en práctica. Urge presentar una síntesis clara, ordenada y entusiasmante. Ello es posible, gracias especialmente a los documentos magisteriales y a las figuras de santos sacerdotes (especialmente los beatificados o canonizados).¹⁵

¹² La pregunta n.6 del “Cuestionario” de los “Lineamenta” queda formulada así: “¿Cómo vive el obispo su relación con el Presbiterio y con cada sacerdote, especialmente en la proclamación de la fe? ¿Cuáles deberían ser sus preocupaciones principales en este campo?”.

¹³ Indico algunas síntesis actuales, teológicas y sistemáticas, sobre la espiritualidad sacerdotal: AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal, Congreso* (Madrid, EDICE, 1989); AA.VV., *Espiritualidad del Presbiterio* (Madrid, EDICE, 1987); J. CAPMANY, *Apóstol y testigos, reflexiones sobre la espiritualidad y la misión sacerdotales* (Barcelona, Santandreu, 1992); M. CAPRIOLI, *Il sacerdozio. Teologia e spiritualità* (Roma, Teresianum, 1992); J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la espiritualidad sacerdotal* (Madrid, BAC, 1991); Idem, *Signos del Buen Pastor, Espiritualidad y misión sacerdotal* (Bogotá, CELAM, 1991); A. FAVALE, *El ministerio presbiteral, aspectos doctrinales, pastorales y espirituales* (Madrid, Soc. Educ. Atenas, 1989). Pero surge siempre esta pregunta: ¿se estudia en los Seminarios la espiritualidad sacerdotal de modo sistemático y entusiasmante?

¹⁴ Sin el conocimiento y la vivencia de esta espiritualidad sacerdotal específica, que es esencialmente comunitaria y eclesial, sería imposible la aportación responsable de los sacerdotes al plan pastoral de la Iglesia particular. Este plan pastoral debe ser orientado, en último término, por el obispo, quien, al mismo tiempo tiene el carisma de presidir el Presbiterio y cuidar de su espiritualidad y santificación. Cada vocación (laical, sacerdotal o de vida consagrada) y cada carisma (personal o de grupo-movimiento) debe vivir su propia realidad e identidad, personal y comunitaria, dentro de la comunión eclesial, y encontrar su espacio operativo para que de verdad aporte algo a la comunidad eclesial y a la pastoral de conjunto. Un plan pastoral diocesano que no respetara estas realidades de gracia, no sería eclesial ni cristiano.

¹⁵ Actualmente se discuten dos cuestiones: “ministerialidad” y “secularidad” de la espiritualidad y vida sacerdotal. Las dos cuestiones (como otras del pasado o que surgirán en el futuro) son válidas, si se quedan en un campo de reflexión sin herir las realidades de gracia. Toda la espiritualidad sacerdotal es “ministerial” o de “servicio” (en nombre de Cristo, Profeta, Sacerdote y Pastor), a partir de una realidad ontológica (el “carácter” o gracia permanente del Espíritu). El sacerdote está insertado en las realidades del mundo (“seculares”), a la luz de Cristo Sacerdote Buen Pastor. Suscitar una nueva perspectiva teológica es

La espiritualidad eclesial de toda la comunidad sería una abstracción, si cada una de las vocaciones (laical, religiosa, sacerdotal) no viviera su propio carisma, para compartirlo con los demás en comunión eclesial de hermanos (sin prevalencias, exclusivismos y privilegios). La espiritualidad sacerdotal aporta el servicio de unidad y coordinación entre todas las vocaciones, ministerios y carismas; el sacerdote diocesano tiene esta peculiaridad de coordinación de todos los carismas, sin exclusivismos ni exclusiones, bajo la guía de quien preside la caridad.¹⁶

La espiritualidad sacerdotal corresponde a *la vivencia de su propio ser y misión*. Se participa en el ser o consagración sacerdotal de Cristo, para representarle como Cabeza, Pastor, Sacerdote, Siervo y Esposo (cfr. PO 1-3; PDV 11-13). Jesucristo, ungido y enviado por el Espíritu Santo (cfr. Lc 4,18), prolonga su ser y lo expresa en “los suyos” (Jn 13,1; 17,10).¹⁷

Es la espiritualidad que corresponde al hecho de prolongar su misma misión de anuncio (kerigma), cercanía salvífica y donación sacrificial. En el diálogo de Cristo con el Padre, aflora esta misión común que se prolonga en la historia (cfr. Jn 17,18) y que Jesús confía explícitamente en su resurrección y ascensión (cfr. Jn 20,21; Mt 28,19-20).¹⁸ Por ser “instrumentos vivos de Cristo Sacerdote” (PO 12), la espiritualidad de los sacerdotes ministros se delinea como caridad pastoral, es decir, como “ascesis propia del pastor de almas” (PO 13). Esta espiritualidad se realiza “ejerciendo los ministerios incansablemente en el Espíritu de Cristo” (PO 13) y se expresa sin dicotomías en “unidad de vida” o armonía entre vida interior y acción apostólica (PO 14).¹⁹

Es espiritualidad según el *estilo de vida de los Apóstoles*, como “signo personal y sacramental” de cómo amó el Buen Pastor (PDV 16). Los “Apóstoles” y sus sucesores

siempre válido (así avanza la teología), con tal que no sirva para distraer de la vivencia de lo que ya ha quedado esclarecido suficientemente por la acción del Espíritu en la Iglesia.

¹⁶ El pastoreo de quien preside la comunidad debe cuidar de todos los carismas, por el hecho de “ejercer el oficio de Cristo Cabeza y Pastor”, tiende a “formar una genuina comunidad cristiana” (PO 6). “Los presbíteros están puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad de la caridad... Ellos son defensores del bien común” (PO 9).

¹⁷ Participar ontológicamente o en el ser del sacerdote de Cristo Cabeza y Pastor (cfr. PO 1-3), comporta una configuración con él (cfr. PDV 20-22), que es también Siervo (cfr. PDV 48) y Esposo (cfr. PDV 22). Esta participación en el ser de Cristo es consagración por el Espíritu Santo (cfr. PDV 1, 10, 27, 33, 69). De ahí derivan las diversas dimensiones o perspectivas y puntos de vista de esta realidad tan rica de contenidos: dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica, antropológica, sociológica... (cfr. Directorio cap. 1).

¹⁸ Los textos conciliares y posconciliares indican esta participación en la misma misión profética, sacerdotal y real de Cristo (cfr. PO 4-6, 10-11; PDV 16-18). Es siempre misión universal (cfr. PO 10; PDV 16-18, 31-32). Al mismo tiempo, es misión santificadora por el ejercicio del mismo ministerio (cfr. PO 13), con tal que se realice en “unidad de vida”, como Cristo está unido a la voluntad del Padre (PO 13-14). Las afirmaciones clave del PO 12-14 son un programa completo de espiritualidad sacerdotal ministerial: “instrumentos vivos de Cristo Sacerdote”, “en el ministerio”, “unidad de vida”, “ascesis del pastor de almas”.

¹⁹ La caridad pastoral es la sintonía e imitación de Cristo Buen Pastor, que da la vida dándose él (pobreza), sin pertenecerse (obediencia), como consorte o Esposo (castidad o virginidad). Así el sacerdote es signo personal y sacramental del Buen Pastor: Mt 19,27; PO 15-17; PDV 21-30. La comunidad eclesial tiene derecho a ver, en quien la preside espiritualmente, la caridad del Buen Pastor y Esposo de la Iglesia. Además de las síntesis globales sobre la espiritualidad sacerdotal (citadas más arriba), ver: M. PEINADO, *Solicitud pastoral* (Barcelona, Flors, 1967); P. XARDEL, *La flamme qui dévore le berger* (Paris, Cerf, 1969).

están llamados a vivir el seguimiento evangélico radical, en comunión fraterna y con disponibilidad misionera (Mt 4,19ss; 19,27ss; Mc 3,14; PDV 15-16, 60). Así comparten esponsalmente la misma vida del Señor (Mc 10,38; PDV 22, 29) y son signo de cómo amó él (Jn 17,10; PDV 49).

Como dato específico de la espiritualidad del *sacerdote diocesano*, habrá que tener en cuenta unas realidades de gracia que matizan su espiritualidad sacerdotal. Las realidades de gracia de todo sacerdote (consagración por el carácter, seguimiento evangélico al estilo de los Apóstoles, fraternidad, misión que prolonga la misión de Cristo), quedan matizadas por la caridad pastoral como determinante, la dependencia pastoral y espiritual respecto al obispo, la pertenencia permanente (por la incardinación) a la Iglesia particular y al Presbiterio diocesano.

La realidad de gracia del Presbiterio matiza la espiritualidad sacerdotal diocesana de modo determinante (cfr. PO 8; LG 28; PDV 31, 74-80; ChD 28; Puebla 663; Dir. 25-28). Es una “*fraternidad sacramental*” (PO 8), o “*íntima fraternidad*” exigida por el sacramento del Orden (LG 28), signo eficaz de santificación y evangelización. Por esto, el Presbiterio es “*mysterium*” y “*realidad sobrenatural*” (PDV 74), que matiza la espiritualidad de sus componentes, en el sentido de pertenecer a una “*familia sacerdotal*” (ChD 28; PDV 74). Consecuentemente, la fraternidad del Presbiterio es “*lugar privilegiado*”, donde todo sacerdote (especialmente el diocesano o “*secular*”, por estar “*incardinado*”), puede “*encontrar los medios específicos de santificación y evangelización*” (Directorio 27). Entonces la fraternidad del Presbiterio llegará a ser “*un hecho evangelizador*” (Puebla 663).²⁰

La realidad de gracia, de pertenecer de modo permanente al Presbiterio, no es exclusiva ni excluyente. Todo sacerdote pertenece al Presbiterio, pero esa pertenencia de gracia, en el caso de la incardinación, puede ser más permanente (como lo es para el religioso la pertenencia a su institución).²¹

Estas realidades de gracia se resumen, pues, en consagración y misión, como signo personal y sacramental del Buen Pastor, en línea de caridad pastoral (virtudes evangélicas en relación con los ministerios), según el estilo de vida de los Apóstoles, perteneciendo en sentido esponsal a la Iglesia particular y a la familia sacerdotal del Presbiterio.

En cada presbítero, estas realidades de gracia necesitan, para su recta comprensión y realización, *la actuación del carisma episcopal* (cfr. PO 7; ChD 15-16; PDV 74, 79). El obispo es el fundamento visible de la unidad en la Iglesia particular y en su Presbiterio (LG 23; cfr. PO 7-8), y es él principalmente quien debe “*fomentar la*

²⁰ Estos elementos pueden inspirarse en una figura de valor sacerdotal, participando periódicamente en grupos sacerdotales o en asociaciones (como la Unión Apostólica y otras), subrayando algunos matices y añadiendo otros, concretando más los compromisos, etc. El sacerdote religioso (o de instituciones de vida consagrada) vive estas realidades de gracia con matices de una espiritualidad “*particular*”: relación con el carisma fundacional, estatutos, compromisos (votos, etc.).

²¹ C. BERTOLA, *Fraternidad sacerdotal* (Madrid, Soc. Educ. Atenas, 1992); A. CATTANEO, *Il Presbiterio della Chiesa particolare* (Milano, Edit. Giuffrè, 1993); J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la espiritualidad sacerdotal* (Madrid, BAC, 1991) cap. VI; V. FUSCO, *Il presbiterio: Fondazione biblico-teologica*: *Asprenas* 33 (1986) 5-36; J. LECUYER, *Le Presbyterium*, en: *Les Prêtres* (Paris, Cerf, 1968) (Unam Sanctam 68) 275-288; A. VILELA, *La condition collégial des prêtres au III siècle* (Paris, Beauchesne, 1971).

santidad de sus clérigos, de los religiosos y de los laicos, de acuerdo con la peculiar vocación de cada uno” (ChD 15).

Las gracias provenientes del sacramento del Orden (carácter, para ejercer válidamente, y gracia sacramental, para servir santamente), aunque son una participación peculiar del sacerdocio de Cristo, se reciben por imposición de manos del obispo, adquiriendo éste una paternidad espiritual. Esta paternidad tendrá un significado especial respecto a quienes se han incardinado a la Iglesia particular y pertenecen, de modo permanente, al Presbiterio: “En la cura de las almas son los sacerdotes diocesanos los primeros, puesto que estando incardinados o dedicados a una Iglesia particular, se consagran totalmente al servicio de la misma, para apacentar una porción del rebaño del Señor; por lo cual constituyen un presbiterio y una familia, cuyo padre es el Obispo” (ChD 28).²²

Tanto en la acción ministerial como en la vivencia de la propia espiritualidad específica, “ningún presbítero, por tanto, puede cumplir cabalmente su misión aislada o individualmente, sino tan sólo uniendo sus fuerzas con otros presbíteros, bajo la dirección de quienes están al frente de la Iglesia” (PO 7).²³

En el campo de la espiritualidad o santidad específica, la relación de dependencia no es sólo de tipo disciplinar o jurídico, sino especialmente de actuación ministerial por parte del carisma episcopal: “Por esta comunión, pues, en el mismo sacerdocio y ministerio tengan los Obispos a sus sacerdotes como hermanos y amigos, y preocúpense cordialmente, en la medida de sus posibilidades, de su bien material y, sobre todo, espiritual. Porque sobre ellos recae principalmente la grave responsabilidad de la santidad de sus sacerdotes; tengan, por consiguiente, un cuidado exquisito en la continua formación de su Presbiterio. Escúchenlos con gusto, consúltenles incluso y dialoguen con ellos sobre las necesidades de la labor pastoral y del bien de la diócesis” (PO 7).²⁴

Sería prácticamente imposible la derivación misionera universal del Presbiterio de la Iglesia particular, si el carisma episcopal no asumiera la responsabilidad misionera de la diócesis con la cooperación responsable de sus presbíteros. Es de lamentar que tanto la espiritualidad sacerdotal del Presbiterio, como la disponibilidad misionera universal de la Iglesia particular, acostumbren a estar ausentes de muchos planes de pastoral; sin la

²² Esta paternidad no significa paternalismo; en otros textos conciliares se le llama también hermano y amigo (PO 7). Esta paternidad deriva del hecho de que el obispo sea “la imagen viva de Dios Padre” (S. Ignacio de Antioquía, *Ad Trall.* 3,1).

²³ En el ejercicio de los ministerios, el presbítero representa al obispo: “En cada una de las congregaciones de fieles, ellos representan al Obispo con quien están confiada y animosamente unidos, y toman sobre sí una parte de la carga y solicitud pastoral y la ejercitan en el diario trabajo” (LG 28; cfr. SC 42; PO 7). En la administración del sacramento de la confirmación, la misión o encargo recibido del obispo es indispensable para su validez. La teología todavía no ha aclarado si el presbítero podría también ordenar, analógicamente a como puede confirmar como ministro extraordinario; hoy por hoy, esta ordenación no sería válida.

²⁴ Es importante observar la insistencia en la “comunión”, como partícipes del mismo sacerdocio y ministerio del obispo y, consecuentemente, de la misma espiritualidad sacerdotal, salvando la diferencia en el grado sacramental y la dependencia del carisma episcopal. “Presbyterorum Ordinis” habla de la “obediencia sacerdotal, ungienda de espíritu de cooperación, se funda especialmente en la participación misma del ministerio episcopal que se confiere a los presbíteros por el Sacramento del Orden y por la misión canónica” (PO 7,b).

espiritualidad sacerdotal, faltaría la colaboración responsable y gozosa del Presbiterio; sin la derivación misionera universal, ya no habría dimensión eclesial auténtica.²⁵

3. LA PUESTA EN PRÁCTICA DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL POR MEDIO DEL PROYECTO DE VIDA EN EL PRESBITERIO

Estas realidades de gracia, que constituyen la espiritualidad sacerdotal diocesana, representan la identidad del mismo sacerdote. Son también las pautas principales de su ideario. Pero se necesita llevarlas a la práctica concreta en el contexto ambiental del propio Presbiterio.

Si el Presbiterio es una “fraternidad sacramental” (PO 8), un “mysterium” o “realidad sobrenatural” (PDV 745), una “familia sacerdotal” (ChD 28; PDV 74), “un hecho evangelizador” (Puebla 663), todo ello indica que es el cauce normal o “el lugar privilegiado” para “encontrar los medios específicos de santificación y evangelización” (Directorio 27).

¿Cómo hacer efectivo este Presbiterio, donde el presbítero pueda encontrar los medios necesarios para realizar la caridad pastoral, el seguimiento evangélico al estilo de los Apóstoles, la fraternidad efectiva y afectiva y la disponibilidad misionera?

“Pastores dabo vobis” sugiere que el obispo, con su Presbiterio, elabore un proyecto de vida que abarque todas estas realidades de vida y ministerio sacerdotal, dejando espacio operativo, como es lógico, al plan diocesano de pastoral y al campo propio de los carismas e instituciones eclesiales. El texto dice así: “Esta responsabilidad lleva al Obispo, en comunión con el presbiterio, a hacer un proyecto y establecer un programa, capaces de estructurar la formación permanente no como un mero episodio, sino como una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolla por etapas y tiene modalidades precisas” (PDV 79).

El proyecto de vida debe abarcar todas las áreas de la formación permanente, para que sea capaz de “sostener de una manera real y eficaz, el ministerio y la vida espiritual de los sacerdotes” (PDV 3).²⁶

Todo sacerdote o futuro sacerdote necesita ver un Presbiterio estructurado según un ideario definido, unos objetivos precisos y unos medios adecuados. La doctrina conciliar y posconciliar sobre el sacerdocio ministerial (que hemos resumido en el n. 2) ofrece material suficiente para programar estos apartados (*ideario, objetivos, medios*).²⁷

²⁵ Sobre la derivación misionera universal del ministerio sacerdotal (para colaborar con la responsabilidad del obispo), ver: ChD 5-6; LG 23, 28; PO 10; AG 38; RMi 63; PDV 2, 4, 14, 16-18, 23, 31-32, 59, 74-75, 82; Dir. 14-15. Los “Lineamenta” desean “que toda la diócesis se haga misionera” (Lineamenta n.74; cfr. nn. 45 y 73).

²⁶ Expuse la fundamentación y las pautas de este proyecto en: *Ideario, objetivos y medios para un proyecto de vida sacerdotal en el Presbiterio*, “Sacrum Ministerium”1 (1995) 175-186. Ver también: J. T. SANCHEZ, *Los sacerdotes protagonistas de la Evangelización*, en: (Pontificia Comisión para América Latina), (Lib. Edit. Vaticana 1996) 101-110. En esta última publicación, el entonces Prefecto de la Congregación para el Clero trata de la formación permanente en el Presbiterio y propone en la p. 110: “elaboración en cada Presbiterio de un proyecto de vida que recoja las orientaciones concretas en los diversos niveles de formación permanente: humana, espiritual, intelectual, pastoral, un programa orgánico, sistemático, integral”.

²⁷ El proyecto podría tener, pues, tres partes principales: El *ideario* (ser, obrar y vivencia o espiritualidad), los *objetivos* (a nivel humano, espiritual, intelectual, pastoral) y los *medios* (personales y comunitarios).

No es fácil entender por qué este proyecto de vida, pedido por PDV, no es todavía una realidad en muchos Presbiterios. Tal vez falta algo tan esencial como es el plan de pastoral diocesano, en el que se encuadre mejor la vida del Presbiterio, dejando espacio operativo a su propio camino. A veces es debido a que el Consejo Presbiteral (que no debe identificarse con el Presbiterio) no ha encontrado su cauce de actuación.²⁸

Los planes de formación permanente (en sus cuatro áreas: humana, espiritual, intelectual, pastoral), la actuación del Consejo Presbiteral y la puesta en práctica del proyecto de vida en el Presbiterio, dependerán de la *actuación del carisma episcopal*. Si esta actuación se limitara al terreno administrativo y de gobierno, bien podría organizar cursos de actualización, convocar sesiones de consejo con sus componentes y dar normas disciplinarias. Pero quedaría sin afrontar *la principal actuación del carisma episcopal*: la revitalización de su Presbiterio según el modelo de la “vida apostólica” o “apostólica vivendi forma” (es decir: el seguimiento evangélico, la vida comunitaria y la disponibilidad misionera).

Sin la *actuación del carisma episcopal*, en esta línea de espiritualidad específica (cfr. ChD 15-16, 28; PO 7), la formación permanente del clero seguirá siendo algo marginal o circunstancial; el Consejo Presbiteral no acertará en encontrar su actuación específica (siempre distinta del Consejo Pastoral). Entonces, el proyecto de vida en el Presbiterio ya no se vería como algo necesario. El plan diocesano de pastoral, en cualquiera de sus ofertas, no será efectivo mientras el Presbiterio no tenga su propio proyecto de vida sacerdotal.

La existencia o la carencia de este proyecto integral, que abarca toda la vida y ministerio sacerdotal (cfr. PDV 3, 79; Dir 76, 86), es el índice de vitalidad del Presbiterio y también de la recta actuación del carisma episcopal respecto a sus sacerdotes.

Habrá que contar con una realidad atrofianete que reclama afrontarla como quien rema contra corriente: en la mayoría de los Seminarios no se ha estudiado sistemáticamente la espiritualidad específica del sacerdote. Los documentos conciliares y posconciliares al respecto, no son suficientemente conocidos y, mucho menos, estudiados. Precisamente ahí está uno de los principales y más urgentes campos de actuación del carisma episcopal: ayudar a tomar conciencia y a vivir la propia espiritualidad sacerdotal diocesana en el Presbiterio.²⁹

4. LA NECESIDAD TEOLÓGICA DEL CARISMA EPISCOPAL PARA LA VIDA SACERDOTAL

Para cada uno de estos capítulos hay material suficientemente claro y entusiasmante en PO, PDV y Directorio. Ver el artículo citado anteriormente sobre el proyecto de vida en el Presbiterio.

²⁸ Al *consejo presbiteral* “competen, entre otras cosas, buscar los objetivos claros y distintamente definidos de los diversos ministerios que se ejercen en la diócesis, proponer prioridades, indicar los métodos de acción” (*Directorio “Ecclesiae Imago” sobre el ministerio pastoral de los obispos*, 22 de febrero de 1973, n. 202). Pero por su medio también “se fomenta la *fraternidad en el Presbiterio* y el diálogo entre el obispo y los presbíteros” (ibídem).

²⁹ Sin esta mística sacerdotal, conocida y vivida gozosa y generosamente, difícilmente tendrá el obispo vocaciones “propias” en su Seminario, así como clero suficiente y disponible apostólicamente en su diócesis; este conocimiento de la propia espiritualidad lleva, por su misma lógica interna, a estudiar los clásicos de espiritualidad de cualquier escuela, también para servir a las demás vocaciones. En este campo puede prestar un gran servicio la Unión Apostólica, como cauce de intercambio de experiencias de “Vida Apostólica” en los diversos Presbiterios.

Analógicamente a cuando se dice del “párroco”, todo sacerdote (presbítero), en su actuación sacerdotal y en la comunidad confiada, es “un pastor que hace las veces del obispo” (SC 42; cfr. LG 28). No se trata de competencias o de alternativas, sino de la realidad del Presbiterio, cuyos miembros son siempre “colaboradores necesarios en el ministerio y oficio de enseñar, santificar y apacentar al Pueblo de Dios” (PO 7). El decreto ChD matiza que la labor del obispo es “con la cooperación de su Presbiterio” (ChD n. 11). Respecto al obispo, que es “padre” de todo el Presbiterio (ChD 28), los presbíteros son también “hermanos y amigos suyos” (PO 7).³⁰

Si el obispo es “el gran sacerdote de su grey, de quien deriva y depende, en cierto modo, la vida en Cristo de sus fieles”(SC 41), ello tendrá una aplicación peculiar respecto a los presbíteros. Efectivamente, “sobre los obispos recae de manera principal el grave peso de la santidad de sus sacerdotes” y, por esto, habrán de tener el máximo cuidado de la continua formación de sus sacerdotes” (PO 7). Los obispos son “principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares” (LG 23).³¹

No es mi intento, en el presente estudio, urgir la aplicación de esta obligación (y vocación específica) por parte del obispo, sino más bien atraer la atención de la reflexión teológica sobre la actuación del carisma episcopal en la vida de los sacerdotes y, de modo especial, suscitar en los presbíteros (y diáconos) el amor filial y la dependencia espiritual respecto a su propio obispo. La afirmación “nada sin el obispo” recobra toda su hondura en esta perspectiva de comunión responsable.³²

Mientras no actúe o no se deje actuar al carisma episcopal en la delineación práctica de la espiritualidad sacerdotal en el Presbiterio, esta espiritualidad no pasará de ser una aspiración pasajera o un ideal teórico. Los “Lineamenta” se remiten a la importancia de la sucesión apostólica, para urgir la vida apostólica (que es común a obispos y presbíteros): “El testimonio ininterrumpido de la Tradición reconoce en los obispos aquellos que poseen el “sarmiento de la semilla apostólica” y suceden a los Apóstoles como pastores de la Iglesia” (Lineamenta n.28)³³. “Los obispos son sucesores

³⁰ Lineamenta n.11, citando LG 28 y ChD 7, dice: “La necesaria cooperación del Presbiterio está enraizada en el mismo evento sacramental”. Más adelante afirma: “Esta misma gracia (sacramental) une a los presbíteros a las distintas funciones del ministerio episcopal... Sus necesarios colaboradores y consejeros... asumen, según su grado, los oficios y la solicitud del obispo y la hacen presente en cada comunidad” (Lineamenta n.31; cfr. LG 28). El *Directorio “Ecclesiae Imago” sobre el ministerio pastoral de los obispos* concreta: “El Obispo... sabe bien que su deber es dirigir su amor y su solicitud particular sobre todo hacia los presbíteros y hacia los candidatos al ministerio sagrado” (n. 107; cita PO 7; ver también el n. 111 del mismo Directorio). De ello se seguirá que “todo el Presbiterio se sienta junto con el Obispo verdaderamente corresponsable de la Iglesia particular” (n. 111).

³¹ “En los presbíteros de la diócesis, aunque sean religiosos, el Obispo trata de infundir y hacer madurar la conciencia de formar un único Presbiterio en la Iglesia, todos juntos con el Obispo y unidos entre sí por el vínculo del sacramento del Orden, aunque sean diversas las tareas que desempeñan” (*Directorio “Ecclesiae Imago” sobre el ministerio pastoral de los obispos* n. 109).

³² En el Presbiterio, el obispo ocupa el lugar de Cristo, mientras los presbíteros ocupan el lugar de los Apóstoles (San Ignacio de Antioquía, *Ad Magnesios* VI, 1). El carisma propio de la apostolicidad del obispo tiene significado espiritual y moral antes que administrativo. Esta realidad de gracia fundamenta “su relación personal-espiritual del pastor con su grey” (Lineamenta n.10).

³³ Toma la expresión “semilla apostólica” de Tertuliano (*Praescr. Haeret.*, 32: PL 2,53). Para los contenidos de “sucesores” de los Apóstoles, ver LG 18 y 20. “Pastores dabo vobis” recuerda también que los presbíteros participan, en grado inferior, de esta sucesión apostólica (cfr. PDV 15-16, 42, 60).

de los Apóstoles no solamente en la autoridad y en la sacra potestas, sino también en la forma de vida apostólica, en los sufrimientos” (Lineamenta n.29). “El obispo es el primer responsable del discernimiento de la vocación de los candidatos, de su formación” (Lineamenta n.34).

Son muchos los textos conciliares que instan al sacerdote presbítero a poner en práctica sus exigencias sacerdotales, teniendo en cuenta su dependencia respecto al propio obispo. Hemos ido citando algunos en los apartados anteriores (cfr. LG 28; PO 7; ChD 28; PDV 74, 79).

Esta dependencia efectiva no será realidad sino en el grado en que el obispo viva en las mismas condiciones de sus presbíteros, embarcado en la misma barca, para correr la misma suerte. Sin esta cercanía familiar, espiritual, pastoral y económica, *la actuación del carisma episcopal* no pasará las fronteras de la disciplina y de la administración.³⁴

Hay un texto conciliar programático que resume esta actuación episcopal y que necesitaría ser asimilado también por los presbíteros, para no poner obstáculos a la *actuación del carisma episcopal* del propio obispo: “Traten siempre con caridad especial a los sacerdotes, puesto que reciben parte de sus obligaciones y cuidados y los realizan celosamente con el trabajo diario, considerándolos siempre como hijos y amigos, y, por tanto, estén siempre dispuestos a oírlos, y tratando confidencialmente con ellos, procuren promover la labor pastoral íntegra de toda la diócesis. Vivan preocupados de su condición espiritual, intelectual y material, para que ellos puedan vivir santa y piadosamente, cumpliendo su ministerio con fidelidad y éxito” (ChD 16).³⁵

Me parece ver en esta afirmación conciliar el fundamento de la orientación de “Pastores dabo vobis” sobre el proyecto de vida, que hemos citado y comentado más arriba (cfr. PDV 79). Los “Lineamenta” ofrecen unas pautas muy esclarecedoras:

“A la actitud del obispo con cada sacerdote se une la conciencia de tener en torno a sí un Presbiterio diocesano. Por esto debe alimentar en ellos la fraternidad que sacramentalmente los une y promover entre todos el espíritu de colaboración en una eficaz pastoral de conjunto (Lineamenta n.33).

“El obispo debe esforzarse cada día para que todos los presbíteros sepan y se den cuenta, de forma concreta, que no están solos o abandonados, sino que son miembros y parte de un solo Presbiterio... consciente de que el testimonio de comunión afectiva y efectiva entre el obispo y sus presbíteros es un estímulo eficaz de la comunión en la Iglesia particular en todos los demás niveles” (ibídem).

³⁴ Al hablar de la pobreza sacerdotal, el concilio Vaticano II, remitiéndose a toda la tradición, une la vida del obispo con la del sacerdote: “Guiados, pues, por el Espíritu del Señor, que ungió al Salvador y lo envió a evangelizar a los pobres, los presbíteros, y lo mismo los Obispos, mucho más que los restantes discípulos de Cristo, eviten todo cuanto pueda alejar de alguna forma a los pobres, desterrando de sus cosas toda clase de vanidad. Dispongan su morada de manera que a nadie esté cerrada, y que nadie, incluso el más pobre, recele frecuentarla” (PO 17). Sobre la vida sencilla y pobre de los obispos: Motu Proprio “Pontificalia insignia” (Pablo VI, 21 de junio de 1968); Instrucción “Ut sive sollicite” (31 de marzo de 1969).

³⁵ Continúa el texto: “Por lo cual han de fomentar las instituciones y establecer reuniones especiales, de las que los sacerdotes participen algunas veces, bien para practicar algunos ejercicios espirituales más prolongados para la renovación de la vida, o bien para adquirir un conocimiento más profundo de las disciplinas eclesíásticas, sobre todo de la Sagrada Escritura y de la Teología, de las cuestiones sociales de mayor importancia, de los nuevos métodos de acción pastoral” (ChD 16).

“La relación sacramental-jerárquica se traduce en la búsqueda constante de una comunión afectiva y efectiva del obispo con los miembros de su Presbiterio” (Lineamenta n.32).

Pablo VI recordó esta realidad de gracia al inaugurar la Asamblea de Medellín desde la catedral de Bogotá: “Si un obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad”³⁶. Los “Lineamenta” recuerdan también este ministerio episcopal: “El ministerio del obispo se determina con relación a las diferentes vocaciones de los miembros del Pueblo de Dios y, ante todo, con relación a los sacerdotes, incluso religiosos, y al Presbiterio constituido por ellos en la Iglesia particular” (Lineamenta n.31).

Sin esta referencia al carisma episcopal, el sacerdote diocesano no podrá llevar a efecto todas las exigencias de la espiritualidad sacerdotal. Al constatar esta vocación en el propio Presbiterio, el sacerdote puede apoyarse también en otros carismas legítimos y también eclesiales. Pero queda por cubrir el campo más suyo y más específico:

¿Cómo encontrar en el propio Presbiterio (con su propio obispo), los medios propios de espiritualidad y de evangelización? (cfr. PO 8; PDV 74; Dir 27).³⁷

¿Cómo ser servidor y coordinador de todos los carismas que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia particular y en la comunidad eclesial que le ha confiado el obispo?

Si no se encontrara apoyo explícito por parte del carisma episcopal (por no reconocerlo, por no amarlo o por no dejarlo actuar), difícilmente se encontraría solución a estas aspiraciones hondas que el Espíritu Santo ha comunicado a los sacerdotes el día de la ordenación sacerdotal, especialmente cuando se ordenan como incardinados (desposados) al servicio de la Iglesia particular (en comunión responsable con la Iglesia universal) y como miembros permanentes de la familia sacerdotal del Presbiterio.³⁸

5. LÍNEAS CONCLUSIVAS: UNAS PROPUESTAS FACTIBLES

La doctrina conciliar y posconciliar del Vaticano II se enraíza en toda la tradición eclesial sobre la “Vida Apostólica” en el Presbiterio. El obispo fue siempre (en línea de

³⁶ Pablo VI, *Alocución en la inauguración de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Catedral de Bogotá (24 de agosto de 1968). Son los mismos contenidos del *Directorio “Ecclesiae Imago” sobre el ministerio pastoral de los obispos*: “El Obispo considera como un sacrosanto deber conocer a sus presbíteros diocesanos, sus caracteres y capacidades, sus aspiraciones y tenor de vida espiritual, su celo e ideales, su estado de salud y sus condiciones económicas, su familia y todo lo que diga relación a ellos” (n. 111).

³⁷ En “Don y misterio” (en el apartado sobre el Presbiterio de Cracovia), Juan Pablo II manifiesta su gozo de haber encontrado en su Presbiterio (como presbítero y como obispo) la fraternidad sacerdotal y las ayudas necesarias para vivir su sacerdocio.

³⁸ Las diversas asociaciones, carismas, movimientos, etc., pueden ser una ayuda para vivir mejor las realidades de gracia de la propia espiritualidad sacerdotal diocesana. Hay que reconocer también y apreciar la gran ayuda de las diversas formas de vida consagrada, así como de la pertenencia a instituciones y asociaciones que se inspiran en carismas particulares. Ello puede ayudar también al sacerdote diocesano, a modo de dirección espiritual o de grupo de amigos; pero no cancela la actuación del carisma episcopal ni la puede suplir.

principio) el primer responsable y agente en la construcción de esa vida sacerdotal al estilo de los Apóstoles: seguimiento evangélico, fraternidad, disponibilidad misionera.³⁹

Los “Lineamenta” para la Asamblea ordinaria de los Obispos (para el año 2000) recuerdan también esta relación del obispo con sus sacerdotes, como hemos citado repetidamente en el presente estudio. Ahí se invita a considerar el significado de la Misa Crismal: “Para un obispo es un momento de gran esperanza, ya que se encuentra con el Presbiterio diocesano, reunido en torno a él” (Lineamenta n. 96). También hay que reconocer la importancia de la mediación del obispo en la ordenación sacerdotal “recibiendo de Dios a los nuevos cooperadores” (Lineamenta n. 96).

La dinámica histórica de la espiritualidad sacerdotal (siempre en línea de caridad pastoral y de espiritualidad comunitaria y eclesial) indica unos hitos (época patristica, medioevo, Trento, encíclicas sacerdotales del siglo XX, Sínodos...), en los que la figura del obispo es determinante en la puesta en práctica o en la decadencia de la vida sacerdotal en el Presbiterio.⁴⁰

El futuro de los Seminarios radica en esta actuación del obispo (como sucesor de los Apóstoles que forma a sus colaboradores inmediatos), mucho más que en nuevas metodologías y organizaciones.⁴¹

El futuro de los Presbiterios radica también en la propia responsabilidad de los presbíteros, corroborada con la actuación imprescindible del carisma episcopal. El “proyecto” (escrito o vivido) del Presbiterio no podrá realizarse de modo efectivo y permanente sin el obispo.⁴²

La actuación concreta del carisma episcopal (como padre, hermano, amigo, según las expresiones conciliares) emana de su propia espiritualidad, como exigencia de la ordenación o consagración episcopal. Pero esta espiritualidad forma una unidad especial con sus presbíteros (y diáconos), a modo de unidad familiar y “colegio”.

Sería una afirmación superficial decir que esta actuación “clericalizaría” la actuación del obispo... Efectivamente, su carisma, además de dirigirse “por igual” a todos los estados de vida según la propia vocación (laical, religiosa, sacerdotal), debe afianzarse formando a sus colaboradores inmediatos que son parte de este mismo carisma.⁴³

³⁹ Ver en la historia de la espiritualidad sacerdotal la forma de vivir los Presbiterios según san Agustín, san Eusebio de Vercelli, santo Domingo, experiencias “canónicas”, etc. Cfr. *Teología de la Espiritualidad Sacerdotal*, o.c., cap. 13 (síntesis histórica). También en: *Historia de la espiritualidad sacerdotal* (Burgos, Facultad de Teología, 1985); corresponde al vol. 19 de “Teología del Sacerdocio”.

⁴⁰ Además de los santos obispos recordados anteriormente, cabe hacer mención de otros posteriores: san Carlos Borromeo, san Juan de Ribera, san Juan de Ávila... Ver *Historia de la espiritualidad sacerdotal*, o.c.

⁴¹ La renovación de los Seminarios no puede consistir principalmente en el cambio de unas estructuras materiales y organizativas, sino en el afianzamiento de la “Vida Apostólica” puesta en práctica con el propio obispo, en las coordinadas actuales de una familia sacerdotal que comparte la misma suerte.

⁴² Es importante e imprescindible que el Consejo Presbiteral asuma esta responsabilidad, como “consejo” del obispo, respecto a la vida de los presbíteros. Todo ello debe ser reforzado por la Comisión o Departamento Episcopal del Clero (pastoral sacerdotal, vocaciones y ministerios).

⁴³ La exención histórica de la vida religiosa o consagrada (por motivos especiales) o la exención actual respecto a la autonomía del carisma de la vida consagrada, no debe olvidar la actuación necesaria e indispensable del sucesor de los Apóstoles, en el ámbito de la Iglesia particular, respecto a quienes imitan de modo peculiar la “apostolica vivendi forma”, siguiendo el estilo apostólico de que son garantes los obispos (cfr. VC 45, 48, 93-94). La actuación del carisma episcopal abarca todos los demás carismas. Los

Concretamente, la actuación del carisma episcopal es necesaria para que se ponga en práctica la espiritualidad (y vida ministerial) en el Presbiterio. De modo especial necesitaría concretarse más explícitamente en estos puntos:

- 1) Trazar las líneas claras y entusiasmantes de la “mística” o espiritualidad sacerdotal en el Seminario y en el Presbiterio (ello sería fuente de vocaciones y de perseverancia sacerdotal).
- 2) Asumir el cuidado más directo de la espiritualidad de sus presbíteros (nadie le puede suplir, aunque sí muchos pueden ayudar, especialmente por la dirección espiritual y asociaciones).
- 3) Hacerse más cercano, compartiendo la misma vida a nivel humano (economía, vivienda, descanso...), espiritual (procurando retiros y dirección espiritual), intelectual (actualización), pastoral (compartiendo los sudores apostólicos)... La perseverancia sacerdotal no será posible sin esta cercanía a modo de familia sacerdotal, sin distinciones ni privilegios.
- 4) *Trazar el proyecto de vida en el Presbiterio, tal como lo pide PDV 79, de manera sencilla, entusiasmante y siempre perfeccionable (con la aportación de todo el Presbiterio).*
- 5) *Hacer que los presbíteros colaboren activa y responsablemente en el plan diocesano de pastoral, desde su propio proyecto de vida (sin diluirlo en el plan general).*
- 6) *Hacer posible el cauce de la colaboración misionera universal, por medio del centro diocesano misionero y de las OMP e Institutos misioneros, de suerte que se transforme la Iglesia particular en Iglesia misionera, especialmente por la aportación del mismo Presbiterio.*
- 7) *Instar continuamente en la oración común con sus Presbíteros, en la que aparezcan “sus esperanzas para el Presbiterio diocesano” (Lineamenta n.93), a modo de Cenáculo con María que también “imploraba con sus oraciones el don del Espíritu” (LG 59). Si la Iglesia “invoca frecuentemente a María como Regina Apostolorum” (Lineamenta n. 100), es debido a que ella es la “Madre del sumo y eterno sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio” (PO 18) y, por consiguiente, madre peculiar de todos los sacerdotes ministros.⁴⁴*

“Lineamenta” hacen, en el cuestionario, esta pregunta: “¿Qué iniciativas concretas favorecen la unión espiritual del obispo, sobre todo con los presbíteros y diáconos, con los consagrados y las consagradas y con los laicos, especialmente si están reunidos en asociaciones y fundaciones eclesiales?” (pregunta n. 20).

⁴⁴ He prescindido de la denominación jurídica sobre el sector eclesial que preside el obispo (diócesis, arquidiócesis, patriarcado, vicariato, prefectura, prelatura, etc.). Lo importante es la Iglesia concretizada allí donde hay un sucesor de los Apóstoles, en comunión con el Papa sucesor de Pedro.

TESTIMONIO MI VOCACIÓN DE SACERDOTE DIOCESANO

José María Arancibia

Arzobispo de Mendoza

Desde mi tiempo de estudiante de teología tuve la inquietud de conocer mejor nuestra vocación de sacerdotes diocesanos. Agradezco a Dios los escritos interesantes que leímos entonces, y luego el maravilloso aporte del Concilio Vaticano II. En los años siguientes, y aún ahora, se han ido publicando interesantes estudios y valiosos documentos.

Movido por aquel interés, en retiros predicados a seminaristas o sacerdotes, me atreví a presentar algunos rasgos de la espiritualidad “diocesana”, como temas de meditación y de oración. Este año jubilar, al predicar el retiro canónico a los diáconos de nuestra diócesis, en preparación a su ordenación sacerdotal, ellos mismos me propusieron este tema y con gusto volví sobre él. Pensando que los puntos conversados y rezados en esa ocasión, pueden ser de utilidad, los ofrezco a los demás hermanos.

La enseñanza teológica y espiritual acerca del sacerdote (identidad, espiritualidad, ministerio) se ha desarrollado mucho en los últimos tiempos. Tenemos una considerable cantidad de documentos del Magisterio y una variada bibliografía, donde hoy se ofrece un rico tesoro.

Durante estos años, se ha investigado y escrito, además, acerca de la condición o estado particular del sacerdote diocesano o secular. Las inquietudes permanecen, y el diálogo entre nosotros vuelve sobre ellas. De mi parte, estoy plenamente convencido de que “SER Y VIVIR COMO SACERDOTE PARA UNA DIÓCESIS” tiene un sentido peculiar, del cual brotan aspectos complementarios de una espiritualidad con matices propios.

Suponiendo, por tanto, todo lo que hoy se afirma acerca de la espiritualidad sacerdotal, válida para todo obispo y presbítero, la condición de “diocesano” o “secular” aparece como un valor o riqueza propia, derivada de la teología de la diócesis, que indica una forma de ser y de ejercer el ministerio, y que brinda aspectos definidos, orientadores, entusiastas.

Me surge, entonces, esta pregunta:

**¿De qué manera me impulsa el Espíritu
a vivir, a crecer y a servir,
específicamente en cuanto presbítero diocesano?**

Prefiero imaginar una RESPUESTA en términos breves y concisos, hablando en primera persona. De alguna manera son una confidencia sobre lo que yo mismo deseo, busco y pido a Dios; también de lo que me atrevo a compartir con hermanos que hacen el mismo camino.

Los párrafos no llevan citas ni referencias, aunque muchas expresiones pueden ser fácilmente reconocidas. De esta manera, el escrito conserva mejor el objetivo planteado:

compartir anhelos y buscar juntos el ideal de nuestra vida sacerdotal. Deseo de corazón que estas líneas nos ayuden a seguir pensando, dialogando, y rezando, porque en esta manera de ser y de actuar tenemos puesta toda nuestra vida.

-Arraigado en este PUEBLO y formando parte de él,
quiero conocer cada vez mejor su historia,
su cultura, su religiosidad y el carácter de su gente,
para amarlo, comprenderlo y compartir su vida,
a fin de servirlo de manera cercana y encarnada,
como Jesús de Nazareth.

-Vinculado a esta DIÓCESIS, por toda mi vida,
con lazo afectivo, espiritual, pastoral y jurídico (incardinación),
deseo captar y asumir sus fortalezas y debilidades,
sus necesidades todas y sus proyectos pastorales,
para que cuanto soy y pueda realizar como sacerdote,
sirva al crecimiento en comunión de esta Iglesia particular,
según la voluntad de Dios y para gloria Suya.

-Configurado con Cristo Cabeza, Siervo y Pastor,
por el sacramento del Orden y la unción del Espíritu,
siento, vivo y ejerzo mi sacerdocio
como cooperador (necesario) de mi OBISPO,
de quien dependo de manera directa y plena,
porque él representa, coordina y conduce
la entera misión apostólica en esta Iglesia.

Con él y por él me siento unido a todo el episcopado,
y al Papa que es principio de unidad;
por eso me mantengo abierto y disponible
a toda la Iglesia y al mundo entero.

-Al PRESBITERIO diocesano estoy profundamente asociado,

por los vínculos de una fraternidad sacramental y afectiva,
y de una comunión y caridad apostólica,
que preside nuestro Obispo.

Mantengo y cultivo vínculos estrechos con todos los sacerdotes
–diocesanos y religiosos–, como también con los diáconos.

A los miembros del clero diocesano me liga de por vida
nuestra condición de cooperadores del orden episcopal,
caracterizada por:

una comprometida estabilidad y completa disponibilidad.

-Compartiendo de cerca el carisma episcopal,
comprendo y acepto una especial responsabilidad
respecto a la COMUNIÓN eclesial;
por ello asumo el compromiso de:
conocer, valorar y conducir en la caridad,
todos los carismas de vida consagrada y laical,
como también todos los servicios y ministerios,
que el Espíritu suscita en la Iglesia;
para que –con discernimiento pastoral y de manera orgánica–,
puedan enriquecer a la misma Iglesia, que es
participación en la comunión trinitaria en tensión misionera.

-De la gran familia diocesana
forman parte muchas y varias COMUNIDADES,
que poseen propias y singulares características.
En principio me debo a todas ellas,
y me dispongo a servir las con amor y respeto,
–sin echar raíces definitivas en ninguna–,
junto con los demás sacerdotes y diáconos,
en la solidaridad apostólica, que preside nuestro Obispo,
y que ha de proyectarse sobre el mundo,

según el mandato del Señor resucitado,
y mientras esperamos Su gloriosa venida.

-De ordinario ofrecemos nuestro ministerio
desde la PARROQUIA,
que es la misma Iglesia insertada entre las casas de la gente,
para brindar un servicio pastoral completo y permanente;
aunque –compartiendo por vocación–
la misión apostólica en toda su amplitud,
estoy dispuesto a prestar con alegría,
y según mis posibilidades,
cualquier servicio que necesite mi diócesis,
y que me sea pedido o encomendado.

-Mi vida y mi tarea sacerdotal están entregadas, de corazón,
al TRIPLE MINISTERIO de:
la Palabra, los sacramentos y la conducción pastoral,
que ejerzo allí donde he sido enviado.
A través de este servicio me realizo y santifico,
colaborando libre y confiadamente:
con la gracia del Orden,
que me configura a Cristo, Cabeza, Siervo, Pastor,
y con la fuerza del Espíritu Santo que actúa en mí.
Como sacerdote diocesano me complace desempeñarlo,
atento a las necesidades de la Iglesia diocesana y universal,
y aceptando las orientaciones y normas que me ofrece.

-Como bautizado y ordenado
reconozco que Dios me llama a la SANTIDAD,
expresada –sobre todo– en la “caridad pastoral”,
principio y virtud que anima y guía toda mi vida;

como también en las virtudes y los consejos evangélicos de: obediencia, castidad consagrada y pobreza.

A esta santidad me siento además interpelado y exigido, por mi pueblo, el presbiterio, los diáconos y consagradas/os; de ellos recibo testimonio, ejemplo, reclamos y corrección, que me ayudan a vivir abierto al Espíritu, y en constante conversión.

-Agradecido al Señor por el CARISMA DEL CELIBATO, necesito pedirlo siempre como gracia, para vivirlo fielmente y en plenitud.

Quiero pertenecerle a Él con un corazón entero, y ser testigo de Cristo Esposo ante mi pueblo, con un amor nuevo, grande, lleno de ternura capaz de las renunciaciones necesarias, y en señal de tiempos futuros.

Me anima la fidelidad y el testimonio de muchos, y así acepto ser signo del amor de Dios por el mundo, compartiendo y alentando la lucha de tantos matrimonios, familias, personas y comunidades, que viven una situación difícil en nuestra Iglesia particular.

-En mi camino de santidad como sacerdote diocesano, intento vivir FORMAS Y ESTÍMULOS PECULIARES de espiritualidad, que son muy propios de esta vocación y estado de vida: orar de manera constante con y por mi pueblo; celebrar los misterios para su santificación y la mía propia; cultivar la fraternidad sacerdotal con estos mis hermanos; ejercer la paternidad espiritual para con mi comunidad; guiar con prudencia y afecto pastoral a toda la gente; aceptar las renunciaciones propias de una vida pastoral intensa;

mantener una generosa disponibilidad para con mi Iglesia;
obedecer de corazón las directivas de la diócesis;
ser pobre y solidario en medio de nuestro pueblo;
etc.

-La Iglesia me ha invitado, de varias maneras,
a no tener otras PREFERENCIAS que las del Evangelio:
los pecadores, pobres, débiles y sufrientes.
Acojo humildemente este mandato,
en fiel seguimiento de Jesús buen Pastor;
y quiero descubrir, asumir y servir,
con generosa dedicación,
-tanto en la evangelización como en la promoción humana-,
las urgencias evangélicas
de aquellas comunidades a mí encomendadas,
con espíritu abierto, dialogante, misericordioso.

-El pueblo de Dios camina entre penas y alegrías
acompañado siempre por Jesús, el buen Pastor resucitado,
de Quien los sacerdotes somos:
prolongación visible y signos sacramentales.
Esta presencia cercana y misteriosa que el Señor ofrece
a su PUEBLO PEREGRINO EN MENDOZA,
me alienta, motiva e impulsa:
a compartir tanto el gozo y la esperanza de la gente,
como el esfuerzo y el dolor de cada día;
sobre todo, a darme y a trabajar con entereza,
cargando en mí los sufrimientos de la muerte de Jesús,
para que también Su vida se manifieste en ellos,
hasta que todos lleguemos a la plena madurez en Él.

-Al conocer la SITUACIÓN ACTUAL de mi extensa diócesis, comprendo y asumo que los presbíteros y diáconos, no alcanzamos a atender bien las necesidades pastorales básicas del pueblo. Por eso, frente a una tarea de por sí excesiva y desbordante, acepto que he de recurrir siempre y con esperanza al Poder del Espíritu Santo, para que suscite en mí –y en mis hermanos–: afecto pastoral abnegado, fortaleza de ánimo, ardor misionero, humildad sincera, alegría en la pobreza, y la capacidad de trabajar en comunión, con los hermanos ordenados, los consagrados/as y los fieles laicos.

-Me preocupa el futuro de nuestra diócesis, porque la quiero entrañablemente. Por esa misma razón y como signo de mi amor por ella, –confiando en la promesa del Señor, que dijo: “les daré pastores según mi corazón”–, quiero ser co-responsable de la PASTORAL VOCACIONAL, mediante la oración, el testimonio, el acompañamiento espiritual y la animación; para que el pueblo de Dios se enriquezca pronto con sacerdotes, diáconos, consagradas/os, y laicos misioneros, de manera que todos juntos, gozosos y agradecidos, cumplamos la misión confiada a la Iglesia.

-Cuando nos llaman o nos decimos sacerdotes “SECULARES”, no pienso sólo en que estamos en el mundo –no en el claustro, ni sujetos a una regla (regulares)–. Me alegro más bien de estar llamado

a ser presbítero en esta Iglesia local,
que es presencia y fuerza de Dios en una realidad secular;
nuestra diócesis –al encarnarse en ella–,
le ofrece la salvación de Jesucristo el Señor.
Por eso, con corazón de creyentes y de pastores
abrazamos y servimos a ese mundo
al cual Dios ama,
y donde nos manda como luz y como sal.

-Teniendo a Jesús como único Pastor y principal modelo,
siento la protección maternal y tierna de MARÍA
a quien nuestro pueblo ama y venera,
como madre, modelo y signo de esperanza de la Iglesia comunión.
Quiero estar atento al ejemplo de los apóstoles y mártires,
que dieron su vida por Cristo,
y descubrir cada vez mejor a los santos pastores
que la Iglesia me propone para imitar.
Necesito descubrir, además, los rasgos ejemplares
de tantos hombres y mujeres de esta diócesis,
–como de muchas otras Iglesias–
que en tiempo pasado y aún en el presente,
me brindan testimonio de amor a Dios,
de vida santa, de celo apostólico y misionero,
de alegre fidelidad a la vocación recibida del Señor.

ESTUDIO REINVENTAR LA PROPIA VOCACIÓN*

Ernesto López Rosas S.J.

El fin del siglo está marcado por la falta de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada; también por las muchas defecciones. Lógicamente surgen preguntas sobre las causas posibles de este hecho y más allá de las preguntas y de las respuestas, tal vez sea bueno fomentar una actitud: resistir la tormenta. No es la primera vez que ocurren estas crisis dentro de la Iglesia. Muchos recordamos una situación parecida por los años 70. La experiencia dice que si se resiste cualquier vendaval, después cambian las cosas. Mientras tanto conviene tener una espiritualidad para tiempos de crisis, alejada de todo triunfalismo. Al final de cuentas, Dios hace siempre las cosas mejor que nosotros.

Se me ocurre ofrecer algunas reflexiones destinadas a reinventar la propia vocación, en los que creemos tenerla. Inventar significa etimológicamente “encontrar”. Reinventar viene a ser “encontrar nuevamente” algo que puede ser antiguo, ver con nuevos ojos lo de ayer, ver todo como si fuera nuevo. Para esto ayuda el recuerdo, pero el recuerdo no basta. Nadie vive de rentas de la primera vocación. A los recuerdos hay que ponerlos en juego con las necesidades presentes y es así como surgen con fuerza valores que aparentemente se han olvidado.

“Conocer es recordar”

En la línea del recuerdo se me ocurre que puede ayudar la reflexión sobre algunos casos paradigmáticos de vocaciones, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Propongo esta reflexión con plena conciencia de que esto no es todo. No es todo, pero ayuda en tiempos de crisis hacerse un lugar para la meditación serena.

“Subió al monte y llamó a los que quiso: y vinieron donde él” (Mc 3,13). Con este párrafo el evangelista Marcos introduce el relato de la institución de los Doce. La escena anterior a la de este llamado es descrita por el evangelista como algo tumultuoso. Jesús y sus discípulos están como sumergidos en “una gran muchedumbre” (Mc 3,7-8). Hasta les pidió a sus discípulos “que le prepararan una pequeña barca, para que no lo aplastaran” (Mc 3,9). En medio de este tumulto es cuando Jesús “subió al monte y llamó a los que quiso”. No a cualquiera sino “a los que quiso”. San Juan resalta lo mismo: “No me habéis elegido vosotros a mí sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15,16).

De la contemplación de todo lo anterior podemos “reflexionar” para nosotros mismos dos cosas. Por un lado, que la vocación de los apóstoles surgió dentro del fervor de mucha gente hacia la persona del Señor. Desde el fervor del Pueblo de Dios es de donde suele sacar Dios a los que elige especialmente, a los que les da una vocación especial y la experiencia nos ha enseñado que es el mismo pueblo el que suele confirmar a sus pastores en los momentos difíciles. Cuando todo parece hundirse por una u otra razón, lo que no se hunde con facilidad es el fervor o la fe de la gente.

* Tomado de Boletín de Espiritualidad de la Compañía de Jesús - Argentina, N. 180, noviembre-diciembre 1999.

Las vocaciones no nacen nunca de una calma chicha en el campo de la fe, en esa zona en que todo da lo mismo. Si queremos vocaciones, santifiquemos al pueblo.

Por otra parte el Evangelio nos señala que detrás de una vocación hay una voluntad explícita del Señor.

¿Por qué nos llamó a nosotros? Simplemente porque lo quiso y esa voluntad de llamarnos un día y de renovar todos los días el llamado se pierde en el misterio del mismo Dios.

Hemos conocido mucha gente mejor que nosotros que no sintió nunca en su interior la certeza de que Dios lo llamaba tal como la hemos sentido nosotros. Mucha gente ni siquiera se planteó el problema vocacional, en cambio para algunos siempre fue un problema. Así por ejemplo, muchos habrán escuchado la lectura del episodio del joven rico cuando el que después fue san Antonio abad lo escuchó “por casualidad” (L.H., II lectura del 18 de enero) pero sólo él percibió “como si aquellas palabras hubiesen sido leídas especialmente para él” (*ibidem*). No se puede explicar esto si uno no piensa en un movimiento del corazón instigado por así decirlo por el mismo Dios, por el mismo Jesucristo que comenzó por entusiasmar al pueblo que lo seguía y terminó a lo largo de los siglos llamando en particular a tanta gente a que lo siguiera más de cerca. El mismo Señor que movió el corazón de los apóstoles es el que movió nuestro corazón. Esto es lo que siempre hemos creído. No hay nada nuevo, pero queda un asunto pendiente: ¿cómo reinventar en estos tiempos el entusiasmo por la consagración a Dios?

¿Qué hemos sentido frente a la primera vocación? Posiblemente de todo, todo tipo de sentimientos y nos ayudará entonces recorrer un poco la Escritura.

Cuando Dios le manda a Moisés ir donde el Faraón para anunciarle las plagas de Egipto, primero Moisés se excusa porque no se cree capaz de hablar: “¡Por favor, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aún después de haber hablado tú con tu siervo, sino que soy torpe de boca y de lengua” (Ex 4,10); después simplemente le pide que envíe a otro en lugar de él: “Por favor, envía a quien quieras” (Ex 4,11). Posiblemente a Moisés le vino el pensamiento de lo que vendría en su propio futuro y que lo arriesgaba todo, incluso la vida si obedecía con facilidad a Dios. Se asustó, diríamos ahora, con la cruz del futuro y no tuvo en cuenta que Dios nunca carga a uno con una cruz si al mismo tiempo no le da la gracia suficiente para sobrellevarla. El mismo Dios le tiene que aclarar que estará detrás de él cuando hable con el Faraón. La actitud de Moisés, decíamos, es paradigmática y puede darse a los comienzos de una vocación o también mucho después. El susto frente a una misión hace muchas veces pensar o decir: “mejor que para esto se busquen otro”. Es la salida más fácil, pero la salida más fácil no siempre es la mejor. La salida mejor es la que deja en paz.

Cuando Dios le dijo a Jeremías: “Antes de haberte formado yo en el seno materno te conocía, y antes que nacieses te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí (Jer 1,5), o sea, cuando le mostró su voluntad de hacerlo profeta, Jeremías puso como excusa su juventud: “¡Ah, Señor Jahvéh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho” (Jer 1,6). También Jeremías se vio venir lo que le esperaba y se asustó y entonces presentó ante Dios su lado más débil, su juventud, para ver si Dios se compadecía de él y no lo llamaba. Dios no se enojó con él como con Moisés sino que lo

consoló con buenas palabras, le quitó el miedo y lo confirmo en la misión: “No les tengas miedo que contigo estoy yo para salvarte” (Jer 1,8). También la actitud de Jeremías puede repetirse en la madurez. No se da sólo en la juventud. En la madurez el Jeremías que llevamos dentro se presenta como acobardamiento, como regresión. En tiempos de crisis una salida fácil es también hacer regresiones. Muchas veces la enfermedad es más cómoda que la salud, porque el sano trabaja y el enfermo es siempre atendido. Los gerasenos pidieron a Jesús que se alejara de su territorio cuando curó aquel endemoniado (cfr. Mc 5,17). No toleraron la salud.

*En realidad siempre podemos tener ante Dios alguna excusa
y es que en el fondo nos falta fe.*

O no sabemos hablar como Moisés, o somos muy jóvenes como Jeremías, o lo que sea, pero el caso es que

*muchas veces pretendemos luchar contra Dios y nos sentimos bien sólo
cuando Dios vence nuestra incredulidad y nos ubica en la fe.*

Por esto nos hace ver también ejemplos de prontitud en la respuesta a Dios como son el de Isaías o el de Abraham.

A Isaías Dios le muestra su gloria y siente miedo, mucho miedo: “Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros y entre un pueblo de labios impuros: que al rey Yahvéh Sebaot han visto mis ojos” (Is 6,5). El miedo de Isaías no es a su misión sino al mismo Dios que lo envía, a la gloria de Dios. Pero cuando uno de los serafines le purifica los labios con fuego y escucha la invitación del Señor, responde: “Heme aquí, envíame” (Is 6,8). No dudó ni un segundo tal vez por la brutal intervención de la gloria de Dios en su vida.

En el caso de Abraham la respuesta es simplemente con los hechos. No habla, actúa y rompe todo vínculo con la tierra que lo había atado durante setenta y cinco años para ir a la otra tierra que le iba a mostrar Dios. “Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y sé tú una bendición” (Gn 12, 1-2). Podemos suponer que a Abraham y a su familia no les fue agradable el desarraigo pero su respuesta es muy clara: los hechos. “Marchó, pues, Abraham, como se lo había dicho Yahvéh...” (Gen 12,4). San Pablo, al comentar el caso de la fe de Abraham, dice: “...esperando contra toda esperanza, creyó” (Rom 4,18) y también: “...ante la promesa divina no cedió a la duda de la incredulidad” (Rom 4,20).

Podemos aplicar todos los ejemplos anteriores a nosotros mismos y seguramente nos vamos a encontrar en alguno.

*Viene bien siempre, aclarar ante nosotros el horizonte de las promesas
para que no vacile nuestra fe en lo que respecta a la propia vocación.*

Para centrar mejor nuestras reflexiones nos puede ayudar el caso de la conversión de san Pablo, para tomar un ejemplo también del Nuevo Testamento. “...de repente lo rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Él respondió: ¿Quién eres, Señor? Y él: ‘Yo soy Jesús, a quien tú

persigues” (Hch 9,3-5). La visión del Señor resucitado convirtió al impío en creyente y allí comenzó todo lo que siguió después hasta el martirio. Cada uno de nosotros ha tenido su camino de Damasco y su caída en tierra. Hemos sentido en nuestra medida la revelación del resucitado que nos hizo aumentar la fe y por eso dejar todas las cosas para seguirlo en todas sus consecuencias.

Pero no basta con el recuerdo de la primera vocación.

La experiencia nos dice que la vocación se pone en juego

y que en un juego se puede ganar o perder.

Hará bien considerar el proceso de David tal como lo presenta el Cardenal Martini y del que hago un breve resumen.⁴⁵

La vocación de David supone varios momentos. El primer momento es la unción: una intervención particular de Dios. Como en todos los casos que hemos visto y tal como nos lo dice nuestra propia experiencia. Dios lo eligió porque quiso y a pesar de que sus hermanos podrían aventajarlo ante los ojos de los hombres. “La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahvéh mira el corazón” (1Sam 16,7). Esta mirada de Dios al corazón hizo que Samuel descartara a todos sus hermanos y ungiera sólo a David (cfr. 1Sam 16,1-13). Un segundo momento, señala Martini, de la vocación de David es lo que la Escritura marca a continuación del relato anterior: la entrada de David a la corte de Saúl por “casualidad”. Como Saúl estaba perturbado por “un espíritu malo” le aconsejaron llamar a alguno que lo distrajera con la cítara. De hecho lo llamaron a David pero muy bien pudieron haber llamado a otro citarista. Por “casualidad” entró David a la corte de Saúl, así como por “casualidad” cada uno de nosotros nos hemos visto orientados de hecho a lo que estamos.

No hará mal recordar las “casualidades” de la vida

que nos hicieron entrar en lo que estamos.

El tercer elemento es *el absoluto riesgo personal*, cuando David arriesgó la vida luchando contra Goliat (2Sam 17,1-58). Queda pendiente la respuesta a una segunda pregunta: ¿Cuáles son los Goliat de estos tiempos?

Conocer es discernir

Un primer Goliat es la experiencia de que *se cae todo*.

Siempre sucede que en una vocación las motivaciones

están inexorablemente mezcladas.

Por una parte puede haber puros deseos de consagrarse a Dios, pero bien mezclados con ellos otro tipo de motivaciones, llamémosle “secundarias”. Pongo varios ejemplos. En una familia los roles de los hermanos se suelen repartir: uno es el intelectual, otro el deportista, otro el artista, otro el transgresor y otro el “santo” o la “santa” que ha de consagrarse a Dios. Desde un punto de vista meramente psicológico son diversos modos de agradar a papá y a mamá y de encontrar un lugar dentro de la propia familia. Otro tipo de motivaciones secundarias es la huida de los conflictos familiares y el encuentro de una seguridad “prestada” en una institución que siempre es

⁴⁵ Cfr. Martini, Carlo: *David pecador y creyente*, Paulinas, Bogotá, 1991, pp. 16-25.

una contención fuerte. Otras motivaciones de este tipo son los anhelos más o menos ocultos e inconfesables de promoción humana: dentro del “gremio” de los consagrados soy “alguien” diferente a aquel o aquella sin brillo que hubiere sido en el mundo. Y así se puede seguir con estas motivaciones secundarias que tienen de común el que no se dejan ver con facilidad en los comienzos de una vocación y que con los años se derrumban todas. Resulta muy difícil simplemente hacer ver a una persona que está convencida de un llamado sobrenatural que a lo mejor está escapando de algo. Siempre encontrará argumentos para salir con la suya. A veces es más efectiva una dilación en la admisión y una prueba de trabajo prolongado como el común de los mortales que muchos discursos. De todas formas, *estas motivaciones secundarias son una realidad con la que hay que contar en el tratamiento de una vocación. Creo que incluso entran en los planes de Dios.*

Dios se sirve de motivaciones auténticas y también de otras que caerán después.

Se derrumban todas, pero no enseguida, sino después de varios años.

Cuando todo se derrumba

es un arte dejar caer todo para fortalecer lo fundamental.

La experiencia de derrumbe es un verdadero “Goliat” en nuestros tiempos, al que algunos vencen y otros son vencidos. *Desde un punto de vista de una purificación de las motivaciones ¡claro que es bueno este derrumbe! Tiene la ventaja de que si uno lo resiste puede salir fortalecido* y con experiencia como para ayudar a otros a los que parece venirle el mundo abajo. *No creo que en esto, como en todas las cuestiones espirituales, haya ninguna receta.* Hay que inspirarse en cada caso para poder ayudar con eficiencia. Las decisiones en desolación, las explosiones, el tomar una determinación movido por la bronca a los superiores (en el fondo porque echarle la culpa a los otros del propio problema es menos doloroso que reconocer los errores), en fin, toda decisión tomada bajo la esclavitud de pasiones negativas no es buena y a la larga se arrepiente el que ha obrado así. Por todo esto, cuando uno ve que en uno mismo o en otro caen esas motivaciones secundarias una de las mejores cosas es ganar tiempo, tomarse su tiempo para decidir lo más libremente que se pueda. Decidir en paz suele ser signo de decidir en libertad. En ese tiempo de discernimiento es muy bueno también el ver qué quedó cuando cayó casi todo. No es raro que la persona se dé cuenta de que quedó en pie lo principal, que la primera vocación se hizo más patente, más radical y es aquí cuando hay que emprender, tal vez varias veces en la vida, tareas de reconstrucción. El que resiste al derrumbe suele salir, la mayoría de las veces, fortalecido.

Un segundo Goliat suele ser el de las *racionalizaciones*. San Ignacio dice que es propio del mal espíritu proponer “falsas razones” (EE 315). Nuestra experiencia nos dice que somos bien capaces de construir discursos racionalmente perfectos en los que damos la explicación que nos conviene a todas las cosas. Esto lo hice por esto y esto otro por aquello. Me influenciaron mal fulano, mengano y perengano. Tengo que comenzar de nuevo porque esto no da para más, etc. *En este tipo de construcciones racionales nos olvidamos frecuentemente de que los pensamientos que valen no son los abstractos, los que se mueven a veces en el campo desnudo de una ética, sino los pensamientos concretos, con historia y por tanto un poco ambiguos.* Cuando estamos inmersos en el mar de las racionalizaciones suele hacer bien poner medios más humildes que los grandes discursos, irremediamente cerrados, a los que nos conduce nuestro intelecto. Esos medios más humildes van en la línea de servir a los pobres, de encontrar gusto en lo poco y no en las realizaciones faraónicas. En términos generales –y no hay recetas en el

campo espiritual— tal vez un sacerdote en crisis tiene más posibilidades de salvar su vocación enseñando catecismo a niños pobres que con grandes conferencias en ambientes cultos. Reinventar una vocación es de alguna manera reinventar el Evangelio y el Evangelio tiene líneas muy claras de acción de las que no conviene apartarse en las necesarias crisis de la vida.

Los valores de una época determinada pueden constituir un tercer Goliat contra el que hay que luchar con la fuerza de Dios, ya que con las propias fuerzas es imposible lidiar contra toda una época. Estamos en una época en la que todo el mundo percibe que algo se acaba. El “*carpe diem*” de la posmodernidad tiene tanto el gusto amargo de la muerte como el gusto dulce de las rosas de la vida. Las ilusiones mesiánicas de los setenta están muertas y sepultadas. Ahora la desilusión se extiende como las manchas de petróleo que de vez en cuando ensucian los mares. Falta el aire físico por el smog y el aire espiritual. Cuando se está acabando el oxígeno es que algo muere. Los incendiarios de antes ahora son bomberos, los que querían tirar abajo el sistema capitalista, ahora se conforman en reformarlo y hacer lo que se pueda en un mundo que irremediamente no va, por lo menos a buen rumbo. Los compromisos de por vida se revisan con facilidad en todos los campos. Cayó la sociedad estructurada, todos se quieren incluir en el sistema y sólo llegan unos pocos. El cambalache de los años cuarenta es una pálida figura de este cambalache del 2000 que tiene mucha más marginación y muerte. En los años cuarenta se pensaba mejorar el sistema.

Ahora, parece que hay que sobrevivir aguantando.

Y Dios, ¿qué? Y la consagración, ¿qué? Y el Evangelio, ¿qué?

Pienso que los replanteos a veces se imponen y que es negativo el negarlos. Decirle a una persona que está en crisis que no piense más el asunto o que no puede pensarlo porque tiene verdadera vocación, es dilatar los problemas y terminar en una explosión. El asunto es cómo hacer el replanteo, porque frecuentemente se equivoca la gente al elegir el punto de partida. El punto de arranque, diría que ha de tener varios elementos en cuenta, sin los que ni siquiera conviene comenzar a pensar.

Se ha de partir de un pensamiento sentido y no de intelectualizaciones, como decíamos arriba. También hay que procurar ser honestos con uno mismo y con Dios.

Muchas veces sucede que una persona madura hace un replanteo vocacional como queriendo comenzar todo de cero, sin tener en cuenta la historia de varios años.

Un sacerdote o una religiosa madura no pueden, si quieren ser honestos, plantear las cosas como si fueran postulantes a un seminario o noviciado. En otras palabras, creo que es más decoroso *partir de la base de que se quiere seguir adelante*, a comenzar desde el vamos justificando tirar todo por la borda. No hay fórmulas mágicas en todo esto, pero es muy aconsejable tener en cuenta la historia de la crisis y la misma historia personal para ver si lo que se derrumba es principal o secundario.

Reinventar el Evangelio

La necesidad o las necesidades de estos tiempos tienen que ver con la fe. Así como la fe o el entusiasmo tienden a decrecer cuando uno está instalado, también sucede lo contrario: la fe aumenta si uno ve las necesidades del prójimo. Al final de cuentas

nadie es tan malo que no pueda sentir compasión en un momento determinado y la compasión evangélica suele ser espuela para jugarse la vida. Hay actualmente hambre de pan y hambre de sentido y las dos cosas tienen relación. Hay una serie de realidades a las que tarde o temprano vamos a tener que decir “basta”, cosas que no pueden ser. No hace mucho un amigo jesuita me dijo una frase tan triste como realista: “No sería raro que en Latinoamérica los ricos hagan una reforma social, no por caridad, sino por su propia conveniencia, para que no se les venga abajo el sistema”. Piense uno lo que quiera pensar, pero lo cierto es que aún en el cambalache 2000 se puede reinventar el Evangelio. Nadie se juega por hacer las cosas iguales de las que las hubiera hecho afuera del sacerdocio o la vida consagrada. El que se consagra es porque quiere hacer las cosas de un modo distinto, llamémosle, evangélico. ¡Es difícil entusiasmarse o entusiasmar cuando nadie se entusiasma! ¡Es difícil predicar la obediencia cuando nadie quiere obedecer! ¡Y también predicar la pobreza cuando todos luchan contra todos por el afán de incluirse en el sistema! ¡Y predicar la castidad que para muchos dejó de ser algo “sensato”! Sin embargo, la consagración, en un sentido amplio, transita esos caminos evangélicos. Esos caminos harán que el consagrado sea original y que diga una palabra válida a su generación. En esta línea se me ocurren algunas breves reflexiones sobre los tres votos tradicionales. De entre los muchos caminos abiertos al pensamiento, elijo el de los votos. La razón es muy simple. Los votos son considerados *los* medios por antonomasia para consagrarse a Dios. El marco de fondo, con todo, es mucho más ambicioso: apuntamos a dar elementos para que cada uno pueda plantearse cómo reinventar su propia vocación y, en definitiva, cómo reinventar el Evangelio mismo: hacerlo nuevo para mí. Los valores son reinventados si se confrontan con las necesidades de los tiempos, el Evangelio también.

Los votos o promesas: medios privilegiados

Más allá de las obras de apostolado hay un apostolado fundamental en los consagrados y es el hecho mismo de serlo. Un consagrado da testimonio de las cosas que no se ven. Todo lo que haga o deje de hacer está inevitablemente dentro del ámbito de este testimonio evangélico.

Porque creo en Jesucristo Resucitado, al que nunca vi, por eso me he consagrado.

No necesito ver todo para jugarme la vida. Me basta con lo que veo en la fe.

Si es verdad que una necesidad de nuestro tiempo es el hambre de sentido, entonces la consagración religiosa viene a ser una suerte de isla de sentido. Una isla no aislada –valga la redundancia– sino al servicio de la humanidad.

Así como toda vocación nace de la fe de un pueblo, también las virtudes que fundan los votos. Así la virtud de la *castidad* consagrada viene de Dios también a través de la fe del pueblo fiel, en el sentido de que todo el pueblo es el que lucha por recuperar el paraíso perdido de la inocencia original y participar así de la inmortalidad de Dios.

La castidad viene de Dios para que otros crean que

las realidades fundamentales son las que no se ven.

El valor apostólico del voto de castidad no está solamente en una disponibilidad funcional para el apostolado, sino que en sí mismo es apostólico porque es señal para el

Pueblo de la resurrección futura, que de alguna manera se anticipa en el que profesa la castidad con voto o una promesa. “Hijo de hombre, yo te pongo como centinela de la casa de Israel” (Ez 4,17). Los votos y promesas de los consagrados son profecía, anuncio de las cosas futuras y particularmente el voto de castidad es profecía de la inocencia final. En este sentido tienen absoluta vigencia las palabras de san Pablo: “Os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo” (1Cor 11,2). En este sentido el profeta que siempre es un atalaya para su pueblo, anuncia con su castidad la santidad de Dios y a su vez el Pueblo que a pesar de su pecado es fundamentalmente virgen y casto es el que sostiene al que profesa tal voto y lo ayuda también a superar su propio pecado.

La Iglesia ha sido llamada “casta meretriz”. Casta, porque imita la santidad de Dios y al mismo tiempo prostituta por su pecado. Ningún consagrado puede prometerse ni la castidad perfecta ni siquiera la castidad, pero la gracia de la vocación nos ayuda a luchar por esta virtud que no es nuestra; viene de Dios y para significar al Pueblo realidades que no se ven. “Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que aparezca la extraordinaria grandeza del poder de Dios y que no viene de nosotros” (2Cor 4,7). Un tesoro que no nos pertenece, que es de Dios y del Pueblo de Dios. Por esto conviene humillarnos delante de Dios teniendo en cuenta que es temeridad y tentar a Dios tanto el creer que ya tenemos el don de la castidad y que somos impecables como lo contrario, pensar que es imposible alcanzar esta virtud y cumplir nuestro voto y así desalentarnos completamente, porque

“todo es posible para Dios”.(Mc 10,27). Mientras tanto nos queda la lucha, la paciencia y el coraje, tener en claro el fin y poner los medios adecuados.

No nos será negado, seguramente, lo que les fue concedido a nuestros mayores.

La *pobreza* religiosa voluntaria es uno de los medios principales para conseguir nuestros fines apostólicos. Así, por ejemplo san Ignacio escribió para los jesuitas: “Amen todos la pobreza como a madre” y también utilizó el término de “muro” de la religión. Madre, en el sentido de que genera otras virtudes, tal como aparece en las Banderas o Binarios, por ejemplo, y muro porque es defensa contra los ataques del enemigo. El muro pone límites a un edificio y el límite es tanto para favorecer el crecimiento de los que están dentro de él como para proteger de los ataques de afuera. Un consagrado sin este muro o límite, es como una casa desprotegida por la que todos pueden entrar y salir y si todos pueden entrar y salir algunos lo harán para bien, pero otros para robar.

Si hay una necesidad en nuestros tiempos es la que muestran los pobres del mundo.

Si hay tiempos en que la pobreza voluntaria tiene sentido son los tiempos presentes en que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Reinventar la pobreza es hoy cuestión principal en reinventar la vocación.

La pregunta es ahora: ¿Cómo es un consagrado pobre? ¿Qué cosas supone la pobreza religiosa y cómo se caracteriza? Los más pobres son los que nos dan las mejores lecciones. La pobreza evangélica se suele *traducir* en otras virtudes que vienen a ser sus signos.

El pobre es generoso. *La generosidad es signo de una verdadera pobreza espiritual.* El que no es generoso, el avaro, no es un verdadero pobre: “Donde está tu

tesoro, allí está tu corazón” (Lc 12,34). El verdadero pobre de espíritu tiene su tesoro en las cosas del cielo y no ambiciona las de la tierra y es por esto que las comparte o distribuye con generosidad. Es por esto que el pobre da limosnas como la viuda del Evangelio. “Esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del tesoro” (Mc 12,43). La viuda del Evangelio dio “todo lo que tenía para vivir”, otros, en cambio, lo que les sobraba. Somos verdaderamente consagrados cuando somos generosos como esta viuda y tanta gente que conocemos así. Hay una limosna fundamental que ya hemos hecho: la de nuestra propia vida con los votos religiosos, con nuestra consagración. La generosidad viene a ser como la medida exterior de si esta consagración es verdaderamente consecuente.

El pobre sabe pedir. Simplemente pedir porque se necesita.

Y pedir bien,

sin exigencias sino con sencillez y humildad.

Todo ser humano es pobre ante Dios y aparte necesitamos unos de los otros. Por esto el amor es comunicación.

Saber pedir y saber dar.

Allí está uno de los secretos de la vida cristiana y por tanto de la vida consagrada. Dar y comunicar entre dos, del amado al amante y al revés (cfr. EE 231): “...al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar al Templo, les pidió una limosna” (Hch 3,3). Muchas veces tenemos que pedir a Dios por necesidad, simplemente porque somos seres humanos. Y también pedir a los demás, como este mendigo de la Puerta Hermosa del Templo que pidió dinero y le fue dada la salud y la fe. Por el contrario el no saber pedir y pedir bien suele indicar poca integración en el cuerpo. Un miembro del cuerpo de la Iglesia tiene algún derecho a que los otros se ocupen de él en la necesidad (cfr. 1Cor 12,12 ss.). Un miembro aislado que no se atreve a pedir por un orgullo larvado en realidad se está desprendiendo del cuerpo. Lo mismo el exigente porque en toda exigencia se oculta también ese mismo orgullo o soberbia, la desubicación fundamental de creerse más de lo que uno es.

El pobre es laborioso.

Trabaja o quiere trabajar si no hay trabajo, como sucede en estos tiempos tan frecuentemente. “Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Gen 3,19), “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2Tes 3,10).

El trabajo constante da serenidad ante la vida, es fuente de paciencia,

de aguante, de coraje y de una sanidad fundamental que se traduce en alegría.

La actitud contraria es la vagancia, el ocio como constante de la vida.

El pobre es alegre.

Este patrimonio de los verdaderos pobres de espíritu rara vez se pierde, aún cuando la pobreza aprieta con la miseria material.

La riqueza del pobre está en la alegría de conformarse

con lo que tiene y en saber compartirlo.

Por algo las bienaventuranzas comienzan con las palabras: “Felices aquellos...”. Un consagrado puede estar triste por muchas causas. Una de ellas puede ser la exigencia de tener más cosas, ya que al mundo al que hemos renunciado lo tenemos también adentro de nuestro corazón. En la vida consagrada hemos renunciado a muchas cosas

menos a la felicidad, aun a la prenda de felicidad que es otorgada a cada ser humano como anticipo de la felicidad futura. La pobreza es así fuente de alegría y diversión. Se suele decir que “el pobre se divierte barato”. La alegría exterior es signo de la alegría interior que responde siempre a una ubicación fundamental frente a la vida, frente a Dios. Podrían seguir estas consideraciones sobre la pobreza tomadas de lo que uno ve en la gente. Las hechas bastan para ver que también la pobreza es una gracia de Dios.

San Ignacio mandó a los Padres y Hermanos de Padua la llamada “Carta a la Pobreza”, en 1547. Aquella comunidad estaba pasando momentos de estrechez. No hay en la carta pizca de resentimiento ni desesperanza, ni tampoco un optimismo ingenuo. Simplemente un realismo cristiano que lleva a san Ignacio a exhortar a aceptar la pobreza actual que sufría en esos momentos la comunidad padoana. De esta carta, el texto siguiente:

Llamo gracia a la pobreza, porque es un don de Dios especial, como dice la Escritura: “pobreza y riqueza vienen de Dios”, y siendo tan amada de Dios, cuanto lo muestra su Unigénito, “que dejando el trono real”, quiso nacer en pobreza y crecer en ella. Y no sólo la amó en vida, padeciendo hambre y sed y no teniendo “dónde reclinar su cabeza”; mas también en la muerte, queriendo ser despojado de sus vestiduras y que todas sus cosas, hasta el agua en la sed, le faltase.

En el plano de la *obediencia* también es bueno ver las necesidades del mundo para poder revalorarla. Si hay una penuria en el mundo actual es la de la organización. La unión hace la fuerza. Si queremos combatir el mal, si queremos un mundo más justo, si queremos un mundo más honesto y bueno, no lo vamos a hacer solos. Precisamente el capitalismo actual promueve todo lo que sea desorganización social: “divide y reinarás”. Los pobres solos no pueden luchar por la justicia social. Si se organizan, sí pueden defenderse. En todo esto hay más que motivos para recuperar la obediencia que, por otra parte, viene a ser nodal en la organización de la Iglesia. Más allá del juego del poder, en un mundo en el que cada uno tiende a andar por su lado, la Iglesia al menos puede dar un buen ejemplo en rescatar del olvido la organización social. La Iglesia, experta en humanidad, puede seguir enseñando que nadie puede luchar solo, sino en comunidad, y que no hay comunidad sin verdadera obediencia. El asunto es el cómo de la obediencia, en todos los planos y en particular en la vida religiosa. Tal vez, más allá de las industrias hay que recuperar siempre la cordialidad, la mutua confianza. Me atrevo a proponer un texto de la Compañía sobre la cuenta de conciencia. Ya es clásica la afirmación de que no se pueden hacer los ejercicios espirituales si no hay confianza entre el que los da y el que los hace (cfr. Presupuesto, EE 22). El mismo principio vale para reinventar la obediencia en tiempos en que a nadie le gusta obedecer. La cordialidad funda el testimonio apostólico que da la obediencia, ya que se obedece por el Señor, que no se ve, a un superior o superiora que sí se ve y que a veces no se quisiera ver nunca más.

Es muy conveniente que entre Superior y súbdito llegue a establecerse una comunicación mutua lo más sincera y llana posible. Cuide el Superior de que todos sepan cómo piensa y de que le entiendan, hágales participar, según su capacidad y responsabilidad de cada uno, en el conocimiento y solicitud acerca de la vida personal y comunitaria de los otros jesuitas y de las obras apostólicas de todos. A su vez, cada uno tenga empeño en darse a conocer con sus dotes, limitaciones, aspiraciones, dificultades y pensamientos, en conversación frecuente, amistosa y sincera, y el Superior mantenga férreamente el secreto de estas confidencias. De este modo, se tendrá una forma sincera y

total de la manifestación de la conciencia, que no debe reducirse a preguntas formales hechas periódicamente. En esa conversación amistosa y confiada, decididamente espiritual, orientada al fin apostólico de nuestra vocación y a la santificación religiosa del mismo apóstol, se funda el diálogo necesario para el feliz progreso de la Compañía. Es por tanto el parecer de la Congregación General que la manifestación de conciencia, en su sentido auténtico se conserve y se afiance. Conviene, sin embargo que se haga por caridad, como quiso san Ignacio, sin obligación de pecado.⁴⁶

La cordialidad facilita el gobierno. Ningún superior o superiora son adivinos. Si no tienen comunicación fluida con los de abajo, no acertarán en el gobierno.

En la sociedad actual las relaciones familiares se han acercado. Los padres están de hecho más cercanos a sus hijos que en otros tiempos. Esta circunstancia de hecho es aprovechada en nuestra relación hijo-padre con nuestros superiores y el signo se me ocurre que es el gozo.

¿Las tentaciones?

“Me da vergüenza”: Lógicamente hay cosas de nuestra vida que nos da vergüenza contarlas incluso al superior. Paradójicamente el manifestar cosas vergonzosas a quien lo puede ayudar, suele ser signo de querer entablar una buena relación.

“El superior se va a vengar” es expresión del miedo lógico de todo ser humano a la represalia. Aunque sepamos de memoria la doctrina de la obediencia, siempre están en juego los afectos. No podemos ser tan angelicales que estemos despojados del amor, el odio, el miedo, la agresión, etc. Por esto es que una forma eficaz de ayudar a la obediencia –sin negar para nada motivaciones superiores– es encontrarle la vuelta a los afectos. En el caso que nos ocupa, diluir nuestros miedos sería una tarea previa a cualquier obediencia. Estas tentaciones –puestas a modo de ejemplo– y otras muchas, habrán de tenerse en cuenta si se quiere redescubrir la obediencia. Todo lo que vale suele tener su contrapeso hacia abajo.

Las preguntas sobre redescubrir o reinventar nuestra vocación, creo que son válidas. Las respuestas, se van haciendo. Pueden ser las sugeridas arriba u otras. Lo importante es ensayar siempre nuevas respuestas y no dar nunca por totalmente respondidas las preguntas. El que se respondió a sí mismo todas las preguntas, se quedó sin misterio, se quedó sin Dios. Mejor es la fe: “Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo” (1Cor 1,9)

ÍNDICE

Reinventar la propia vocación, p.....
Conocer es recordar
Conocer es discernir
Reinventar el Evangelio.....
Los votos o promesas: medios privilegiados.....

⁴⁶ C.G. 31 d.7 n.8.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL
**LA MEDIANA EDAD Y LA UNIFICACIÓN ESPIRITUAL
EN LA VIDA DEL PRESBITERO**

Pbro. Hugo Santiago
(Diócesis de Rafaela)

1. La mediana edad: un “paso” con riesgos

Para un sacerdote, entrar en la mediana edad quiere decir, por un lado, sentir un poco lejanos los años de la formación y de las primeras experiencias sacerdotales, y por otro lado, darse cuenta que se está arriesgando entrar en la rutina, en la repetición de gestos y palabras bien conocidas, a advertir la tentación de hacer las cosas mecánicamente y perder creatividad y empuje. Las primeras ilusiones acerca de sí mismo y de los demás se han desinflado, se ha tomado conciencia que la vida implica encuentros y desencuentros, amistades y conflictos, alegrías y dolores, luces y tinieblas, que la realidad es siempre distinta de cómo la habíamos imaginado o soñado y muchas veces es mezquina y poco atrayente.⁴⁷

En el prólogo de *“La mitad de la vida como tarea espiritual”*, Castro Cubells dice: *“Se debe comenzar por hacer consciente el hecho de que la vida, mi vida, la de cada cuál, es una sucesión de nacimientos y muertes, o si se quiere suavizar, de transformaciones”*⁴⁸. Así describe el carácter pascual de la vida, de la cual la mediana edad forma parte.

Desde el punto de vista *psicológico*, la mitad de la vida es un trance al cual uno difícilmente se puede preparar, en el cuál si no se hubiera descubierto el inconsciente sería el momento para descubrirlo, porque en este momento de la vida actúa de manera extraordinaria. Se trata de una lucha con fuerzas ocultas que estando presentes y actuantes no han sido registradas debidamente. Esto le ocurre a todos aunque no lo sepan.

Desde el punto de vista *religioso* la mediana edad es el momento por excelencia de la llamada religiosa, porque salvo casos excepcionales, la religión hasta aquí es vivida y practicada muy juvenilmente, como principiantes, según el vocabulario de los maestros espirituales, y se hace necesaria lo que se ha llamado *la segunda conversión*. Ha llegado la hora de perfeccionar lo hecho.

Hay una relación entre la óptica psicológica y espiritual de la mediana edad. Ambas dimensiones se complementan; en ambas se trata de un paso con riesgos, una pascua. Ambas perspectivas concluyen en que si se toma la actitud adecuada, el resultado es un amor mayor que brota del don de la persona y que unifica su vida. Al final, la visión psicológica encuentra la respuesta al problema de la mediana edad en la realidad religiosa.

a. Óptica psicológica

⁴⁷ cfr. CARLOS MARTINI CARDENAL, “La edad media del clero” – Homilía del Jueves Santo de 1996.

⁴⁸ ANSELM GRÜN, “La mitad de la vida como tarea espiritual”. Madrid. Ed. Narcea 1993. pag 10.

La reflexión psicológica de Erikson sobre la mediana edad,⁴⁹ presenta la crisis como un paso con riesgos que en el caso de respuesta negativa culmina en el aislamiento, el estancamiento, la soledad, la improductividad y el autocuidado. En cambio si se da una respuesta acorde al ciclo vital, el fruto es un amor postnarcisista, el cual lleva a una integración personal, a una sabiduría y a un juicio maduro que supone haber asimilado la sabiduría de los grandes sistemas filosóficos y religiosos que ofrecen una respuesta a las cuestiones últimas de la persona. La respuesta positiva por parte de la persona culmina con un *crecimiento del amor*, un amor de mayor calidad que brota de la autodonación y en una integración emocional llena de fe y esperanza siguiendo a las personas más significativas en el mundo de la religión.

Jung sigue un proceso diverso pero con el mismo objetivo que Erikson: la *integración y unificación* de la persona que se decide en la mediana edad.⁵⁰ Él condiciona la integración y unificación personal a la actitud psicológica justa, si no se acierta en esa actitud se produce en la persona una disociación y el proceso de unificación personal no se da. Cada una de las problemáticas a resolver en la mediana edad – según Jung –; relativización de la persona, aceptación de la sombra, integración del alma y del ánimos, desarrollo del sí mismo en la aceptación de la muerte y el encuentro con Dios, tienen esta característica pascual y sólo en el caso de resolverse adecuadamente son un verdadero paso hacia la integración personal, lo cual no puede hacerse sin recurrir a la dimensión religiosa. Es interesante constatar como Jung explícitamente propone como solución última de la crisis los medios que proponen los autores espirituales; ascesis, meditación.

Hay que decir, sin embargo, que la mística cristiana no consiste en la pérdida del yo en el abismo del todo, - como sostiene Jung -, sino en la unión de amor personal con Aquél que nos creó de la nada y nos llamó a ser sus hijos en su Hijo muerto y resucitado. Esta es la crítica que Javier Garrido hace a Jung.⁵¹

De todos modos es claro que desde Erikson y Jung la psicología pide la espiritualidad, porque la crisis de la mediana edad no se puede solucionar sin una orientación de la persona a la trascendencia, sin una actitud “religiosa”, más allá de la opción por tal o cual credo.

b. Óptica cristiana

Bajo la óptica religiosa cristiana católica, la mediana edad es la oportunidad de una vivencia particular del Misterio Pascual de Cristo, concebido como muerte y nuevo nacimiento. Se trata también de un paso con riesgos ya que el nuevo nacimiento está

⁴⁹ cfr. ERIK ERIKSON, “Gioventú e crisi d’identità”. Roma. Armando Editore 1995. pags.84-163.

cfr. id., “Infanzia e società”. Roma. Armando Editore 1963. pags 246-251.

⁵⁰ cfr. CARL C JUNG, “Gli archetipi e l’inconscio collettivo”. Torino. Ed. Boringhieri. 1980. pags 43-74. 267-278.

cfr. Id., “Aión: Recherche sul simbolismo del ‘sé’”. Torino. Ed. Boringhieri. 1982. pags. 3-33.

cfr. id., “Anima e morte”. Torino. Ed. Boringhieri. 1970.

⁵¹ cfr. JAVIER GARRIDO, “Adulto y cristiano”. Bilbao. Ed. Sal Terrae 1989. pag. 49.

condicionado a un discernimiento de fe y a la vivencia cristiana de la crisis, es decir, a la exigencia de vivirla según el espíritu de Cristo.

La sequedad y la oscuridad típica de la mediana edad, tanto en la oración como en la vida apostólica del presbítero,⁵² hay que leerla como cruz de Cristo, por lo tanto como el inicio del proceso que desemboca necesariamente en la resurrección. Sin embargo pueden existir reacciones inadecuadas ante este nuevo modo de presentarse de la cruz de Cristo.

Tauler⁵³ señala claramente los peligros o reacciones erradas: la *huida* hacia las reformas exteriores, el aferrarse a prácticas externas de la fe, el deseo de nuevas formas de vida, etc. Estas reacciones son el sucedáneo de un cambio interior. La *inhibición* es el detenerse en grandes fundamentos inamovibles, en una fidelidad religiosa exterior por temor a entrar en el interior, donde Dios puede mostrar la insinceridad de la propia religiosidad y puede arrancar la falsa imagen que el hombre se hizo de sí mismo. El *aferrarse rígidamente a principios inamovibles* y a la práctica externa, detienen el proceso de conversión y obstaculizan el encuentro con Dios. De aquí surge la *mediocridad*, que es la tibieza del hombre que a través de los años se replegó sobre sí mismo en el egocentrismo de intereses, perdió capacidad de autocrítica, renunció a vivir según la propia conciencia para vivir según las expectativas de los demás. Se trata de un pecado solapado que no será fácil descubrir porque el mediocre se las sabe todas. Todas estas reacciones no conducen a la resurrección, al nacimiento de Dios en el alma.

Tauler indica, en cambio, como hay que reaccionar ante esta nueva presencia de la cruz de Cristo en la mitad de la vida: el *conocerse a sí mismo* es una gracia del Espíritu Santo que lleva al conocimiento del propio mal fondo de pecado y es a la vez una ayuda para superar la crisis, porque lleva al hombre a vaciarse de sí mismo y a confiar en Dios. La *serenidad* que pide la mediana edad, es la capacidad abnegación, de entrega de sí, con la consciencia de que ahora es Dios que conduce la propia vida a través de la crisis de sequedad y oscuridad; el hombre debe por eso “sufrir a Dios”. Desde esta actitud nace la *esperanza*, vivida como infancia espiritual, pobreza de espíritu, es decir, abandono total en Dios que llevará adelante la obra que ha comenzado.

Finalmente, en este abandono en Dios el hombre siente la necesidad de buscar *la unidad de vida*, ya que uno de los rasgos característicos de la mediana edad es captar con claridad la dispersión de fuerzas en el desarrollo de la propia persona, la propia incoherencia que encuentra su raíz última en el pecado personal.

De este modo se prepara la resurrección, ya que Tauler concibe la crisis simplemente como los dolores del parto de un nuevo nacimiento de Dios en el hombre. La crisis tiene un sentido pedagógico: que el hombre conociendo su miseria se niegue a sí mismo, se vacíe de sí y se recoja en el silencio buscando su salvación en Dios. Es en ese silencio

⁵² cfr. LUIS MENDIZABAL, “Dirección espiritual”. Madrid. Ed. BAC. 1978. pags 268-270

⁵³ cfr. GIOVANNI TAULERO, “Il fondo del’anima”. Torino. Ed. Piemme. 1997.

cfr. JUAN TAULER, “Obras”. Madrid. Ed. Universidad Pontificia de Salamanca. 1984. pags. 151-387.

como el de María, que el Padre por obra del Espíritu Santo, genera en el alma su Palabra, su Verbo, del mismo modo como lo genera eternamente en la Trinidad. Cristo nace de un modo nuevo en el corazón del hombre y esa generación nueva produce un cambio en el espíritu humano, una comunión más profunda con Dios, paz renovada y desapego de lo precedero, así el corazón humano se unifica en Dios.

El otro aspecto de la resurrección en la mediana edad es la eclosión de la caridad madura que se manifiesta con cualidades precisas; conocimiento y percepción. Es un don que surge precisamente a través de la negación de sí, de la desapropiación que la crisis pidió.

Los mismos objetivos, unificación de la vida y crecimiento en el amor se constatan desde el punto de vista psicológico y desde la óptica de fe, y en ambos se observa la modalidad pascual que reviste la experiencia. La fe católica nos dirá que sólo como pascua que se reviste de Cristo el paso es un avance hacia el objetivo.

Podríamos decir entonces, que lo que se constata en la dimensión humana es el eco psicológico del Misterio Pascual de Cristo actuante en el cristiano de mediana edad, con sus frutos de crecimiento en caridad y unificación de la vida. La correlación entre espiritualidad y psicología no se da porque la psicología guía a la espiritualidad, sino porque el paso de Cristo en la vida del hombre de mediana edad deja su resonancia psicológica. Por eso la mediana edad exige, sobre todo, una lectura y una vivencia desde la fe.

2. Experiencia teologal que unifica la vida sacerdotal

La mediana edad, vista desde la fe, se presenta con una característica claramente teologal; en primer lugar porque es Dios que toma la iniciativa, quiere ser el único amado y por eso vacía al hombre de sus ídolos y pecados para nacer en él de modo más profundo. En segundo lugar porque la respuesta del hombre a esta iniciativa de Dios debe ser teologal y tiene características pascuales, ya se trata de una conversión sobre todo en las virtudes teologales.

a. Una experiencia de fe, esperanza y caridad

La crisis de la mediana edad exige una respuesta de *fe*. La sequedad propia de esta época de la vida, sirve para purificar la fe de expectativas falsas. Es el paso de una fe ligada a expectativas humanas a la fe ligada sólo a Dios y su Plan de Salvación en Cristo Jesús. A esta fe va unida la oración. Todo esto se deduce de la insistencia de Tauler en el recogimiento y el silencio interior. De este modo, la fe se afirma en el corazón del hombre como centro integrador.

Es una respuesta de *esperanza*, porque es el paso que consiste en dejar de confiar en fuerzas propias para confiar en fuerzas no propias, que Dios dará al hombre de mediana edad, sobre todo para convertirse y ser santo, cuando experimenta con crudo realismo la propia incapacidad para ello. Es una esperanza que nace del despojo, cuando el hombre a

través de la crisis descubre que la confianza en cosas humanas significa traicionar la esperanza teológica. Es el momento de una esperanza ilusionada ya que Tauler anima diciendo que tarde o temprano el sol saldrá, Dios nacerá en el fondo del alma y el hombre gozará de una comunión y paz única. También aquí la espera y el compromiso cotidiano típico de la esperanza cristiana se centran en Dios, por eso las fuerzas del hombre pasan de la dispersión a la unificación.

Es una respuesta de *caridad*. Es el paso de una caridad mezclada con apropiación y expectativas falsas, a una caridad desapropiada, a un amor desinteresado, ya que el amor que viene de Dios no fabrica expectativas. Es la maduración de la caridad en un sentido preciso; *conocimiento y percepción*. (cfr. Fil 1, 9-11).⁵⁴ El conocimiento es un don, fruto de la caridad de Dios derramada en nuestros corazones, que al madurar se hace penetración cognoscitiva del Misterio de Dios en Cristo y tiene un fin práctico; el conocimiento de la voluntad de Dios para conformarse a ella en el obrar ético religioso.

La percepción agrega al conocimiento la intuición, como por connaturalidad, para captar los matices de la voluntad de Dios en el obrar práctico de cada día. Así la caridad es un dinamismo que va de la caridad don al discernimiento, y del discernimiento a la caridad acción. Es el privilegio del hombre contemplativo del cual se dice que posee el pensamiento de Cristo. (cfr. Col. 2, 10-16).

Esto es crecimiento en santidad, entendida como perfección religiosa que se expresa en las obras de justicia que son gloria y alabanza de Dios. Significa que cada vez que el adulto maduro discierne lo excelente, movido por la caridad interior crecida en él y hecha penetración intuitiva, es manifestación de la santidad y gloria de Dios. Significa también que en la caridad madura que capacita para el discernimiento de la voluntad de Dios, la vida del hombre de mediana edad se unifica y se transforma en gloria y alabanza de la perfección de Dios.

b. En la vida del sacerdote

En el sacerdote ministro de mediana edad, este nuevo nacimiento y crecimiento de la caridad se expresa como una *caridad pastoral de mayor calidad*, la cual le da una mayor capacidad de discernimiento y amor pastoral que unifica más profundamente su vida sacerdotal cristiana.

La caridad pastoral madura lleva al sacerdote de mediana edad a un discernimiento fundamental: la voluntad de Dios para su vida sacerdotal se manifiesta en la Iglesia, la cual es sacramento de Cristo, obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cfr. LG. 2-4). Discierne que la Iglesia no se puede separar de Cristo, que siguiendo al magisterio de la Iglesia sigue a Cristo, así descubre lo que específicamente Dios quiere de él y así crece en unidad de vida y en santidad.

⁵⁴ cfr. GIOVANNI HELEWA, "Temi paolini di asceti cristiana". Roma. Ed. del Teresianum. 1998. pags. 83-93.

La Iglesia en el decreto de los presbíteros, da al sacerdote un criterio práctico de la voluntad de Dios ⁵⁵: la caridad pastoral ejercida en la contemplación y el ministerio, en la obediencia y colaboración con el obispo, en la fraternidad sacramental con los hermanos sacerdotes y en el servicio a los fieles. En una palabra, el ministerio ordenado tiene una “radical forma comunitaria” (cfr PO 14 c y PDV 17). La caridad pastoral es también la que impulsa al presbítero a una vida virtuosa pobre, casta y obediente (cfr PDV 30 f). Esta caridad es el alma y forma de la formación permanente como exigencia de fidelidad al don del presbiterado.(cfr PDV 70 h) Por lo tanto, la caridad pastoral es don que motiva y empuja, finalidad de su ministerio, voluntad de Dios que se expresa en las diversas dimensiones de la vida sacerdotal y fuerza unificadora de la misma.

Entonces entendemos que el sacerdote maduro está en condiciones óptimas para abrazar este proyecto por mayor sintonía interior, porque ha dado lugar en su corazón al desarrollo de la “caridad don”, lo cual le permite realizar la “caridad ley” o caridad como proyecto que le propone la Iglesia. Esto unifica su vida porque todas las dimensiones sacerdotales; sea la relación con Dios, como la relación con el Obispo, los hermanos sacerdotes y los laicos; sea el crecimiento en las virtudes como la formación permanente, tienen su motivo y plenitud en la caridad pastoral. A su vez, el sacerdote maduro realiza todas estas dimensiones de la caridad más connaturalmente, como por instinto interior, fruto de la maduración de la caridad de Dios derramada en su corazón en el Bautismo y en la ordenación sacerdotal. Realiza todas estas dimensiones de su vida con más libertad, con menos tensiones, con más unidad. Por eso la mediana edad bien resuelta, es un momento de gracia que unifica la vida del sacerdote ministro.

Podríamos decir que en la mediana edad la gracia actúa de un modo específico: desde un punto de vista negativo es un profundo vaciamiento de sí, lo cual tiene sentido en función de un aspecto positivo; dar lugar a la caridad de Dios derramada en el corazón del sacerdote por el Bautismo y el Orden Sagrado. Esa caridad con modalidad pastoral, se traduce prácticamente en obediencia, fraternidad, vida virtuosa, deseo de crecimiento continuo, de tal manera que el sacerdote realiza lo que está llamado a ser y así se acortan las distancias entre proyecto de Dios y realización. Su vida se unifica en la medida que crece en caridad pastoral. Así crece en santidad.

Hay que agregar que el vaciamiento de sí del sacerdote de mediana edad tiene también un carácter fuertemente pasivo, donde la caridad pastoral se hace pasividad activa, es decir, da la capacidad de aceptar las múltiples contradicciones que se imponen al pastor a causa del ministerio y es como el prólogo de todas las pasividades que vendrán en la vejez; la disminución de las fuerzas, la enfermedad, la muerte. Todo esto desde la caridad pastoral cobra sentido porque es la participación en el éxodo con el cual Jesús redimió al mundo y entró en su gloria.

La contemplación apostólica, fruto del desarrollo de la caridad pastoral, gracia del sacerdote maduro, es un anticipo de esta gloria, una gracia que hace al sacerdote testigo

⁵⁵ cfr. MARIO CAPRIOLI, “Il Decreto Conciliare ‘Presbyterorum ordinis’ – Storia, analisi, dottrina -”. Roma. Ed. del Teresianum. 1990. pags. 117-125.

del Invisible⁵⁶. Esto le da sentido a la segunda mitad de su vida y a su vez tiene un valor apostólico porque ayuda a los hombres realizar el propio éxodo, confiando en que los eventos dolorosos de esta vida y la misma muerte son un paso al encuentro definitivo con Dios en la vida trascendente del cielo.

Los *frutos* de una vida unificada en Dios a través un proceso dinámico que se renueva de día en día, son para el sacerdote de mediana edad: un sentido de inmensa y confiada libertad y disminución de la atención en sí mismo; un sentido de continuidad entre Dios amigo y la propia vida puesta en sus manos; sentimientos de amor y armonía con toda la realidad; una cariñosa penetración de los corazones; una ecuanimidad instintiva en la aplicación de las leyes y preceptos; una capacidad de convivir con la novedad y la diversidad; paz y pausa en el enfoque de la vida.⁵⁷ Todo esto redundando en beneficio no solo personal sino de su ministerio, ya que su testimonio personal tiene una influencia social.

3. ¿La mediana edad inicio de la vida mística?

Se trata de un interrogante que pone Garrido⁵⁸. Se parte de una idea básica: la vida mística consiste en el predominio consciente de las virtudes teologales. El predominio de la fe la esperanza y la caridad implica que al fin la vida de Dios se ha erigido en centro configurador de todo el hombre. De allí la sensación de liberación, de pacificación y unificación que caracteriza la entrada en la vida mística. Se hace luego una distinción entre *mística refleja* - que es la experiencia en que el predominio de la vida teologal trastorna la actividad normal de las tendencias bio-psíquicas y las funciones racionales del hombre - y *mística concomitante* - que consiste en la experiencia del predominio de la vida teologal sin fenomenología de ruptura -. La conclusión es que todos están llamados a la mística como predominio de las virtudes teologales, pero no todos están llamados a la experiencia refleja.

Respecto a la mística concomitante, la mediana edad *es propicia* para tal experiencia mística. Primero, porque bien resuelta consiste en un vaciamiento que da lugar al Espíritu Santo, a la vida teologal y a la plena disponibilidad a los planes de Dios; segundo, porque el estilo de la vida pasa de proyección activa a actividad pasiva y desinteresada. Todos los místicos dicen que el paso a la contemplación infusa y al predominio del amor teologal se expresa como ruptura del egocentrismo y concentración en el teocentrismo espiritual, y ésta es la característica de la gracia en la mediana edad; tercero, porque esta edad va introduciendo progresivamente en las grandes pasividades: enfermedad, rupturas afectivas, marginación social, soledad, muerte, todo lo cual inicia a la mística si es vivido en clave de amor de fe.

⁵⁶ cfr. CARLO MARIA MARTINI CARDENAL, "Popolo mio esci dall'Egitto". Milano. Editrice Ancora 1988. pags 71-74. 121-126.

⁵⁷ cfr. ESTEBAN DE FIORES, "Itinerario espiritual, en Nuevo diccionario de espiritualidad". Madrid. Ed. Paulinas. pags. 733-749.

⁵⁸ cfr. JAVIER GARRIDO, o.c., pags 245-251.

Por otra parte la correlación entre mediana edad e inicio de la mística *no es necesaria*. Primero, porque muchos quedan en el camino y no avanzan a través de la crisis; segundo, porque la vida de Dios no se deduce necesariamente de procesos humanos y es un don inmerecido; tercero, porque la vida mística no está ligada a una determinada edad, puede darse antes o después.

De todos modos la reflexión sobre este ciclo de la vida deja claro una cosa; el secreto de la vida del hombre, del sacerdote, es el amor que madura en amor de amistad como capacidad de dar y recibir y llega a su plenitud en la caridad como amor oblativo, es decir, encontrar la alegría en dar y darse a Dios y a los demás. Es el don del pastor que da la vida por las ovejas porque esa es la voluntad de Dios. Esto esta hermosamente reflejado en el diálogo de Jesús Resucitado y Pedro (cfr. Jn 21, 1-14). Pedro es el discípulo maduro, purificado por la experiencia de su pecado y la tarea paciente del Reino. Apoyado en la fe confiesa, ahora humildemente, su amor a Jesús que le pide apacentar sus ovejas. Sólo le queda la consumación, cuando tenga que extender los brazos y otro lo lleve a donde no quiera. Esa hora del amor hasta la muerte lo identificará plenamente con su Maestro y Señor. Ancianidad y martirio unidos.

(Síntesis de la Tesina de licencia en Teología Espiritual)

P. Hugo Santiago

TEOLOGÍA BÍBLICA *LA DEBILIDAD DE DIOS*

Mons. Vittorio Fusco

BOLETÍN "JESUS CARITAS"
Julio-Agosto 98

*Espiritualidad apostólica según la Segunda carta a los Corintios
Pensando en el contexto jubilar y el dinamismo de la encarnación... apóstoles con talla humana "de carne y hueso".*

La segunda carta a los Corintios, una de las cartas más íntimas y personales del apóstol, es una carta en la que las circunstancias han obligado a Pablo a hablar de sí y de su apostolado, que había sido contestado. El resultado de esta carta es un esquema maravilloso de la teología y espiritualidad del apostolado. Reconstruyamos el contexto de la carta. Durante la ausencia de Pablo la comunidad de Corinto había sido perturbada por otros predicadores, también cristianos, pero rivales de Pablo, que habían tratado de desacreditarlo y apartar de él a la comunidad que, como aparece ya en la primera carta a los Corintios, era grande, viva, y había aportado al Apóstol alegrías pero también disgustos. El espíritu griego era pretencioso, inclinado a las discusiones y a los partidos. Las insinuaciones de los adversarios habían calado en la comunidad. Pablo volvió a Corinto, donde no fue bien acogido. Sólo más tarde a través de Tito consiguió enderezar las relaciones y obtener su sumisión.

Se ha discutido mucho respecto de la identidad de estos misioneros cristianos adversarios de Pablo, y la posibilidad de que su oposición derivara de una concepción teológica diferente, caracterizada por algunas influencias debidas a corrientes de pensamiento griego o judío. Se ha considerado la influencia pagana del *Theios aner*, "el hombre divino" en quien, a través de su sabiduría de la eficacia de su palabra y de sus acciones taumatúrgicas, se manifestara algo "sobrenatural": estos misioneros habrían interpretado su tarea e incluso la figura de Jesús según este esquema heleno.

Por el contrario, otros especialistas consideran esta hipótesis sin fundamento. Sea de ello lo que sea, se puede hablar de una tendencia teológica "triumfalista", que separa la resurrección de la cruz y subraya excesivamente la dimensión "ya" de la salvación, hasta el punto de olvidar el "todavía no". En esta perspectiva el apóstol debe acreditarse ante los hombres, por el éxito, por la eficacia, por la presencia de signos sobrenaturales extraordinarios. Más allá de las rivalidades personales, Pablo considera que se cuestiona el centro mismo de la fe: la salvación por la cruz. Y de esta forma toda la carta es a la vez autobiográfica y teológica, encierra una profunda visión cristológica y por ello mismo eclesiológica y presenta una descripción completa de la verdadera naturaleza de la misión apostólica.

Podemos desarrollar el tema en dos puntos, íntimamente relacionados entre sí:

1) El apóstol y los destinatarios de su apostolado; 2) el apóstol y su Señor. Se trata, si pensamos en ello, de dos aspectos del mismo misterio: la fuerza en la fragilidad.

1. Apóstol entre los hombres

El primer elemento que destaca, es la gran vinculación de Pablo a estas personas.

Se trata, sin duda, de una vinculación humana, que se expresa en una gran riqueza de sentimientos. Se percibe que para este hombre pobre y sufriente, a menudo perseguido, siempre en camino, sus comunidades y sus cristianos lo eran todo. En esta tierra, ellos son su riqueza y su gloria, su "título de gloria" (1, 14- 7,4), su "carta de recomendación" (3,2-3), son su alegría (2,1-3, "pues si soy yo quien os entristece, ¿quién podrá alegrarme?". Las buenas noticias de la comunidad constituyen su consuelo (7,4-7). El intento de apartarlos de él, le ha herido profundamente.

El apóstol no aparece como un hombre frío, protegido, indiferente, sino más bien pobre, frágil, vulnerable, consolador y animador, pero también como alguien que necesita consolación, y que la recibe, gracias a sus hermanos, a través de los acontecimientos: "Bendito sea Dios, y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en toda tribulación, a fin de que por el consuelo que recibimos de Dios, podamos, a nuestra vez, consolar a los demás en todas sus tribulaciones" (1,3-4).

En manera alguna es una paternidad abstracta, sino muy concreta; amasada de afecto y emoción: es una verdadera relación no sólo espiritual, sino muy humana. Pablo siente la necesidad de afecto por parte de sus fieles y no la esconde; pide a sus fieles que le concedan más lugar en sus corazones, como él mismo se lo concede a ellos: "Corintios os hemos hablado con toda libertad y nuestro corazón se ha abierto totalmente a vosotros, mi corazón está dilatado. Dentro de mí no estáis estrechos, aunque en vuestras entrañas seáis estrechos. Como a hijos os pido el pago correspondiente: procurad abrir vuestros corazones" (6,11-13). "Hacednos sitio en vuestros corazones: a nadie hemos perjudicado, a nadie arruinado, a nadie explotado. No lo digo en son de condena, pues os tengo dicho que en muerte o en vida os llevo en el corazón" (7,2-3).

He aquí un punto muy importante para toda persona consagrada. La consagración no debe significar menor riqueza humana sino mayor. El hecho de renunciar a un amor humano particular no debe secar el corazón, sino más bien abrirlo a un amor mayor. Como lo anota Teresa de Lisieux: "Dándose a Dios el corazón no pierde su ternura natural, esta ternura crece a medida que llega a ser más pura y divina". Así se expresaba ya San Gregorio Magno: "¿Para qué refrenar la carne por la continencia, si el espíritu no sabe dilatarse por la ternura en el amor al prójimo? Nada vale la castidad de la carne si no es acompañada por la suavidad del espíritu" (*Moralia in Job, VI, 53*).

Pensemos en la riqueza humana de Jesús y de los santos: San Francisco de Asís, Juan XXIII... Es precisamente esa riqueza humana la que constituye su permanente fascinación. Es doloroso encontrarnos a veces con sacerdotes, religiosas, almas consagradas, áridas, frías, menos ricas humanamente que cualquier otra persona. Lo que la gente quiere es sentirnos buenos, compasivos, capaces no sólo de hacer sermones, sino de identificarnos con los sufrimientos de los otros. Comparémonos de verdad con los modos de actuar de un padre, de una madre, de un hermano, de una hermana. Pidamos al Señor para que nuestra consagración se traduzca cada día en una humanidad más plena.

Ahora bien si el amor del Apóstol es verdaderamente humano, no es simplemente humano. Es una relación intensa pero pura: necesita del afecto de su gente, pero no acepta obtenerlo por el compromiso y la ambigüedad: al contrario, no duda en contrariarles. Muchas veces nuestras adhesiones son egoístas, no puras. Buscamos

intercambio, gratificación, y si no se dan, nos encerramos y no queremos entregarnos más, dejamos caer las iniciativas. Pero en ese caso somos movidos por una simple inclinación humana, que no es la caridad de Cristo. El verdadero apóstol vive esta relación no de manera egoísta, sino como paternidad y donación. "Mirad, por tercera vez pienso ir a visitaros y no seré una carga; pues no busco lo vuestro sino a vosotros. No les toca a los hijos ahorrar para los padres, sino a los padres para los hijos. Con sumo gusto gastaré y me gastaré por vosotros. Y si yo os quiero más, ¿me querréis vosotros menos?" (12,14-16). Las ingratitudes de los Corintios podrían haber desalentado a cualquiera; pero en el corazón del apóstol vive el amor de Dios, que es gratuidad, donación, pureza infinita. "Pues no nos anunciamos a nosotros, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús" (4,5). El apóstol está celoso, no por sí mismo, sino por el Señor: "Tengo celos de vosotros, celos de Dios: pues os he prometido a un solo marido, para presentaros a Cristo como virgen intacta. Me temo que como la serpiente sedujo a Eva con astucia, vuestro modo de pensar se vicia abandonando la sinceridad y la fidelidad a Cristo" (1 1,2-3).

Hay un abismo entre los celos humanos y los divinos, entre los apóstoles que se predicán a ellos mismos y se adhieren a ellos, las personas y las comunidades, y aquellos que quieren adherirlos a Cristo solamente. Es difícil realizar una síntesis semejante: adhesión y a la vez distancia; relación personal de afecto y amistad, y al mismo tiempo pobreza del yo, pureza de corazón, prontitud para retirarse y desaparecer y dejar lugar a Cristo. Oscilamos siempre entre extremos. Llamamos distancia a nuestra sequedad, nuestra indiferencia hacia las personas (C. Peguy: "se creen que aman a Dios porque no aman a nadie... se creen que pertenecen a Dios, porque no pertenecen a nadie..."), y cubrimos muchas veces con motivos apostólicos nuestras ambiciones, envidias y egoísmos.

Pidamos al Señor realizar esta síntesis maravillosa, el equilibrio de los santos, la total integración de nuestra humanidad en la caridad de Dios. Darse enteramente, sin ocupar el lugar de Jesús, sin dirigir jamás sobre sí mismo el interés de las personas. Todo esto es posible, si en el fondo existe un verdadero amor de Dios.

Ahora debemos desarrollar el segundo aspecto tan fundamental como el primero: la relación entre el Apóstol y su Señor. Si en la relación a los otros el Apóstol consigue armonizar e integrar de manera tan extraordinaria riqueza y pobreza, es porque todo ello se lleva a cabo en un nivel más profundo, el de sus relaciones a Dios.

2. El apóstol y su Señor

Toda la carta es un himno a la grandeza del ministerio apostólico, el ministerio de la nueva alianza. Es el misterio del Espíritu (3,6), de la salvación, de la reconciliación (5,18.20). Su gloria supera la de Moisés, cuyo rostro se transfiguró en contacto con Dios (3,7,11).

El apóstol siente toda la fuerza de esta Palabra de Dios, de la que ha sido constituido ministro: "... es en cuanto enviados de Dios como, ante Dios, os hablamos en Cristo" (2,17); "pues las armas de mi milicia no son humanas, sino dotadas de poder divino; para demoler baluartes, debelando sofismas y cualquier torreón que se subleve contra el reconocimiento de Dios. Hacemos prisionero a todo razonamiento sometiéndolo a Cristo" (10,4-5). "Doy gracias a Dios que me asocia siempre al cortejo triunfal de

Cristo y por nuestro medio difunde en todas partes el aroma de su conocimiento. En efecto, somos el buen olor de Cristo ofrecido a Dios, para los que se salvan y para los que se pierden. Para éstos hedor de muerte que mata, para aquellos fragancia de vida que vivifica" (2,14-16).

El evangelio que Pablo anuncia es un esplendor divino, radiante, una nueva creación que supera los resplandores de la primera creación "...el mismo Dios que mandó a la luz brillar en la tiniebla, iluminó vuestras mentes para que brille en el rostro de Cristo la manifestación de la gloria de Dios" (4,6). Nada hay tan grande ni fuerte. Pero inmediatamente el apóstol siente que tiene que añadir: "pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos pero no desamparados; derribados pero no aniquilados..." (4,4-7).

Este es el gran contraste: la fuerza de Dios debe brillar en la debilidad del hombre, y la riqueza de Dios en la pobreza del hombre. El apóstol enriquece a los otros, da a los otros, pero todo lo que da no es suyo, lo recibe de Dios; en cuanto a él mismo, continúa siendo un pobre, vaso de arcilla que contiene un tesoro, manos vacías pero rebosantes continuamente por el poder de Dios: "...no es que por nuestra parte seamos capaces de apuntarnos algo como nuestro, sino que nuestra capacidad viene de Dios, que nos capacitó para administrar una alianza nueva; no de puras letras sino de Espíritu; porque la letra mata, el Espíritu da vida" (3,5-6). Es por su misericordia por lo que Dios le ha concedido el ministerio (4, 1).

En ninguna otra carta habla Pablo como en ésta: sin dejar de exaltar la dignidad del ministerio apostólico, de la debilidad, escribe la lista de sus tribulaciones (7,5). Ya en la primera carta, recordando su venida a Corinto, escribía: "Débil y temblando de miedo me presenté a vosotros; mi mensaje y mi proclamación no se apoyaban en palabras sabias y persuasivas, sino en la demostración del poder del Espíritu, de modo que vuestra fe no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder divino" (1 Co 2,3-5).

Admitiendo que debía de haber una gran exageración en la denigración de sus adversarios, alguna razón debían tener sin embargo, "las cartas sí -dicen algunos- son graves y enérgicas, la presencia corporal flaca y el hablar torpe" (1 0, 1 0). Se le reprochaba ser valiente, estando lejos y cobarde estando cerca; se le echaba en cara "ser profano en elocuencia" (1 1,6); se dudaba de si Cristo hablaba realmente en él (13,3).

Él mismo reconoce estar afligido por enfermedades corporales, que son un obstáculo para su apostolado y parecen comprometerle, hasta el punto que pide ser liberado de ellas: "A causa de ello rogué por tres veces al Señor que las apartara de mí" (1 2,8).

Cuántas veces esto mismo nos ocurre a nosotros, cuando imaginamos que nuestro apostolado sería más efectivo en otro medio, con otras personas, disponiendo de más y mejores medios, y consideramos nuestras enfermedades físicas o las dificultades del medio, como obstáculos al apostolado. Como los Corintios, creemos que son la cultura, la fuerza de la personalidad y los éxitos los que hacen al apóstol.

Para Pablo, la curación, tantas veces obtenida para otros, no llega para él. Sin embargo, sí que recibe una respuesta misteriosa del Señor: "Y me contestó: te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad" (12,9a).

Es como el Getsemaní de Pablo, una oración angustiada, humanamente sin respuesta, un cáliz amargo que no se aleja. La oración, como la de Jesús, es escuchada de manera diferente y misteriosa (Cfr. He 5,7: "...Él, que durante su vida mortal ofreció peticiones y súplicas, con clamores y lágrimas, al que podría librarlo de la muerte, y por esa razón fue escuchado..."). El Hijo debe vivir hasta el fin su solidaridad con los pecadores, el Padre debe abandonar al Hijo para no abandonar a la Humanidad, el apóstol está personalmente implicado en este misterio de la salvación.

He aquí por tanto la "ley" del apostolado: la debilidad del hombre que llega a ser instrumento de la gracia, y del poder de Dios. La debilidad del apóstol no es coyuntural, no puede no realizarse, sino que debe realizarse como tal debilidad. El tema se inicia ya al comienzo de la carta: "No quisiera, hermanos, que ignorarais lo que tuvimos que aguantar en la provincia de Asia, algo que nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. Dentro de nosotros llevábamos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros sino en Dios que resucita a los muertos" (1,8-9). Nótese la construcción final.

Por ello la vida del apóstol se caracteriza por una serie de actitudes interiores, pero a la vez por una serie de actitudes exteriores que él va describiendo, curiosamente, las unas junto a las otras: "Procuramos no dar a nadie ocasión alguna para desacreditar nuestro ministerio. En todo nos acreditamos como ministros de Dios: con mucha paciencia, en medio de tribulaciones, penurias, angustias, azotes, cárceles, motines, fatigas, desvelos, ayunos; con integridad, penetración, paciencia y bondad; con Espíritu Santo, amor no fingido, mensaje auténtico y fuerza de Dios. Usando las armas de la justicia a diestra y a siniestra. En la honra y en la deshonra, en la buena y en mala fama. Como embusteros que dicen la verdad, como desconocidos que son bien conocidos, como muertos y estamos vivos, como escarmentados pero no ejecutados, como tristes y siempre alegres, como pobres que enriquecen a muchos, como necesitados que lo poseen todo" (6,3-10).

Llama la atención esta conjunción de actitudes espirituales, virtudes típicas del apóstol, con las situaciones puramente materiales y externas. Esta conjunción parece subrayar el hecho de que situaciones que desde un punto de vista humano parecen puramente casuales, no lo son. También *ellas pertenecen* al servicio apostólico: los sufrimientos, las dificultades, el hecho de ser mal comprendido y peor interpretado. Estas situaciones no significan el fracaso de la misión, sino la garantía de su autenticidad.

Ya en su primera carta, hablando, no de la vocación apostólica sino de la vocación cristiana en general, Pablo subrayaba la misma opción: "Observad hermanos, quiénes habéis sido llamados: no muchos sabios en lo humano, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien, Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los fuertes, a los plebeyos y despreciados del mundo ha elegido Dios, a los que nada son, para anular a los que son algo. Y así nadie podrá engrairse frente a Dios. Gracias a Él vosotros sois de Jesucristo, que se ha convertido para vosotros en sabiduría de Dios y justicia, y consagración y rescate. Así se cumple lo escrito: "Quien se gloria que se gloríe del Señor" (1 Co 1,26-31). Esta "debilidad" de la Iglesia refleja la de Cristo: se trata de una realidad cristológica, que llega a hacerse eclesiológica. Algunos versículos antes, había afirmado: "...mientras nosotros anunciamos un Cristo crucificado, para los judíos escándalo, para los paganos locura; pero para los llamados, judíos y griegos, un Cristo que es fuerza de Dios y

sabiduría de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, la debilidad de Dios más fuerte que los hombres" (1 Co 1,23-25).

Debido a la influencia de los misioneros que se oponían a Pablo, y quizás en razón de una concepción cristológica y eclesiológica de tipo triunfalista, los Corintios pensaban que la autenticidad del apóstol dependía de los signos de poder que lo acompañaban: milagros, visiones, etc. Y Pablo que los poseía, hubiera podido envanecerse por ello, y hasta cierto punto, "en un exceso de locura" se coloca por un momento en el terreno de sus adversarios y describe, también él, una lista de esas manifestaciones, pero lo hace como si hablara de otro hombre y no de sí mismo: "Si se trata de presumir, aunque de poco sirva, paso a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un cristiano que hace catorce años -no sé si con el cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que ese individuo -con el cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe- fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables, que ningún hombre puede pronunciar. De eso presumiré que lo que es de mí sólo presumiré de mis debilidades" (12,1-5). Invirtiendo el triunfalismo de sus adversarios, Pablo convierte en signo de reconocimiento del apóstol, precisamente, el sufrimiento y la debilidad. Y es esta misma debilidad, la que paradójicamente se convierte en motivo de confianza, de seguridad: "Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo: pues cuando soy débil, entonces soy fuerte" (12,9b-10).

Es el "mismo misterio de Cristo el que se renueva en la vida del apóstol: "siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús" (4, 10). Exactamente "*paseando*", *peripherotites*: el apóstol es una especie de "ostensorio", que visibiliza en su misma existencia al Señor Jesús en su misterio de muerte y Resurrección. La "vida de Jesús" corresponde al poder extraordinario, la muerte de Jesús corresponde a la fragilidad del vaso de arcilla (v. 7).

"Continuamente nosotros los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así la muerte actúa en nosotros, la vida en vosotros" (4, 11-12). Al comienzo de la carta Pablo escribía ya: "Pues si sufrimos tribulaciones, es para vuestro consuelo y salvación; si recibimos consuelos, es para vuestro consuelo" (1,6). Toda esta muerte diaria se transforma en vida, en fecundidad para sus cristianos, en crecimiento espiritual de la comunidad. Esta relación es, sin embargo, desequilibrada, asimétrica. Pablo no dice: "el sufrimiento de Jesús se revela en nuestro sufrimiento, y el poder de Jesús se revela en nuestro poder, en nuestros éxitos", No. La gloria de Jesús no se revela en la gloria del apóstol, el poder de Jesús no se revela en el poder del Apóstol, sino más bien en su muerte, en su debilidad. Fuerza y debilidad no son dos estados sucesivos o alternantes. No hay gloria tras la muerte o a su lado, sino gloria en la muerte, poder en la debilidad. Tanto muerte como debilidad, ambas, son muerte y debilidad de Jesús, como lo dirá poco más adelante: Cfr. 13,4: "pues aunque por su debilidad fue crucificado, por el poder de Dios está vivo. Lo mismo nosotros, si compartimos su debilidad, compartiremos frente a vosotros su vida por el poder de Dios". La fuerza está en nosotros, pero no es nuestra; la debilidad está en nosotros y al mismo tiempo está en Jesús, quien la asumió. La debilidad del apóstol no es una debilidad cualquiera fruto del

egoísmo y del pecado, sino más bien la debilidad de Cristo que revive en el apóstol su misterio de muerte y resurrección.

DOCUMENTO

Mensaje de los obispos de Francia a los sacerdotes de sus diócesis

De la revista Documentation Catholique n 2215, del 5 de diciembre de 1999, páginas 1051-1053

Queridos amigos:

Reunidos en Lourdes pensamos en ustedes, hermanos, que participan en nuestro ministerio apostólico. Con este mensaje, confiado a los más jóvenes de entre ustedes, queremos compartir con ustedes nuestra esperanza.

A unas semanas del Gran Jubileo del Año 2000, nuestra mirada se vuelve hacia Jesús, el Emmanuel, "Dios con nosotros" (Mt 1,23). Juntos, obispos, sacerdotes y diáconos, confesamos a Cristo muerto y resucitado, "el Salvador del mundo" (Jn 4, 42) .

Cristo es para nosotros el único Señor. Él es el Hijo Amado del Padre. En Él descubrimos de qué amor provenimos esta misión siendo conscientes de que nos sobrepasaba. El día de nuestra ordenación pedimos la fuerza del Espíritu Santo, prometida por el Resucitado, fuerza que animó y anima a los santos de ayer y de hoy.

Seguir a Cristo no es más fácil para nosotros de lo que fue para los Doce. Como ellos, conocemos momentos de alegría y de verdadera fecundidad pastoral; la acción se gracias sube entonces a nuestros labios. Como ellos, también conocemos momentos de sufrimiento. El misterio de la Cruz está en el centro de nuestras vidas. Recibimos por nosotros mismos el Evangelio de Salvación y el perdón que Cristo nos encarga ofrecer a todos. Si bien nos encontramos de muchas maneras, como san Pablo con la indiferencia (Hech 17,32); si bien sabemos que las Bienaventuranzas molestan como molestaban ya en tiempos de Jesús, por medio de múltiples iniciativas proponemos el Evangelio de Cristo, Buena Nueva para el mundo de hoy. Proseguimos nuestra carrera porque fuimos alcanzados por Cristo (cfr. Filp 3,12).

Creemos que Cristo está "con nosotros todos los días" (Mt 28,20), aunque experimentemos nuestro deterioro numérico y podamos ser aprehensivos ante la acumulación de cargos y riesgos dentro de una menor disponibilidad.

Creemos que Cristo nos invita a amarnos los unos a los otros, a recibarnos mutuamente como hermanos dados por Él para la misión, aún cuando experimentemos la y hacia qué amor nos dirigimos. En Él se nos manifiesta plenamente la belleza de Dios y la grandeza de cada persona humana, creada a su imagen y llamada a la alegría y a la resurrección.

Cristo es para nosotros el único Buen Pastor. Nos enseña la mirada que perdona, el corazón que escucha la palabra que levanta y salva. Él despierta y reanima en nosotros la caridad pastoral, vivida en la paciencia y el fervor, la misericordia y la exigencia, la bondad y la justicia.

Cristo es el único Sacerdote, nuestra Pascua. Él hace de nosotros los ministros de la Eucaristía, celebrada en el seno de nuestras comunidades, para ofrecer con todos los

fieles la acción de gracias. A causa de Cristo acogemos a toda persona y su historia para revelarle el amor con que Dios la ama, a fin de que algún día todos los hombres puedan decir con Él: "Padre".

Cristo es aquel que, desde hace 2000 años, de generación en generación llama a los hombres a dejar todo para seguirlo. Cada cual en su día, fuimos llamados en su nombre para servir a nuestros hermanos a la manera de los Apóstoles. Hemos recibido dificultad de enriquecernos entre generaciones diferentes para vivir la misma caridad pastoral.

Creemos en el Espíritu Santo de Cristo, capaz de rejuvenecer incesantemente a su Iglesia. Damos gracias por los frutos del Espíritu que surgen, aunque algunos aparezcan a veces allí donde no hayamos sembrado ni regado en vez de surgir donde habíamos penado y seguimos penando.

Creemos en el poder del Evangelio que anunciamos a tiempo y a destiempo a aquellos que están lejos y a los que están cerca en nuestra sociedad en plena mutación y constante búsqueda de sí misma. Sabemos que junto, con las comunidades cristianas, los sacerdotes tienen un papel irremplazable para construir una sociedad donde todos puedan en unión de paz y verdadera tolerancia.

Dar gracias a Dios por el ministerio confiado a los sacerdotes

Hoy, con todos los bautizados y consagrados, les damos las gracias en el nombre de Cristo y de la Iglesia. Les expresamos nuevamente el deseo de Cristo a sus discípulos: "que mi gozo sea el de ustedes y ese gozo sea perfecto" (Jn 15, 11). Queremos, sobretodo, dar gracias a Dios por el ministerio que nos ha confiado tanto a ustedes como a nosotros:

- Es el quien nos concede permanecer en actitud de servicio para que el sacerdocio de Cristo esté presente en nuestro mundo.
- Es el quien nos concede poner nuestros pasos en los de Jesús, amando a aquellos y aquellas hacia quienes Él nos envía, aceptándolos tal como son. Son miembros del pueblo de Dios; buscadores de paz y verdad.
- Es el quien nos concede acoger como una gracia el haber sido elegidos como servidores de la unidad, para anunciar el Evangelio, perdonar los pecados, consolar a los enfermos, presidir la Eucaristía,... a fin de edificar las comunidades y conducir las hacia una santidad mayor.
- Es el quien nos concede recibir como una gracia el exigente llamado de un mayor amor a todos que Cristo nos invita a vivir libremente en el celibato.
- Es el quien nos concede la libertad de entregar nuestras vidas, viviendo como una gracia la obediencia "al obispos y a sus sucesores", certificando que aceptamos día tras día la misión que nos confía la Iglesia.
- Es el quien nos concede acoger como una oportunidad para la Iglesia la presencia y el ministerio de los diáconos, testigos con nosotros del amor de Cristo Siervo.

Con nosotros, ustedes están ligados a un pueblo, a su historia y a su tierra. Cristo los envía hacia las comunidades, parroquias y movimientos, en medio de los cuales y por los cuales, día tras día, ejercen su ministerio. En la esperanza fiel, la fe vivida, el amor

compartido y el don de sí, presentes en tantos hombres y mujeres de los que ustedes son testigos, Él les ofrece el signo de su presencia.

Con ustedes damos gracias por el don del Concilio Vaticano II, cuya la enseñanza es fuerza y luz para la nueva evangelización. Creemos que Dios ha suscitado y sigue suscitando entre nosotros los evangelizadores que nuestro país necesita. Creemos que Cristo llama a los jóvenes a seguirlo para que su Evangelio sea anunciado a las generaciones del mañana.

Creemos que este Espíritu de amor, derramado en nuestros corazones, que condujo a muchos de ustedes a entregarse a los más pobres y golpeador por la vida, llama hoy a otros a defender la dignidad inalterable de toda persona humana. Es este mismo Espíritu el que hace madurar entre los sacerdotes, los diáconos y los laicos colaboraciones nuevas que dan nuevo rostro a nuestras comunidades.

La fe y la acción de gracias no nos impiden de ninguna manera captar cuáles son hoy las condiciones en que tienen que ejercer su ministerio. No ignoramos las cuestiones que plantea la reorganización eclesial, la evolución de la cultura, el desconcierto de la sociedad francesa. Creemos que el Espíritu conduce a su Iglesia y nos ayuda a buscar juntos las justas modalidades del ministerio sacerdotal de hoy y de mañana. Debemos continuar trabajando con perseverancia particularmente en los consejos presbiterales y con los responsables de la formación de nuestros seminarios. Creemos que el Señor nos dará la fuerza para cumplir juntos lo que espera de nosotros.

En la alegría de creer y de servir podemos decir con Pedro y con cada uno de ustedes:

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68)

HOMILÍA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE, JUAN PABLO II AÑO SANTO 2000 –JUBILEO DE LOS SACERDOTES ROMA, 14-18 MAYO 2000

*Homilía pronunciada durante la concelebración con más de seis mil sacerdotes,
el día Jueves 18 de mayo de 2000.*

*“elevemos a Dios una oración de gracias común por el extraordinario Don del
sacerdocio”*

1.- “Ecce Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo”.

El gran sacerdote, más bien el sumo sacerdote, es Jesucristo. Como afirma la Carta a los Hebreos, él con su propia sangre penetró para siempre en el santuario, consiguiéndonos una redención eterna (cf. Hb 9, 12). Cristo, sacerdote y víctima, “es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb. 13, 8). Nos reunimos esta mañana para reflexionar en su sacerdocio nosotros que, como presbíteros, hemos sido llamados a participar en él de modo específico.

¡El sacerdocio ministerial! De él nos hable la liturgia de este día, haciéndonos volver espiritualmente al Cenáculo, a la última Cena, cuando Cristo lavó los pies a los apóstoles. El evangelista San Juan narra la escena. Pero también San Lucas, en el pasaje que acabamos de proclamar, nos ofrece la justa interpretación de ese gesto simbólico de Cristo, que dice de sí mismo: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc. 22, 27)

El Maestro deja a sus amigos el mandamiento de amarse como él los ha amado, poniéndose los unos al servicio de los otros (cf. Jn. 13, 14): “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.” (Jn 13, 15)

2.- ¡El sacerdocio ministerial! A él nos remite sobre todo la Eucaristía, en la que Cristo instituyó el nuevo rito de la Pascua cristiana, introduciendo, al mismo tiempo, el ministerio sacerdotal en la Iglesia.

Durante la última cena, Cristo tomó el pan en sus manos, lo partió y lo dio a los apóstoles, diciendo: “Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros” (Rito de la misa; cf. Lc 22,19). Del mismo modo tomó el cáliz lleno de vino y lo dio a los Apóstoles diciendo: “Este es el cáliz de mi sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.” (ib.)

Cada vez que repetís este rito, explica el Apóstol San Pablo. “anunciáis la muerte del señor, hasta que venga” (1 Co 11, 26)

Amadísimos sacerdotes, de este modo Cristo ha puesto en nuestras manos, bajo las especies del Pan y del Vino, el memorial vivo del sacrificio que él ofreció al padre en la cruz. Lo ha confiado a su Iglesia para que lo celebre hasta el fin del mundo. Sabemos que por medio de nosotros, por medio de los ministros ordenados, él mismo actúa en la Iglesia, a lo largo de los Siglos, como sumo y eterno sacerdote de la nueva Alianza.

“Haced esto en conmemoración mia”: cada vez que lo hagáis, anunciaréis mi muerte hasta mi última venida.

3.- ¡El sacerdocio Ministerial! Todos nosotros participamos en él, y hoy queremos elevar a Dios una acción de Gracias común por este extraordinario don. Don para todos los tiempos y para los hombres de todas las razas y culturas. Don que se renueva en la Iglesia gracias a la inmutable misericordia divina y a la respuesta generosa y fiel de gran número de hombres frágiles. Don que no deja de maravillar a quien lo recibe.

Después de más de cincuenta años de vida sacerdotal, siento una profunda necesidad de alabar y dar gracias a Dios por su inmensa bondad. Mi pensamiento vuelve, en este momento, al Cenáculo de Jerusalén, donde durante mi reciente peregrinación a Tierra Santa, pude celebrar la Santa Misa. En ese lugar nació mi sacerdocio, y el vuestro de la mente y del corazón de Cristo. Por eso, precisamente, desde aquella “sala de piso superior” quise dirigir la Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, que hoy os vuelvo a proponer idealmente.

En el Cenáculo, la víspera de su pasión, Jesús quiso hacernos partícipes de la vocación y misión que el padre celestial le había confiado, es decir, introducir a los hombres en su misterio universal de salvación.

4.- Os abrazo con gran afecto, queridos sacerdotes de todo el mundo. Es un abrazo que no tiene confines y se extiende a los presbíteros de toda iglesia particular, llegando especialmente a vosotros, queridos sacerdotes enfermos, solos o probados por diversas dificultades.

Pienso también en los sacerdotes, que por diferentes circunstancias, ya no ejercen el sagrado ministerio, aún llevando en sí la especial configuración a Cristo ínsita en el carácter indeleble del orden sagrado. Oro mucho, también por ellos, e invito a todos a recordarlo en la oración, para que, también gracias a la dispensa obtenida regularmente, mantengan vivo el compromiso de la coherencia cristiana y de la comunión eclesial.

5.- Queridos presbíteros de todos los países y de todas las culturas, esta es una jornada completamente dedicada a nuestro sacerdocio, al sacerdocio ministerial.

Con gran afecto saludo y doy las gracias al cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el Clero, que, al comienzo de la celebración me ha dirigido también en vuestro nombre, unas cordiales palabras de felicitación en este día para mí, muy significativo. Saludo a los señores cardenales, a los arzobispos, y a los obispos presentes. Os saludo a todos vosotros, queridos hermanos en el sacerdocio, que habéis querido estar hoy aquí conmigo, algunos habéis venido incluso de lejos, a costa de grandes sacrificios. Os estrecho a todos contra mi corazón.

Hemos sido consagrados en la Iglesia para este ministerio específico. Estamos llamados a contribuir, de varios modos, donde la providencia nos pone, en la formación de la comunidad del pueblo de Dios. El Apóstol san Pablo nos ha recordado que nuestra tarea consiste en apacentar la grey de Dios que se nos ha confiado, no por la fuerza, sino voluntariamente, no tiranizando, sino dando un testimonio ejemplar (cf. 1P 5, 2-3); un testimonio que puede llegar, si fuera necesario, como ha sucedido con muchos de nuestros hermanos durante el siglo que acaba de terminar.

Este es para nosotros el camino de la santidad, que lleva al encuentro definitivo con el “pastor supremo”, en cuyas manos está “la corona de gloria” (1P 5,4). Esta es

nuestra misión al servicio del Pueblo cristiano. Que nos ayude María, Madre de nuestro sacerdocio, y nos ayuden los numerosos santos presbíteros que nos han precedido en esta misión sublime y llena de responsabilidad.

También tú, querido pueblo cristiano, que hoy te reúnes en torno a nosotros en la fe y en la alegría ora por nosotros. Eres pueblo real, linaje sacerdotal, asamblea santa. Eres el pueblo de Dios que, en todos los rincones de la Tierra, participa en el sacerdocio de Cristo. Acepta el don que hoy renovamos al servicio de tú singular dignidad. Tú, pueblo sacerdotal, da gracias con nosotros a Dios por nuestro ministerio y canta con nosotros a tu Señor y nuestro: ¡gloria a ti, Oh Cristo por el don del sacerdocio! Haz que la Iglesia del nuevo milenio cuente con la obra generosa de numerosos y santos sacerdotes.

Amén.

SEMBLANZA

MONS. GERARDO TOMÁS FARRELL

SEMBLANZA BIOGRÁFICA Y PASTORAL

El Obispo coadjutor de Quilmes, Monseñor Gerardo Tomás Farrell nació en Morón, provincia de Buenos Aires, el 18 de octubre de 1930. Fue ordenado sacerdote por Monseñor Miguel Raspanti, primer Obispo de Morón, el 15 de agosto de 1960.

Se especializó en Sociología Pastoral, Medios de Comunicación Social y Ciencias Económicas, en las Universidades Pro Deo de Roma y en Lovaina, Bélgica.

En su diócesis de origen, desempeñó el ministerio presbiteral en distintas comunidades parroquiales y tareas diocesanas en las áreas de Pastoral Social y Educación Católica, colaborando con el ministerio pastoral de los Obispos de Morón, como Notario Eclesiástico, Asesor Diocesano de Cáritas, Secretario Ejecutivo del Equipo Diocesano de Pastoral Social, Vicario Episcopal de Pastoral, Consultor Diocesano, Asesor Diocesano de Acción Católica, Pro vicario General, Vicario General y de Educación el Obispado de Morón.

De prolífica labor docente como Profesor de Sociología Pastoral y de Doctrina Social de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y de Sociología en la Universidad de Morón, fue fundador de la Escuela de Servicio Social de la diócesis de Morón, de nivel universitario.

Sus obras de carácter pastoral, aportaron una mirada original sobre los grandes temas eclesiales de naturaleza histórica y social: "Situación social de Morón, Merlo y Moreno (1971; 1973)", "Iglesia y Pueblo en Argentina" (1976; 1986; 1988; 1992); "Comentario a la Evangelii Nuntiandi" (en colaboración, 1978); "Religiosidad Popular y Fe" (en colaboración, 1979); "Doctrina Social de la Iglesia" (1983; 1984; 1991); "Argentina como cultura" (1988); "Liberalismo, Iglesia y Nuevo Orden" (1991); "Magisterio social latinoamericano a los 25 años de Medellín" (1994) así como colaboraciones en distintas publicaciones eclesiales.

La Iglesia en Argentina lo tuvo entre sus estrechos colaboradores como Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Pastoral (COEPAL) (1967-1972) y Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Pastoral Social (1982-1984; 1987-1991; 1991-1993).

Preconizado Obispo Coadjutor de Quilmes por Juan Pablo II el 29 de marzo de 1997, fue consagrado en Morón el 12 de abril del mismo año por Mons. Justo Oscar Laguna y se presentó ante el Padre Obispo de Quilmes, Monseñor Jorge Novak y su Colegio de Consultores y el Consejo Presbiteral el 15 de abril. Inició su presencia pastoral en la diócesis con la Celebración Eucarística de Pentecostés de 1997.

Desde el inicio de su colaboración pastoral con el Padre Obispo de Quilmes, se dedicó a las áreas de la Pastoral Social, Catequesis, Educación Católica, Cáritas, Comunicación Social, Administración y Fundación Jorge Novak. En noviembre de 1997 asistió como perito de los Obispos argentinos, delegados al Sínodo de América que tuvo lugar en Roma. En diciembre visitó la misión de la diócesis de Quilmes en la República de Benín, África. Actualmente era miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y Presidente del Consejo de Educación Católica (CEC) de la Provincia de Buenos Aires, que en octubre de 1998 organizó el Primer Congreso de Educación Católica provincial.

Pese a declarársele una grave dolencia en setiembre de 1999, Mons. Gerardo Tomás Farrell continuó, con ejemplar entusiasmo, con sus múltiples obligaciones pastorales hasta marzo de 2000. Fallecido el 19 de mayo de este año, sus restos mortales reposan en la Iglesia Catedral de Quilmes.

MI TESTAMENTO

En mi casa de la Curia episcopal de Quilmes, el domingo 4 de julio, escribo esta voluntad testamentaria.

Quiero afirmar mi fe en la Santísima Trinidad, en el amor de Dios Padre misericordioso que siempre he sentido, en la verdad del Hijo de Dios encarnado Jesucristo Nuestro Señor, cuyo ministerio he tenido el honor de ejercer para la salvación de los hombres y en la gracia permanente del Espíritu Santo que indignamente vive en mí.

Amo a la Iglesia en la que realicé mi vocación humana y cristiana, en la que conocí tanta buena gente que me enseñaron y me ayudaron a vivir, tanto laicos como sacerdotes y obispos. No puedo nombrar a todos los que les agradezco su servicio eclesial y amistad hacia mí. Como una muestra menciono a Mons. Juan Antonio Presas, Padres Ismael Calcagno y Oscar Troiano, y los obispos Juan José Iriarte y Miguel Raspanti, que Dios tenga en la gloria.

Al Señor Obispo Jorge Novak y al clero y pueblo de Dios de Quilmes, también mi gratitud y mi afecto.

No puedo valorar en palabras cuánto le debo a mi familia. Los espero en el cielo, donde ya estaremos muchos por la misericordia de Dios.

A todos, gocen de la certeza del amor que Dios nos tiene, intenten amar al prójimo y gocen de vivir.

Todo lo que usé de bienes materiales es de la Iglesia. No tengo propiedades inmuebles: los muebles donde vivo y los libros los deberá disponer el Obispo de Quilmes. La cuenta bancaria que tengo con el Padre Ismael Calcagno, encargo a éste que lo entregue, su contenido en dinero, al Señor Obispo de Quilmes.

Le pido a María Santísima, en las advocaciones de la Pura y Limpia Concepción de Luján y del Buen Viaje, me, lleve de su mano ante el Señor e interceda por mí.


Año 1999

† Gerardo T. Farrell
OBISPO COADJUTOR
QUILMES

ORACION

Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Dios de todo consuelo, tú has elegido a tu hijo Gerardo Tomás para el ministerio sacerdotal en nombre de Jesús, fortaleciéndole con la gracia del Espíritu Santo.

Te agradecemos las maravillas de salvación que has obrado por medio del ministerio sagrado de nuestro Obispo coadjutor.

Te pedimos, con confianza ilimitada de hijos, que lo tengas en tu eterna gloria, descansando de sus fatigas pastorales.

Dueño de los sembrados, también te pedimos que sigas enviando generosos obreros a tu Iglesia. Suscita maestros de la fe para la educación de los jóvenes, promesa y garantía de un futuro mejor.

Mádanos sacerdotes que despierten la conciencia de nuestros fieles laicos, a transformar el orden temporal con la doctrina social cristiana.

Danos sacerdotes que sean buenos pastores de tu pueblo santo, proclamando la Palabra salvífica, administrando la gracia de los sacramentos y saliendo al encuentro de las ovejas dispersas de tu rebaño.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

LA ÚLTIMA PÁGINA QUE GERARDO NO ESCRIBIÓ...

Mons. Gerardo Tomás Farell comunicó a sus hermanos Obispos que el estado de su salud ya no le permitiría participar físicamente de la 79° asamblea Plenaria de la CEA, realizada del 8 al 13 de Mayo de 2000.

Sin embargo, sorprendió a todos haciéndose presente en la sacristía de Luján, acompañado del Pbro. Isidoro Psenda, para concelebrar la Eucaristía con ellos, presidida por el nuevo Nuncio Apostólico, el 8 de Mayo, con motivo de la celebración Argentina del jubileo de los Obispos.

Las palabras de estas páginas íntimas y transparentes experiencias, Gerardo ya no pudo escribirlas con su propia mano: las narró a su hermana BEBA, quien pudo recogerlas, con ayuda de Carlos Javier García.

Amanece, una vez más amanece, y una extraña sensación de alivio recorre mi cuerpo trajinando por la vigilia. “Mi alma espera al Señor, más que el Centinela la aurora...” (Salmo 130, 6). Por alguna razón en los últimos tiempos las citas bíblicas se cruzan delante de mis pensamientos constantemente.

Amanece y es 8 de Mayo, día de la virgen de Luján. Una hendidura de luz semeja las agujas de un reloj que me invitan a desprenderme de estas sábanas, que quieren convertirse en mortaja.

Me quedo en silencio, el cansancio me agobia. Palpo mi cuerpo en busca del dador, no lo siento, pero está allí, esperando el momento de saltar sobre mi carne y mi espíritu. A veces me abruma más la espera del dolor ausente que la puntalada fría de su presencia.

Imprevistamente me agito, pienso palabras como latidos que viven en mis sienes: cáncer, Luján, cáncer, Luján, dolor, Luján no puedo, Luján, Luján, Luján,... Quiero, Luján, rumbo al oeste, Luján, Virgen Madre, Luján, Luján, Luján... La mano no espera la orden del cerebro; la descubro, independientemente, pulsando el timbre para llamar a la enfermera, que acude, serena, dispuesta a mis miserias cotidianas. La sorprende con un “quiero ir a Luján”.

Me miró y sus ojos dijeron “pobrecito”. “Quiero ir a Luján” repetí y me sorprendí de la vitalidad de mi voz. La doctora escuchó pacientemente, me contestó, argumenté, argumentó, no se ni lo que dijo ni lo que dije; mis labios hablaban por su cuenta, mi corazón repetía “quiero ir a Luján”, como si transmitiera una orden interna a cada uno de mis órganos. “Si ud. quiere ir, va a ir...” afirmó. Tuve la certeza que ella también había escuchado mi corazón y no mis labios. La bendije desde lo más profundo de mi alma y miré con picardía a mis hermanas.

Remedios, controles, inyección: todo se hizo y a nada presté atención. “Luján” era una palabra, una imagen, una luz, un recreo infinito en la escuela del sufrimiento.

“Beba, quiero llamar a Oscar para que me lleve”, “detuvieron a un tal Simón de Cirene para que le ayude a llevar la cruz (Lc. 23, 26). Es cierto, pensé, yo también necesito que me ayuden a llevar mi cruz.

Me visto despacito, un poco por mi cuerpo y mucho por me espíritu. Disfruto de la preparación, es una forma de ya estar en camino. Escalones de alegría, vereda, auto, calle, miro cada esquina mientras converso con mis amigos y con Beba.

Autopista... Pos fin ¡Luján! Las torres de la basílica me parecen más chiquitas. Imagino que quieren abrazarme. Me encuentro con antiguos amigos, a algunos les cuesta reconocermé. Pensé en el canto del siervo de Yahveh "...y su apariencia no era más la de un ser humano" (Is. 52, 14)

Gracias hermano Obispo, que me ayudaste a revestirme, que me ofreciste tu hombro para que pudiera entrar por la nave central. No quiero llorar, pero es demasiada la alegría. "Viniste, Gerardo" –escuché mientras miraba fijamente la imagen de la Virgen-. "Sí, Madre" –contesté en un diálogo íntimo y real-.

Durante la ceremonia viví el amor fraternal de mis hermanos en el ministerio episcopal. Los recuerdos me invaden con cariño: mi padre golpeando la puerta de los cuartos de los hijos el domingo por la mañana "recuerden que es importante para mí que vayan a misa" –decía-; las caricias de mi madre cuando le reclamaba por la presencia de tantos hermanos que parecían que me quitaban su cariño. Padre Juan ¡Cómo quisiera tenerte a mi lado, como cuando me confesás por las calles en las tardes del domingo en Morón! Permanezco sentado mientras se acercan las formas sagradas de la Sangre y el Cuerpo de Cristo. Recito las palabras del ritual y mientras bebo resuenan en mí como un llanto "Padre, si quieres, aleja de mi este cáliz... (Lc. 22, 42). Miré a María de Luján... "Una espada atravesará tu corazón..." (Lc. 2, 35). Bajé la vista "que se haga tu voluntad..." (Ls. 22,42).

Me fui despacio, por un costado, reteniendo cada paso, pasé mis dedos por el pórtico de la entrada como una caricia. Me volví, dije "adiós" y escuche "hasta pronto, hijo".

Las sombras de la noche no pudieron invadir mi espíritu. "Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador" (Lc. 1, 46-47).

Calle, vereda, escalones de fatiga. Desde el último miro hacia atrás, no sólo la cuidad, también mi historia. Sufro, estoy feliz.

8 de Mayo... "Todo se ha cumplido" (Jn. 19, 30)

LOS LIBROS DE GERARDO....

- Situación social de Morón, merlo y Moreno (1971, 1973).
- Iglesia y Pueblo en Argentina (1976, 1992, 1994, etc)
- Comentario a la Evangelii Nuntiandi, en colaboración (1978, 1980, 1981, etc.)
- Religiosidad Popular y Fe, en colaboración (1979)
- Doctrina social de la Iglesia (1981, 1984)
- Argentina como cultura (1998)
- Liberalismo, Iglesia y Nuevo Orden (1991)
- Manual de Doctrina Social de la Iglesia, en colaboración (1993, 1996)
- Magisterio social Latinoamericano a los 25 años de Medellín (1994).

RECENCIONES

Un ministerio creativo

Henri J. M. Nouwen
Editorial PPC, 165 págs.

Henri Nouwen falleció hace poco tiempo, en 1996. Dejó varias publicaciones a lo largo de su vida, a través de las cuales expresa su búsqueda de Dios y una profunda espiritualidad. Sacerdote nacido en los Países Bajos, desempeñó su ministerio en Norteamérica, pasando por tiempos en América Latina y terminando en una comunidad de discapacitados, El Arca, en Canadá.

En "*Pastores*" ya hemos presentado, en otras recensiones, varios de sus libros: "En el nombre de Jesús" (Nº 4, pag. 49); "Tres etapas de la vida espiritual" (Nº 7, pag.67); "El sanador herido" (Nº 12, pag. 61); y una biografía con el análisis de su obra y su espiritualidad, "Una incansable búsqueda de Dios", de Jurjen Beumer, (Nº 14, pag. u58). Conocemos también otras obra, como "El sanador herido" que tanto bien gha hecho a sacerdotes como a laicos.

En esta obra "*Un ministerio creativo*", Nouwen intenta relacionar las actividades del sacerdote que requieren cierta competencia "profesional", para las que muchas veces no nos hemos preparado, con un itinerario espiritual. Así, en distintos capítulos, va desarrollando temas como el enseñar, la predicación, la atención espiritual de los fieles, la organización de las tareas de las cuales uno es responsable, la celebración.

Todos estos temas están tratados presentando el desafío que implica poder realizarlos adecuadamente, pero no como meros "profesionales" de la Palabra o de las organizacionen o de la atención personal, sino como ministros y pastores, haciendo todo esto desde una profunda espiritualidad presbiteral.

Este libro está escrito en 1970, pero se adelanta a desarrollos de la identidad presbiteral que se irán manifestando en la Iglesia desde esa época y que alcanza su coronación en la "*Pastores dabo bovis*": poder unir la vida ministerial con una profunda espiritualidad viviendo la "caridad pastoral". Que la propia vida del presbítero sea fuente de enriquecimiento espiritual y que a través de cualquier actividad pastoral uno testimonie a los demás el amor que nos tiene Jesús, el Buen Pastor.

En este número de "*Pastores*" (a través del cual buscamos encontrar ayudas para la renovación de nuestro ministerio a la luz de este año Jubilar y de conversión) la obra de Nouwen que comentamos es una herramienta más para continuar esta tarea de renovación. Todas nuestras actividades cotidianas (enseñar, predicar, organizar, celebrar, atender gente, etc.) pueden ser renovadas desde una profunda espiritualidad ministerial.

***Pbro. Enrique
Eguía Seguí
Buenos Aires***

NOTICIAS

Ejercicios espirituales de mes: Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey

Entre los distintos caminos para disponernos a un encuentro personal y profundo con Dios, los Ejercicios Espirituales de un mes de duración, según el método de San Ignacio de Loyola, ocupan un lugar privilegiado.

El Santo Padre lo definió o describió como: *"Una fuerte experiencia de Dios, suscitada por la escucha de su palabra, comprendida y aceptada en la propia vida, bajo la acción del Espíritu Santo, que, en un clima de silencio y de oración y con la mediación de un guía espiritual, da la capacidad de discernir, con vistas a la purificación del corazón, el camino que lleva a la conversión de la vida y al seguimiento de Cristo, para cumplir la propia misión en la Iglesia y en el mundo"* (Discurso a la XVII Asamblea nacional de la Federación italiana de ejercicios espirituales, 12 de febrero de 1994).

Particularmente indicado para seminaristas y formandos en distintas etapas de la vida consagrada, con el fin de clarificar o madurar, discerniendo, el complejo mundo de las motivaciones vocacionales y tomar decisiones generosas en pos de Cristo. Así también como una gran ayuda para los que viven un periodo "sabático" de reposo y de formación; para quienes se preparan a la profesión perpetua, o a la ordenación diaconal o presbiteral; para quienes viven una etapa importante de la vida (veinte, veinticinco años de consagración u ordenación); para favorecer el equilibrio que debe unificar y armonizar la vida y el trabajo pastoral del presbítero, siendo hoy este último tan exigente y urgente...

FECHA DE REALIZACIÓN:

Del miércoles 3 de enero del 2001 a las 19 hs., al jueves 1 de febrero a las 14 hs..

LUGAR:

Casa «Nuestra Señora de Fátima», Juan José Paso 8385, 2000 ROSARIO, TEL (0341)4510546 - FAX (0341)4513390.

E-Mail: cperros@vianet.net.ar

PENSIÓN:

\$ 455.- (cuatrocientos cincuenta y cinco pesos)

INSCRIPCIONES:

Quien ya inscripto, no pudiese luego hacer la experiencia, se le pide comunicarlo, para no impedir la participación de otros.

Convocan, organizan y dan estos ejercicios los padres Hugo Massimino, Claudio Rathelot, Francisco Domínguez y el hno. Gustavo Scamurra, Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey. Estamos cordialmente a disposición de ustedes si necesitan una entrevista personal previa o si desean intensificar la preparación más inmediata para mejor aprovechar la experiencia.

* Para los que no pueden hacer el mes ignaciano completo les proponemos realizar ocho o más días de esta experiencia:

Primera semana:

"¡Preparen en el desierto el camino del Señor!" (Is. 40, 3): **3-12 de enero.**

* Los que han vivido ya la experiencia del mes de ejercicios pueden elegir también entre la segunda y tercera-cuarta semana o lo que se detalla a continuación:

Segunda semana:

"... para conocerle perfectamente" (Ef. 1, 17): **9-18 de enero.**

Tercera y cuarta semana:

"Si hemos muerto con él, también viviremos con él". (2 Tm. 2, 11): **22 de enero - 1º de febrero (a las 14 hs.)**

* **Personalmente guiados:** en fecha a convenir.

* **Pensión:** \$ 18 (dieciocho pesos) por día.

Estas tandas comienzan a las 19 hs. del primer día indicado y terminan a la mañana del último día, salvo cuando se ha precisado otra hora en el lugar correspondiente.